

# Juguemos a problemas de filosofía **preguntar**



José Ezcurdia

Para Lucía y Martín,  
de su tío José.

*A mis primos María y Gabino, y a Juan mi hermano pintor,  
por el trabajo generoso y divertido.*

*Edición:* María Ángeles González

*Diseño:* Gabino Flores

Primera edición: febrero 2005

D.R. © 2005, José Ezcurdia

ISBN 968-864-366-1

Impreso en México

Esta publicación no puede ser reproducida, toda o en partes,  
sin la autorización previa del autor.

Este libro fue redactado gracias al apoyo del FONCA, en su  
Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales

# Juguemos a preguntar

problemas de filosofía

José Ezcurdia

*texto*

Juan Ezcurdia

*ilustraciones*

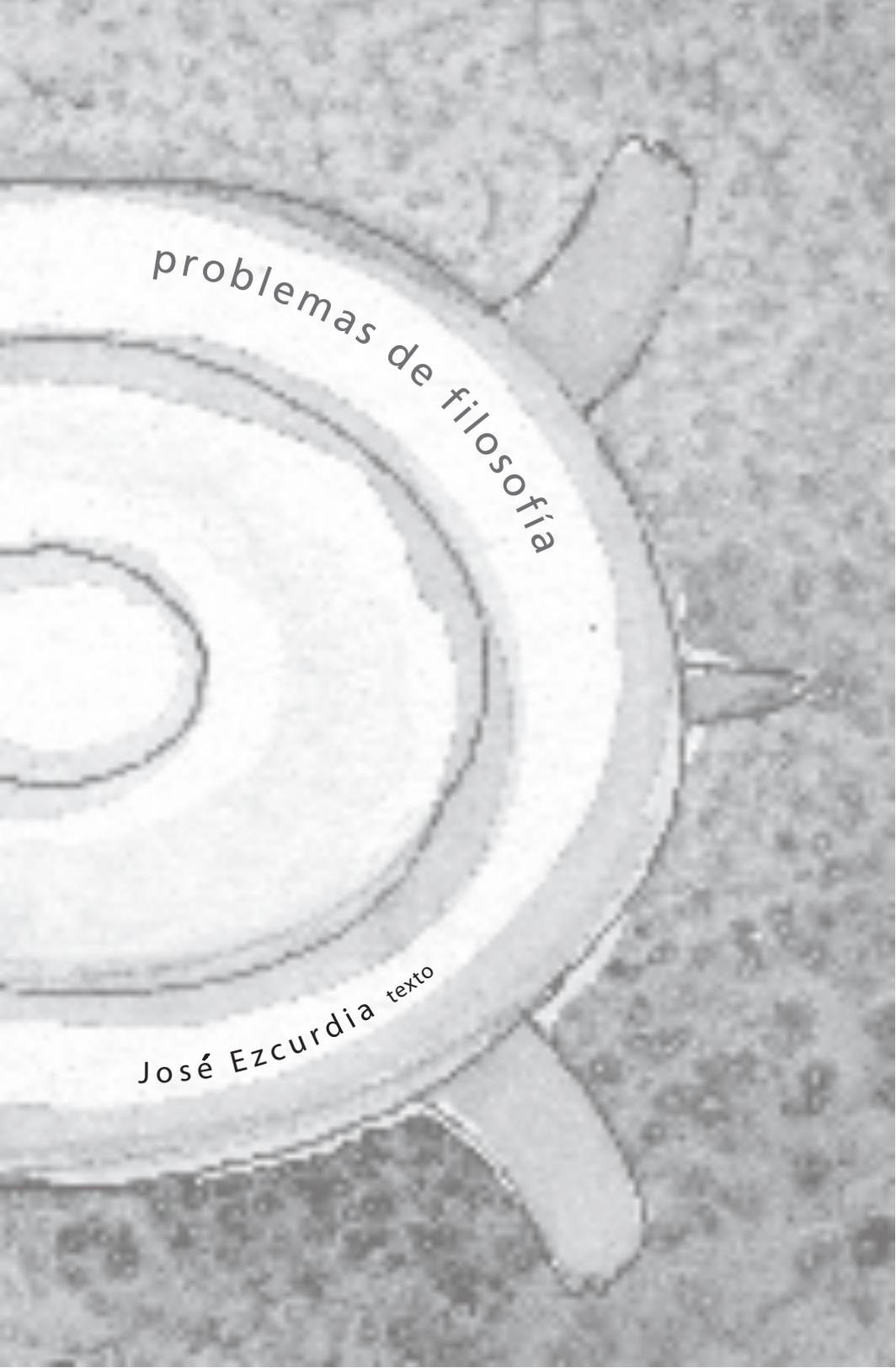


Facultad de Filosofía



# Juguemos a preguntar

Juan Ezcurdia ilustraciones



problemas de filosofía

José Ezcurdia texto

# Índice

Introducción

9

Zenon de Elea. Aquiles y la tortuga

15

Heraclito y Parmenides

25

Aristoteles y el alumno de Protagoras

34

Descartes y Aristoteles

46

Pico de la Mirandola y la libertad

55

Descartes y el astrologo

63

Descartes y Leibniz

73

Socrates y los sofistas

83

Platon y el buen y el mal amor

95

Descartes y Santo Tomas

105

San Agustín y Santo Tomás	
El camino de Dios	
113	
Giordano Bruno y Santo Tomás	
¿Dónde está Dios?	
123	
Bacon y el fraile Abelardo	
133	
Kant y Bergson. El tiempo	
141	
Sócrates y los sofistas II	
152	
Plátón y el mito de la caverna	
159	
Nietzsche y el fraile franciscano	
168	
Plátón y Kant. La esencia de las cosas	
177	
Spinoza y el alumno de Descartes	
189	
Marx y la justicia	
201	
Hegel y Foucault. La Historia	
213	



# Introducción

**J**uguemos a preguntar es la continuación de *La historia de las preguntas ¿por qué?*\* ¿Recuerdas que en *La Historia de las preguntas ¿por qué?* se aborda la historia de la filosofía desde las preguntas que se hacían los filósofos sobre todo lo que veían, como las estrellas, el agua, el fuego o el carácter de los hombres? ¿Recuerdas que este pequeño libro muestra las preguntas que los filósofos hacían al contemplar a la naturaleza, al escucharla y tratar de develar sus secretos? Bueno, *Juguemos a preguntar* te invita a conocer el pensamiento de los filósofos no sólo como las preguntas ¿por qué? y las respuestas que éstos formulaban al contemplar a la naturaleza misma, sino como resultado del diálogo y el debate que entablaban con otros filósofos cuando se los encontraban en la calle, en la escuela o en cualquier otro lugar. Como vimos en *La historia de las preguntas ¿por qué?* los filósofos eran grandes observadores de la naturaleza. Para responder a sus preguntas “¿por

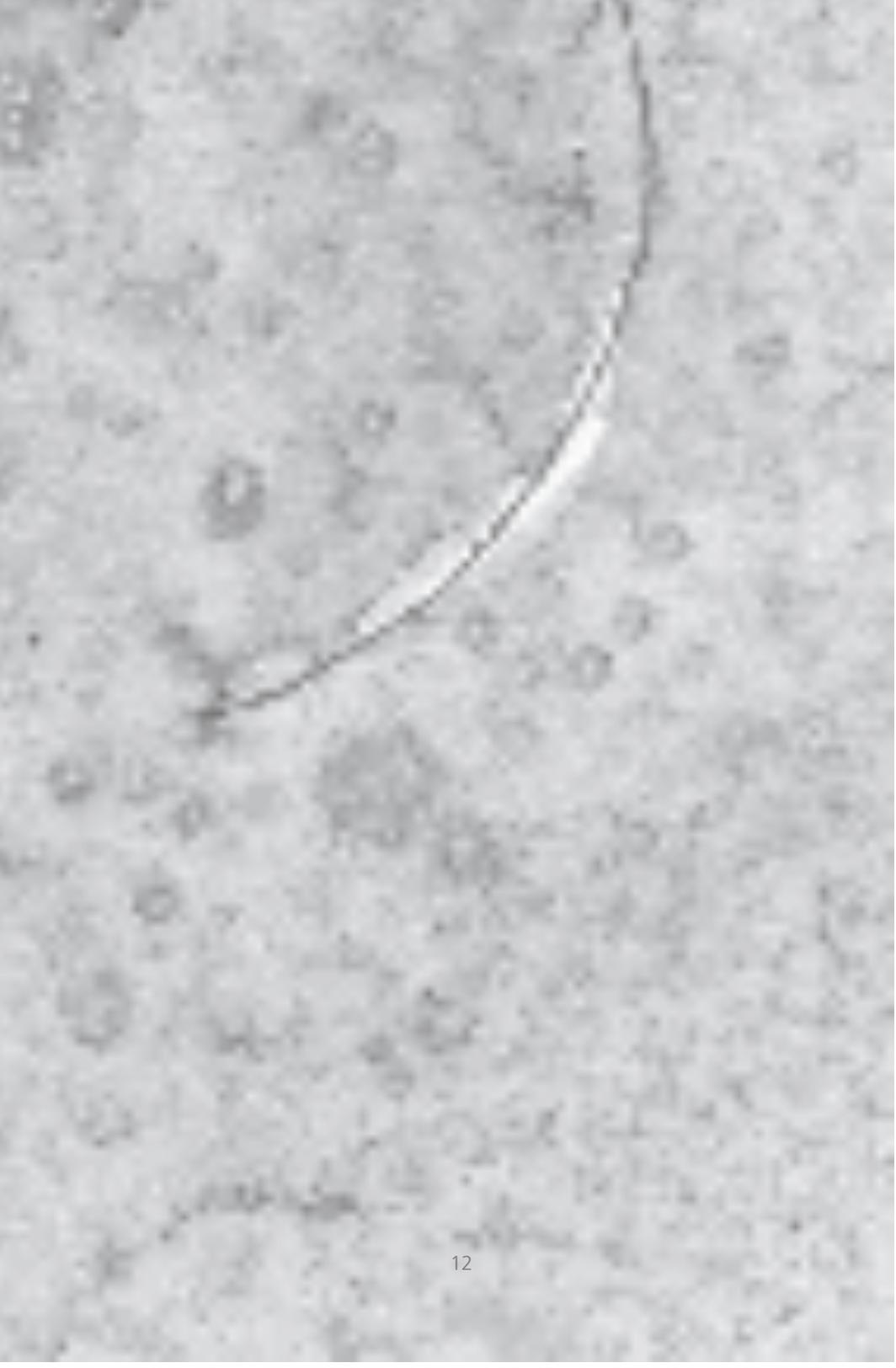
\* Ezcurdia, José. *Historia de las preguntas ¿por qué?*, México, Editorial Santillana, 2003.

qué?” contemplaban el paso de las estaciones, las olas del mar, y los atardeceres que encendían el horizonte de bellos colores. Pero también les gustaba discutir y vencer a sus contrincantes al hacerlos quedar en ridículo ante todos los que escuchaban sus debates. Los filósofos, como arqueros, lanzaban las flechas de sus argumentos para herir a quienes no estaban de acuerdo con ellos, mostrando así que tenían la razón. Y muchas veces, estas flechas eran disparadas por el arco de una pregunta: los filósofos, al debatir y dialogar en el ágora o en alguna escuela, hacían preguntas, planteaban problemas, quizá ganaban un debate al presentar un enigma que nadie podía descifrar... *Juguemos a preguntar* busca acercarte al arte de preguntar y plantear problemas que hace de la filosofía algo vivo y divertido. Este libro quiere que te acerques a la filosofía no desde la tediosa repetición de lo que dice tal o cual filósofo, sino desde los aprietos en los que éstos se metían al debatir en público y plantear problemas, al no estar de acuerdo entre sí y discutir (no siempre de buena manera) para tratar de vencer a sus contrincantes.

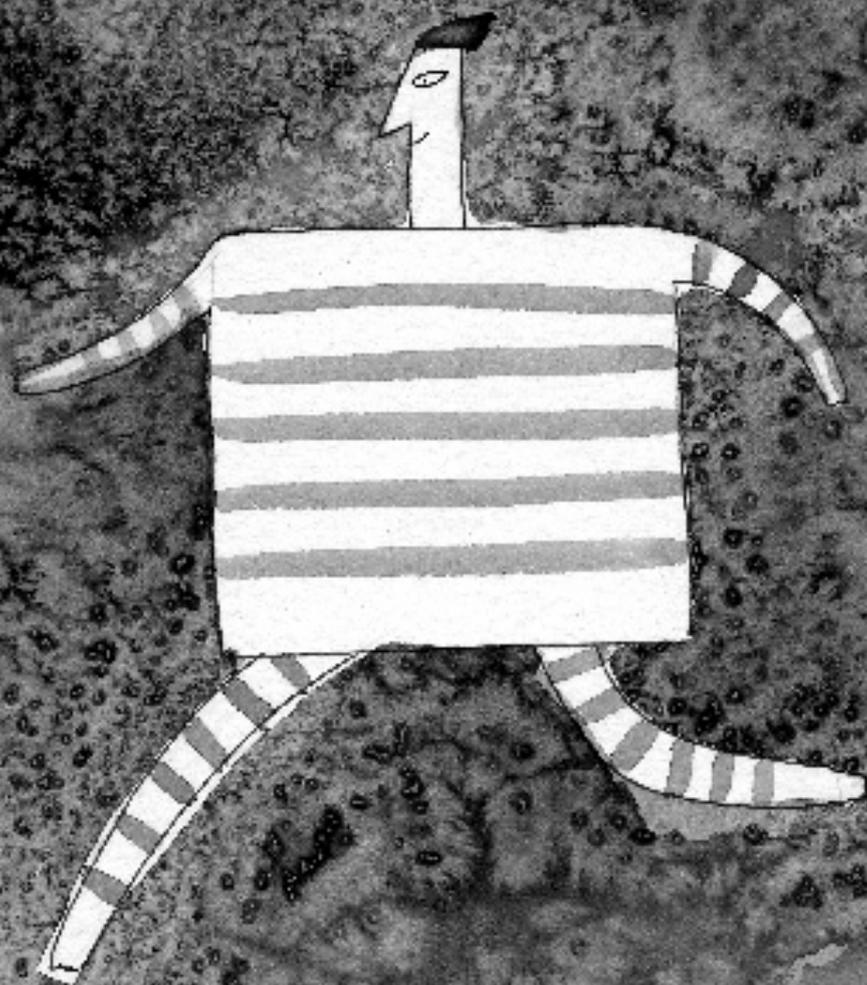
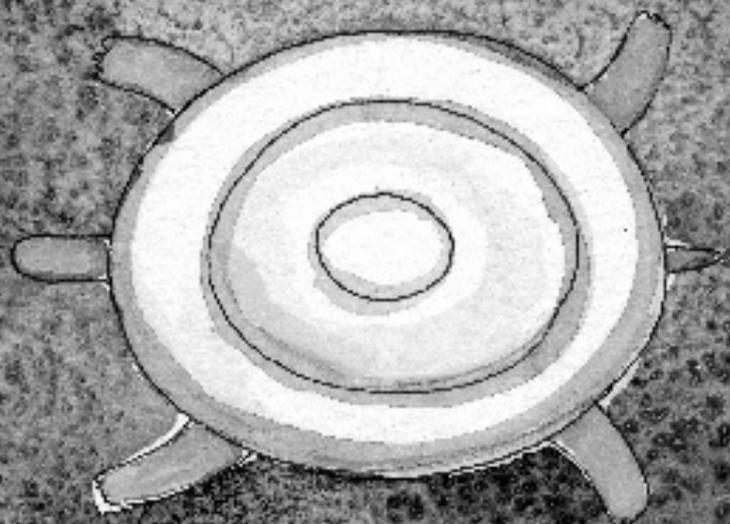
Los filósofos siempre han tenido claro que más vale una buena pregunta, que mil respuestas aburridas. *Juguemos a preguntar* quiere invitarte a que tú

también preguntes, plantees problemas, construyas los obstáculos por los que la filosofía ha de bailar, ha de reír, haciendo del pensamiento y la verdad un juego y una fiesta, en los que tú mismo y todos juntos, podamos participar.





# Capitulo I



# Zenón de Elea.

## Aquiles y la tortuga

**Z**enón de Elea era un filósofo muy simpático que le gustaba poner en aprietos a sus colegas. Normalmente iba al ágora de su ciudad, y comenzaba a dialogar con los filósofos que ahí se reunían. Hablaba con soltura y tenía la habilidad de abordar y plantear de tal modo las discusiones, que sus contrincantes, que estaban muy seguros de sus argumentos, terminaban por contradecirse y a final de cuentas perdían su buena reputación.

Una tarde que Zenón estaba en el ágora anunció con solemnidad a todos los presentes:

—¡Señores, aquí en mi saco tengo a una pequeña corredora capaz de vencer a Aquiles, el atleta más veloz de Grecia!

Los ahí reunidos se sintieron atraídos y a la vez temerosos ante el reto que lanzaba Zenón. Sabían que cuando éste los invitaba a un debate no podían negarse a participar, y sin embargo sería difícil que no quedaran en ridículo.

–Filósofos de Grecia –repetía Zenón en voz alta–, aquí en mi saco tengo a una corredora capaz de vencer a Aquiles, el atleta más veloz de la Magna Grecia.

En ese instante, un joven muchacho que se encontraba ahí, y que se llamaba Aristóteles, le respondió:

–¿Cómo es posible que en tu saco tengas una corredora tan veloz? Muéstrala por favor. Nos morimos de curiosidad por conocer a semejante atleta, sobre todo si es tan pequeña que la tienes guardada en tu saco.

Zenón metió la mano en su saco y les mostró a todos una tortuga.

Un gran silencio se hizo en el ágora. ¿Es que Zenón se burlaba de todos los filósofos que lo escuchaban? ¿Cómo es que una tortuga podría superar al ligero y veloz Aquiles? Todos tenían miedo de aceptar el reto que lanzaba Zenón, pues sabían que éste era tan sagaz cuando discutía, que pronto resultarían vencidos. Y sin embargo, era tan clara su invitación a argumentar, que tampoco podían dejar de participar en el propio debate.

El joven Aristóteles volvió a decir:

–Zenón, la esencia de la tortuga consiste en ir a un paso muy lento; la de Aquiles, por el contrario, en correr con pies alados. ¿Cómo piensas que la tortuga puede vencer a Aquiles?

–Muchacho –respondió Zenón– imagina que aquí con

nosotros está Aquiles, y lo colocamos junto con la tortuga en la línea de salida, para alcanzar esa columna que vez allá a lo lejos.

–De acuerdo –dijo el joven Aristóteles.

–Ahora bien –añadió Zenón– como estás tan confiado en que ganará Aquiles, te propongo una cosa: cederle un paso a la tortuga, es pequeña y seguramente, en tu opinión, Aquiles la rebasará en una sola zancada.

–Muy bien– asintió Aristóteles.

–Ahora pon atención. Ha empezado la carrera, pero cuando Aquiles alcanza a la tortuga, ésta ha dado ya un paso. Y cuando la vuelve a alcanzar, ésta ha dado otro paso. Y a un nuevo intento de rebasarla, la tortuga habrá caminado de nuevo. ¿Ves cómo Aquiles, por más que corra, no puede rebasar a la tortuga, y ésta, con su paso lento y perezoso, terminará por ganar la carrera?

–Eso no es posible– respondió el joven Aristóteles, en medio del murmullo de la multitud que estaba sorprendida ante los argumentos de Zenón–. En la esencia de la tortuga está la lentitud. En la esencia de Aquiles está la velocidad– agregó–. ¡No puedes hacer que Aquiles, por más que corra detrás de la tortuga, no la alcance jamás!

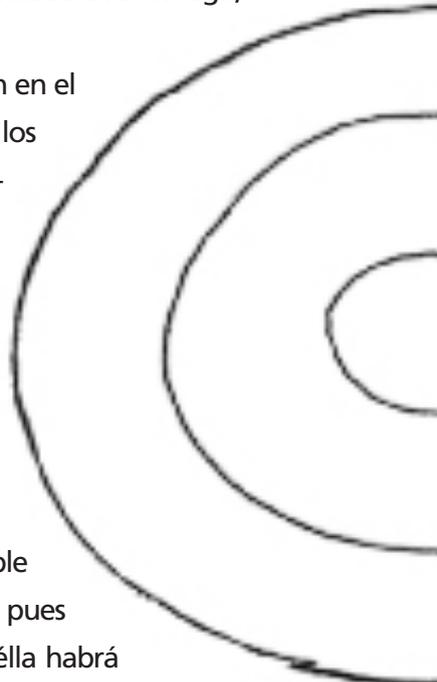
Zenón respondió a su vez:

–Es claro que Aquiles jamás podrá rebasar a la tortuga,

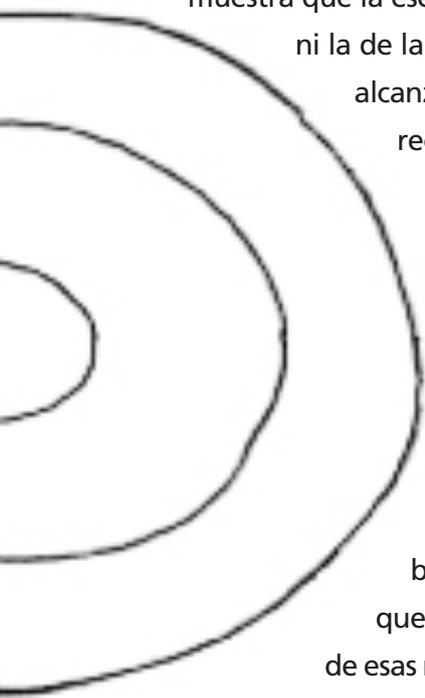
pues justo al alcanzarla ésta habrá siempre dado un paso, que por pequeño y lento que sea, dejará atrás a Aquiles. Como ves mis razonamientos prueban que la esencia de Aquiles no es correr con velocidad, y que la de la tortuga tampoco es la lentitud. El razonamiento muestra que si le das una oportunidad a la tortuga, puede vencer a Aquiles.

Los filósofos que se encontraban en el ágora empezaron a dialogar sobre los argumentos que daba Zenón. Evidentemente, todos concordaban en que ninguna tortuga le podría ganar a Aquiles en una carrera y, sin embargo, no encontraban la manera de demostrarle a Zenón que Aquiles era más rápido que aquélla. ¿Tú estás de acuerdo con Zenón? ¿Piensas que es imposible que Aquiles rebase a la tortuga pues cada vez que éste la alcanza, aquélla habrá dado un paso? ¿Cómo le demostrarías a Zenón que está en un error y que efectivamente, el mejor atleta de Grecia le puede ganar a correr a una pequeña tortuga?

En ese momento Zenón le dio una vuelta de tuerca a sus argumentos, sorprendiendo de nuevo a los filósofos reunidos en el ágora:



–Es más, Aquiles jamás podría alcanzar a la tortuga, aunque ésta no caminara y permaneciera inmóvil –dijo Zenón con solemnidad–. Aquiles, por más que corra, jamás alcanzará a la tortuga, aunque ésta esté dormida y metida en su caparazón. El razonamiento nos muestra que la esencia de Aquiles no es la velocidad ni la de la tortuga la lentitud. Aquiles jamás alcanzará a la tortuga, pues antes de recorrer la totalidad de la distancia que los separa, tendría que recorrer la mitad de esa distancia. Y antes de recorrer el trecho faltante, tendrá que recorrer la mitad de ese trecho. Y antes de recorrer la distancia que sobra, tendrá que recorrer la mitad que le falta y así sin nunca acabar. Pongan atención. Imagínense que partimos una piedra en dos. Una de esas mitades podemos también partirla en dos. Y también podemos partir esa mitad en una nueva mitad, y esa nueva mitad en otra, y así sin nunca acabar... Lo mismo le sucede a Aquiles cuando trata de alcanzar a la tortuga, siempre recorrerá la mitad del trecho que le falta por recorrer, pero nunca lograremos que alcance a la tortuga.



De nuevo, todo mundo guardó silencio. A pesar de que el joven Aristóteles le había respondido a Zenón que Aquiles, justo por tener como esencia la velocidad, rebasaría a la tortuga fácilmente, no había logrado hacerlo caer en alguna contradicción y ponerlo en ridículo. Ahora el reto que lanzaba Zenón era aún más provocador, y nadie sabía cómo librarse de la nueva embestida.

Fue otra vez el joven Aristóteles el que tuvo el coraje para responder a los argumentos de Zenón.

–Zenón, tú pones las cosas de cabeza. ¿Cómo puedes decir que Aquiles no es capaz siquiera de alcanzar a la tortuga? ¿Acaso nunca has visto que cualquier persona, hasta un niño, puede de rebasar a una tortuga? La vista no nos engaña y los razonamientos tienen que respetar lo que nos dicen la vista, el oído y todos los sentidos.

–¿Nunca habías oído decir que los sentidos engañan?

–respondió Zenón–. ¿Nunca has confundido una persona con otra? ¿Jamás te has equivocado al decir hola Pedro, cuando en realidad te encuentras con su primo Pablo? Es sólo la razón el principio para explicarnos la forma de todas las cosas, como los árboles y el cielo, como el mar y la montaña boscosa. ¿Acaso puedes dudar de lo que nos dice la razón?

–Pero la razón tiene que seguir de cerca lo que nos

dicen los sentidos como la vista y el oído– volvió a decir el joven Aristóteles–. Es imposible que aunque Aquiles corra todo el día, siempre le falte un trecho por alcanzar a la tortuga. ¿Nunca has visto un atleta correr el maratón? ¡Es claro que éste puede dejar atrás a ésta y a todas las tortugas del mundo!

–¿Pero no crees que los sentidos se pueden equivocar?  
–le respondió Zenón–. Las tortugas, aunque lentas y pesadas, son más veloces aun que el mejor corredor de Atenas... –añadió con ironía.

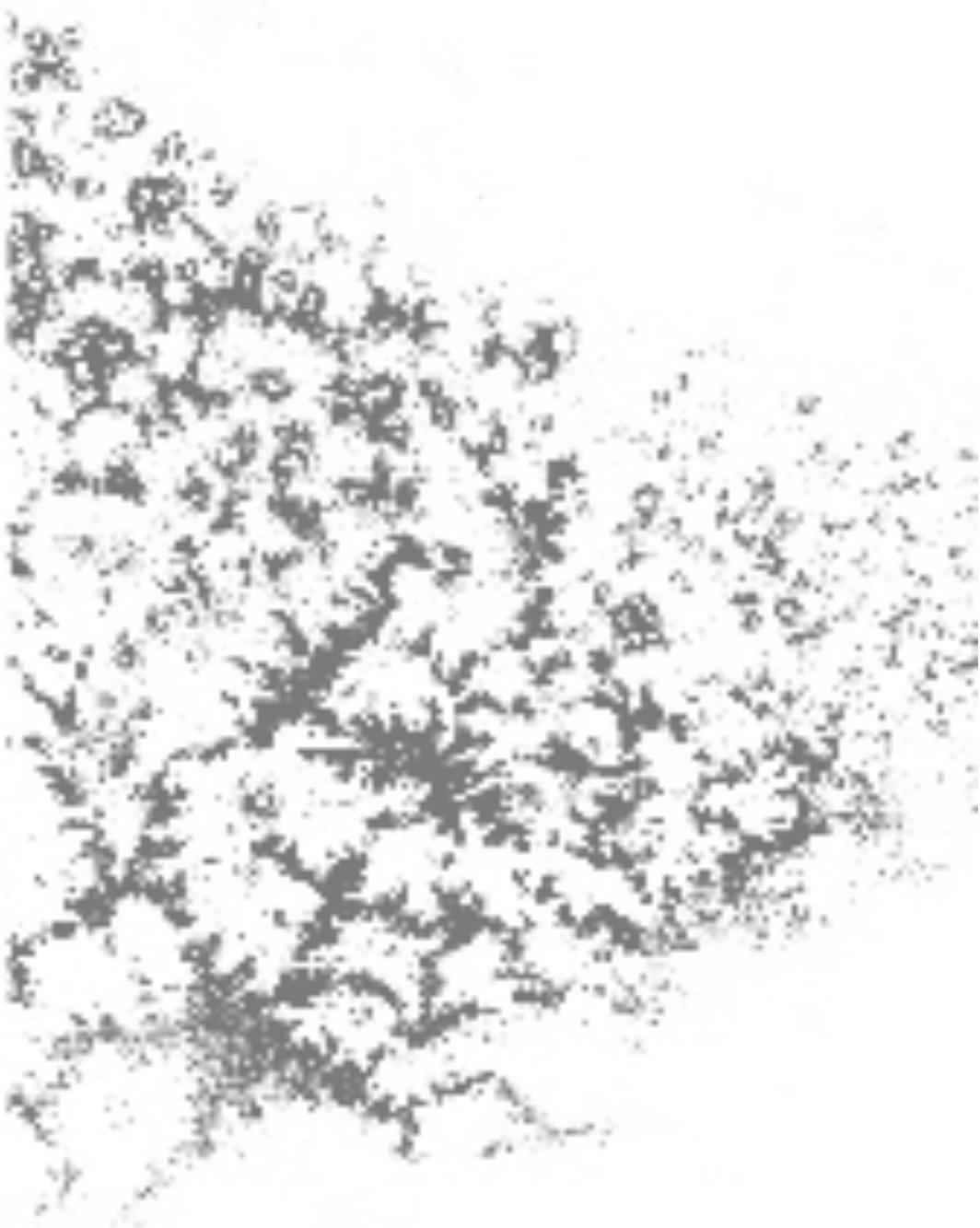
A estas alturas todos discutían acaloradamente respecto a quién declarar victorioso en el debate. Algunos apoyaban a Aristóteles, pues les parecía que la razón siempre debería seguir a los sentidos, como la vista y el oído. Pero otros más bien estaban de acuerdo con Zenón, y les parecía que, como los sentidos a veces nos engañan, había que aceptar lo que nos dijera la razón misma, por extraño que pudiera parecer. Decían que la razón nunca se equivoca y que había que dar como verdadero en todo momento lo que ésta dijera.

¿Tú que opinas al respecto? ¿Piensas que Aquiles, por más que corra, jamás podrá alcanzar a la tortuga? ¿Estás de acuerdo con los argumentos de Zenón? Si no lo estás, ¿cómo demostrarías que efectivamente Aquiles puede rebasar a la tortuga? ¿Piensas que la razón

se puede equivocar y confías más bien en lo que dicen los sentidos como la vista y el oído? ¿Pero si la vista y el oído se pueden equivocar, tenemos que hacerle caso siempre a la razón, aunque nos diga cosas que nos resulten muy raras?

Ya era de noche, las estrellas cubrían la bóveda celeste y la luna con su hermosa luz plateada recién se asomaba por el horizonte. Los filósofos reunidos en el ágora seguían discutiendo, pues a final de cuentas no lograban resolver el problema que les había propuesto Zenón. Nadie podía demostrar, con argumentos, que Aquiles podía rebasar a la tortuga. Ya cerca de la madrugada, regresaron a sus casas. Nadie pudo ponerle punto final al debate que había iniciado Zenón.

Desde ese día todo mundo se acordaba del reto que les propuso Zenón con el nombre de la paradoja de Aquiles y la tortuga. Las paradojas, aunque no se pueden resolver, invitan a preguntar y a discutir. Zenón, como algunos de los filósofos más antiguos de Grecia, creía que la filosofía, todavía más que decirnos cómo es el mundo, ha de proponernos preguntas, enigmas, paradojas, para que los hombres empecemos a investigar, a pensar, a filosofar.





# Heráclito y Parménides

**H**eráclito era un filósofo que vivía solo en la montaña. No le agradaban las ciudades, pues le parecía que en ellas la gente siempre iba de prisa ocupada en sus propios asuntos y nunca tenía tiempo para disfrutar de los bellos colores del atardecer, ni de la música que crea el viento cuando se pasea por las copas de los árboles.

Heráclito era un filósofo que le gustaba contemplar la naturaleza, escucharla detenidamente, para descifrar así todos sus misterios. Por eso, cuando Heráclito se hacía una pregunta ¿por qué? esperaba a que la naturaleza le hablara al oído y le revelara sus secretos. Por ejemplo, Heráclito veía que en verano, cuando hacía mucho calor, las parras estaban verdes y rebosantes de racimos de uva, y que en invierno, cuando caía nieve, todos los árboles perdían sus hojas y los campos se ponían tristes, amarillos y sin vida. Heráclito gozaba al mirar el vuelo de las golondrinas que, justo en el ocaso, hacían grandes remolinos antes de irse a sus nidos y contemplaba cómo el cielo, con la llegada de la noche, se llenaba de brillantes estrellas.

Entonces un día se dijo a sí mismo: “El universo siempre está en movimiento, nunca está quieto. Después de la noche, siempre viene el día. Después del invierno, siempre regresa la primavera vistiendo el campo y las montañas de flores. El universo, como el fuego, siempre está en movimiento. El universo es como un río que nunca deja de correr”.

Hacía tiempo que Heráclito no veía a nadie y se sentía un poco solo. Por ello decidió hacer un paseo. Aunque Heráclito era de Éfeso, tenía algunos parientes y amigos en una bonita ciudad que se llamaba Elea, donde vivía el famoso filósofo Parménides. Heráclito alistó su caballo, y partió con trote ligero hacia esa ciudad.

Mientras Heráclito cabalgaba bordeando unos olivares desde donde se veía el mar, Parménides, el famoso filósofo de Elea, se encontraba estudiando en su habitación. Leía cuidadosamente los libros de algunos de los físicos, matemáticos y astrónomos más importantes de Grecia, tomaba notas, hacía apuntes y se rascaba la cabeza al reflexionar sobre sus teorías. Parménides, a diferencia de Heráclito, no disfrutaba con las puestas de sol, ni contemplaba embelesado cómo el paisaje cambiaba al paso de las estaciones. Estudiar era su principal ocupación, pues le parecía que de esa manera podía descifrar todos los misterios del universo. Cuando se hacía preguntas como ¿por qué el sol se oculta todos

los días, o por qué el agua se congela con el frío? no se detenía a observar el movimiento del sol, ni la nieve de las montañas, sino que acudía a sus libros y a partir de profundas reflexiones trataba de responder a estas preguntas y a todas las preguntas ¿por qué? que llegaban a su cabeza.

Una tarde nublada, después de revisar unos libros de lógica, Parménides salió a dar un paseo por el campo, ya que necesitaba estirar las piernas. Llevaba consigo sus apuntes, pues quería releerlos y hacerles algunas anotaciones. Justo cuando cruzaba la muralla de la ciudad vio un jinete que se acercaba.

–Buenas tardes –le dijo el jinete.

–Buenas tardes –le respondió Parménides.

En ese instante, una fuerte ráfaga de viento que anunciaba una tormenta sacudió a los dos filósofos. Tan fuerte fue la ráfaga, que los apuntes que traía consigo Parménides salieron volando por todas partes.

–¡Mis apuntes! –exclamó Parménides corriendo tras ellos.

Inmediatamente el jinete, que era Heráclito, bajó del caballo y comenzó junto con Parménides a perseguir los pergaminos que el viento levantaba en espirales como si fueran hojas secas. Pero justo en ese momento, las nubes negras que oscurecían el cielo, dejaron caer unas gordas gotas de lluvia, que pronto se hicieron chubasco.

–Sube a mi caballo –le dijo Heráclito a Parménides.

Parménides, al ver que no podía rescatar sus apuntes, montó de un salto detrás de Heráclito y fueron a galope a la ciudad, para resguardarse en el primer techo que encontraran. Entraron a una pequeña taberna. La tormenta no paraba, y ellos estaban hechos una sopa.

–Muchas gracias –le dijo Parménides a Heráclito al entrar a la taberna–. Mire, ahí hay un fogón, al lado del cual podemos poner a secar nuestras túnicas.

–¡Un fogón! –dijo Heráclito–. El corazón del universo...

–¿El corazón del universo? ¿Qué quiere usted decir con eso? –preguntó Parménides.

–No, nada –respondió Heráclito–, solamente pensaba en voz alta.

–¡Cómo que nada! Dígame usted, ¿qué quiere decir usted con eso de que el fuego es el corazón del universo?

–El fuego, el viento, los ríos, la tierra misma que nos regala el trigo, todo cambia–, respondió Heráclito–. Cuando digo que el fuego es el corazón del universo, me refiero a que el fuego nos muestra que no hay nada inmóvil, que el universo es un constante devenir. El fuego, sin dejar de ser él mismo, nunca deja de cambiar.

–¡Vaya que usted me sorprende! –le respondió Parménides–. ¿Está usted seguro de lo que dice? ¿Y si el

universo más bien fuera inmóvil, como una esfera de cristal, y todo lo que vemos, como el viento, las tormentas y los rayos, no fuera más que pura ilusión, como un simple sueño?

Heráclito veía desconcertado a Parménides. Pensaba para sí mismo: ¿Cómo es que el universo podría ser inmóvil? ¿Acaso no estaban empapados por la fuerza y el baile mismo del universo que producía fuertes chubascos, cascadas y el oleaje del mar?

–Explíquese por favor –le dijo Heráclito a Parménides. –¿No está usted hecho una sopa por la lluvia que se mueve como todo lo que hay en el universo?

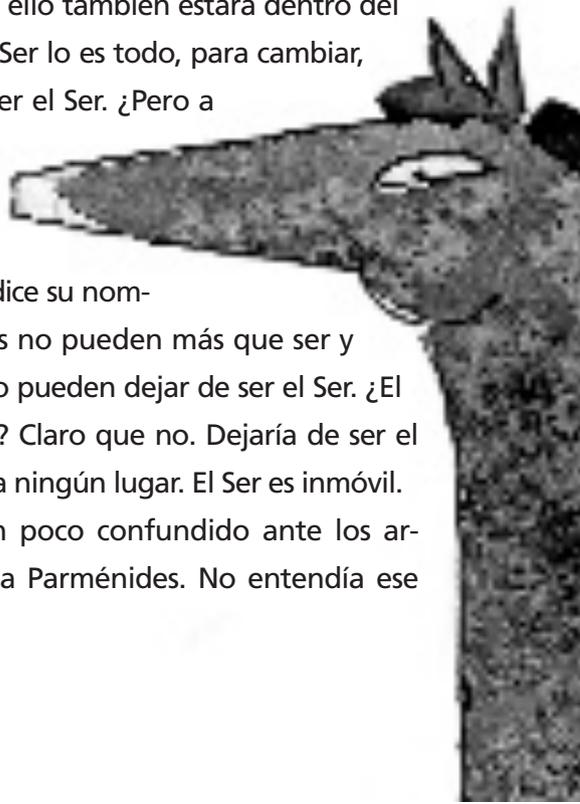
–Mire señor –respondió Parménides–, a pesar de que vemos todos los días al sol recorrer el cielo, a pesar de que vemos cómo las nubes se convierten en el agua de las terribles tormentas, a pesar de que vemos el paso de las estaciones, en realidad, nada cambia, todo permanece inmóvil, y el movimiento que percibimos a través de la vista y los sentidos, como el paso del día a la noche o de lo frío a lo caliente, son meras ilusiones.... El universo está quieto, no cambia, es como una bola de vidrio, maciza e inmóvil. El universo es como una esfera de cristal, siempre permanece el mismo y nunca se transforma.

–No entiendo a qué se refiere –le dijo Heráclito, extrañado por la teoría de Parménides–. No creo que los senti-

dos nos engañen. Por el contrario, yo confío en ellos. Éstos nos muestran el movimiento. Nos muestran el paso de la noche al día y del día a la noche, el paso de lo caliente a lo frío y de lo frío a lo caliente, la lucha de los contrarios, el paso del Ser al no-Ser y del no-Ser al Ser, el latido del universo.

–Se equivoca usted– le dijo Parménides a Heráclito e inmediatamente añadió–: Ponga mucha atención. Usted estará de acuerdo conmigo en que el Ser lo es todo. Una mesa es. El cielo es. Un perro es. Cualquier cosa es. Todo es. El Ser lo es todo. También estará de acuerdo que fuera del Ser no hay nada. Cualquier cosa, aunque quisiera estar fuera del ser, no podría, pues, por ser algo, sería algo que es y por ello también estará dentro del Ser. Y bueno, como el Ser lo es todo, para cambiar, tendría que dejar de ser el Ser. ¿Pero a dónde iría? ¿En qué se convertiría? Pues en no-Ser. Pero como el no-Ser no es, como lo dice su nombre, entonces las cosas no pueden más que ser y no pueden cambiar, no pueden dejar de ser el Ser. ¿El Ser podría ir al no-Ser? Claro que no. Dejaría de ser el Ser. El Ser no puede ir a ningún lugar. El Ser es inmóvil.

Heráclito estaba un poco confundido ante los argumentos que le daba Parménides. No entendía ese



enredo de que el Ser es y el no-Ser no es y de que el Ser es inmóvil pues para moverse tendría que dejar de ser el Ser para pasar al no-Ser, que no es. Para él, el movimiento era una cosa tan clara y evidente, como que tenía frío y que si acercaba el fogón, se iba a calentar. El fogón le mostraba directamente, sin tanto enredo, que el universo mismo cambiaba constantemente, que el universo bailaba y jugaba pasando de lo seco a lo mojado y de lo mojado a lo seco, del Ser al no-Ser y del no-Ser al Ser.

–Señor– respondió a su vez Heráclito después de reflexionar unos instantes–, evidentemente el universo se mueve. Sólo hace falta contemplar el cielo que nos trae la noche y el día, o el paso de las estaciones que nos regalan el frío y el calor, para constatar que la lucha entre las fuerzas contrarias de la naturaleza, crean una armonía, una armonía que es movimiento y belleza.

–¡Pero no puede usted traicionar al pensamiento! –le dijo Parménides–. ¿Cómo afirmar que el Ser se mueve? ¿A dónde podría ir el Ser, si el Ser lo es todo? ¿El Ser podría ir más allá de sí mismo? ¡Por supuesto que no! ¡Pues caería en el no-Ser que no es! ¡Recuerde: el Ser es, el no-Ser no es! ¡El Ser lo es

todo! ¡El Ser es inmóvil, no puede ir a ninguna parte! Usted confía demasiado en la vista y en el oído y por eso cree que la naturaleza se mueve. ¡Pero el pensamiento nos dice que el universo es inmóvil!

–El pensamiento tiene que escuchar a la naturaleza –exclamó Heráclito–. Si el pensamiento no escucha a la naturaleza, si no espera a que ésta le hable al oído, jamás podrá develar sus secretos. Cuando el pensamiento no escucha a la naturaleza, termina por hablar a gritos, imponiéndole a la fuerza su verdad.

–¿Escuchar a la naturaleza? ¿Esperar a que nos hable al oído? El pensamiento por sí mismo puede conocer a la naturaleza sin necesidad de perder tiempo al contemplarla. Es tan claro que 2 más 2 son cuatro, como que el Ser es y el no-Ser no es. ¡Cómo podría el no-Ser ser y el Ser no ser? ¿No es esto una contradicción? No hay necesidad de prestar atención a la lluvia, al fuego o a los ríos, para saber que el universo es inmóvil.

Heráclito, al que algunos amigos le decían “el oscuro”, pues a veces hablaba usando frases enigmáticas, le respondió a Parménides de esta manera:

–En los mismos ríos nos bañamos y no nos bañamos; y parecidamente somos y no somos.

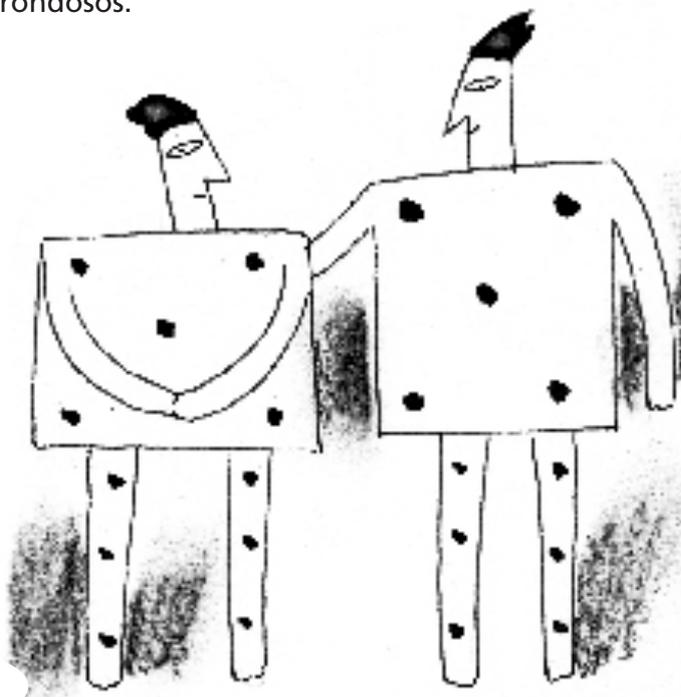
¿Tú a quién le darías la razón? ¿A Heráclito o a Parménides? ¿Piensas que la mejor manera de conocer a la naturaleza es a través del pensamiento o también

que es necesario contemplarla para poder descifrar sus secretos? ¿Piensas que la naturaleza es inmóvil? ¿A dónde podría ir si ella lo es todo? ¿Se podría mover más allá de sí misma? ¿El Ser podría dejar de ser el Ser para pasar al no-Ser, que no es? O por el contrario, ¿piensas como Heráclito que la naturaleza se mueve, como nos los dicen la vista y el oído? ¿Piensas que el fuego es el corazón del universo pues su movimiento está en el interior de todas las cosas? ¿Acaso el paso de la noche al día, o del verano al invierno no dan lugar a una armonía que es movimiento y belleza?

A estas alturas del debate, todos los comensales que estaban en la taberna escuchaban atentos a Parménides y Heráclito. Ya se había corrido la voz de que el ermitaño de las montañas, Heráclito “el oscuro”, estaba de visita en Elea y que estaba dialogando con el famoso filósofo Parménides. Los argumentos iban y venían como flechas y los dos filósofos tejían las palabras formando una red para tratar de atrapar la forma del universo y vencer a su contrincante. Mientras tanto, la atención y el entusiasmo del público crecía. Todos se olvidaron de sí mismos, de que estaban en una taberna, y más bien se sentían endiosados, hechizados, fuera del tiempo, en una eternidad inmóvil, en una esfera de luz, o como en una danza, en la que la música y el movimiento le dan la mano a la tierra, al cielo y a sus estrellas infinitas.

# Aristóteles y el alumno de Protágoras

Un día un alumno de Protágoras comía con Aristóteles cerca del Partenón de Atenas. Compartían un delicioso pescado con aceitunas y un buen vaso de vino. A través de la ventana del comedor contemplaban el paisaje, donde se veían inmensos viñedos cargados de racimos de uva madura y algunos olivos frondosos.



En ese momento, el alumno de Protágoras le dijo a Aristóteles:

–Aristóteles, he leído tus libros de filosofía y estoy de acuerdo contigo en que todo tiene una causa. Por ejemplo, el vino, viene de las uvas, y las uvas, a su vez, vienen de la parra, y la parra, de la semilla de otra uva, y esta semilla, de otra parra, que se alimenta de la tierra, del agua y de la luz de sol. Me parece, como a ti, que todas las cosas tienen una causa y que todas las causas forman una gran cadena. En lo que no estoy de acuerdo contigo es en que esta cadena de todas las causas tenga un principio, un inicio, es decir, en que haya una primera causa de todo y que a esa primera causa la llamemos Dios. Yo creo que todas las cosas tienen una causa, como las parras que vienen de las semillas de las uvas, o el queso que viene de la leche, y la leche misma que tiene su causa en las vacas, pero no creo que al inicio de todas las causas, o sea, que antes de todas las semillas y todas las parras, o antes de todos los huevos y todas las gallinas, exista una primera causa, un primer motor o Dios que sea la causa de todas las cosas.

Aristóteles escuchaba con atención al alumno de Protágoras y seguía con cuidado todos sus razonamientos. Por momentos observaba los viñedos y los olivos que se veían desde la ventana del comedor,

para volver la vista a su vaso de vino y a los huesitos de aceituna que dejaba a un lado del plato. Después de meditar unos instantes, le respondió:

–Claro que la cadena de las causas tiene un principio, si no fuera así, no podríamos explicar el movimiento de todas las cosas. Las cosas se mueven, pues existe siempre una causa que hace que cambien de forma o de lugar. Por ejemplo, las uvas pueden nacer y hacerse maduras, porque la tierra, el agua y el sol alimentan a la parra, que es su causa. La tierra, el agua y el sol, a su vez, necesitan del primer motor o Dios para moverse, pues sin él no podrían ser la causa de la parras, de la uvas y del vino. Sin Dios, que es un motor que mueve sin ser movido, no existirían todas las cosas del universo y todo estaría inmóvil. Dios es el primer motor del universo, pues desata y sostiene la cadena de las causas y el movimiento de todas las cosas.

El alumno de Protágoras guardó silencio un momento, y tras darle un largo sorbo a su vaso de vino, respondió de esta manera:

–Dios no existe, la cadena de las causas camina hasta al infinito. Antes de cada uva, existió una parra, y antes de cada parra existió una semillita de uva. Antes de cada gallina, hubo un huevo, y antes de ese huevo, una gallina, y así sin nunca acabar. La cadena

de las causas tiene innumerables eslabones, tantos, que no los podemos contar. ¿Cómo puedes probar que Dios es la primera causa? ¿Qué tal que Dios tiene una causa, y ésta otra, y ésta otra, y así por siempre, de modo que sea imposible llegar al inicio de todas las causas? El movimiento existe desde siempre. Las cosas son causas unas de las otras y se mueven entre sí desde siempre, desde la eternidad, sin un Dios o primer motor que sea su principio.

Aristóteles estaba un poco preocupado, pues nunca había encontrado a nadie que con tan buenos argumentos criticara su doctrina. Acariciándose su espesa barba negra, Aristóteles se decía a sí mismo: "¿Cómo va a ser que la cadena de las causas no tenga su principio en Dios, sino que se extienda de manera infinita sin tener una primera causa? ¡El mundo permanecería inmóvil! ¿Quién movería al universo? ¿Quién movería a las estrellas y a los planetas?" Y sin embargo, por un instante, dudó de su propia filosofía y reflexionó sobre los argumentos del alumno de Protágoras: "Pero si este muchacho tiene razón y Dios también tiene una causa y ésta otra y ésta otra también tiene una causa sin que podamos detenernos, ¿cómo puedo probar que el movimiento tiene su principio en Dios y no más bien que éste existe por sí mismo y desde siempre? ¿Qué

tal que la cadena de las causas se mueve por sí sola, es infinita y eterna, y no necesita de un primer motor que sea su causa?”.

¿Tú con quién estás de acuerdo, con Aristóteles o con el alumno de Protágoras? ¿Piensas como Aristóteles que la cadena de las causas y el movimiento de todas las cosas, como el paso de las parras a las uvas y de las uvas al vino, tiene su principio en una primera causa o un primer motor que es Dios, o estás del lado del alumno de Protágoras y piensas más bien que el movimiento y la cadena de las causas existen por sí solos y además son eternos e infinitos?

Justo cuando el alumno de Protágoras estaba por seguir explicándole a Aristóteles sus argumentos, este último lo interrumpió:

–Muchacho, veo que eres muy inteligente y que te gusta cultivar el arte de debatir, por eso quiero que respondas a las preguntas que te voy a hacer.

–Te escucho –dijo el alumno de Protágoras cortésmente.

–¿Tú estás de acuerdo en que para conocer una cosa hay que conocer sus causas? ¿Te parece que para conocer una casa, por ejemplo, hay que conocer los materiales con los que está hecha, así como los planos que dibujó el arquitecto, donde se diseña la distribución de la cocina, del comedor y de las hab-

itaciones, así como las proporciones entre el techo y los muros?

–Estoy de acuerdo –respondió el alumno de Protágoras.

–Y bueno –continuó Aristóteles–, ¿estás de acuerdo en que para conocer el material con el que está hecha la casa, la madera, por ejemplo, hay que conocer a su vez su causa, a saber, el bosque o el tipo de árboles de donde proviene, para saber si es de buena calidad? De igual manera, ¿te parece que para conocer los planos del arquitecto, hay que estudiar matemáticas, ingeniería y todas las ciencias que nos permiten crear los planos no sólo de las casas, sino de todos los edificios?

–Claro que estoy de acuerdo contigo –volvió a decir el joven filósofo.

–Bueno –dijo complacido Aristóteles–, si estás de acuerdo conmigo en que para conocer cualquier cosa es necesario conocer sus causas, estarás de acuerdo también en que para conocer el universo y todo lo que éste contiene, necesitamos conocer una causa que no dependa de ninguna otra causa. Es decir, que para poder dar razón y explicar la causa de cualquier cosa, como de una casa por ejemplo, es necesario conocer no sólo los árboles de donde viene la madera o los cálculos y los planos que el arquitecto realizó para hacer sus planos, sino también la primera causa, Dios o el primer motor, que hace posible que podamos explicarnos

cualquier cosa y la causa de cualquier cosa, como los bosques, las piedras, los planos y las casas. Para poder conocer cualquier cosa, tenemos que remontarnos al conocimiento de la primera causa. Sin Dios, el primer motor, no podríamos conocer nada, pues no tendríamos un principio que nos dijera de dónde vienen las cosas.

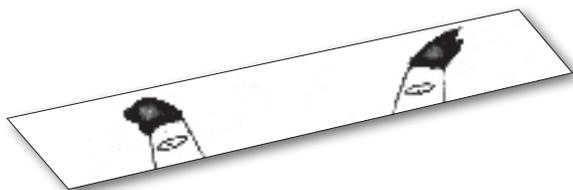
Aristóteles se encontraba satisfecho con su nuevo argumento, pues le parecía sumamente claro que si conocer algo es conocer su causa, el conocimiento del universo supone que conocemos a Dios, el primer motor, que es la causa de todo lo que éste contiene, como las estrellas, las montañas y los lagos. ¿Estás de acuerdo con Aristóteles? ¿Piensas que conocer algo es conocer su causa? ¿Estás de acuerdo con él en que para conocer el universo tendríamos que conocer su primera causa, que sería Dios?

El alumno de Protágoras escuchaba atentamente a Aristóteles, hasta que éste terminó su discurso. Entonces le respondió:

–Aristóteles, ¿crees que el hombre puede conocer las causas de todo lo que hay en el universo? ¿Crees que el conocimiento humano puede realmente alcanzar a todas las cosas? ¿Crees realmente que el hombre lo puede conocer todo? Mira, Aristóteles –continuó diciendo el alumno de Protágoras alzando la voz–, aún

suponiendo que Dios fuera la causa de todas las cosas, ¿crees que el hombre puede conocer a Dios? ¿Acaso no has escuchado jamás la doctrina de mi maestro, que afirma que el conocimiento del hombre nada sabe del mundo y de las causas de todas las cosas, pues todo cambia, el mundo mismo no deja de moverse y, aunque Dios mismo existiera, éste dejaría de existir algún día, como las flores del campo, las aceitunas y las uvas, o los bellos colores del atardecer? La cadena de las causas no tiene principio ni fin y en su camino destruye todo lo que crea, incluyendo a Dios. Todo cambia y el conocimiento del hombre no es más que una opinión que no tiene relación más que con sus hábitos y sus costumbres, con su manera de ver las cosas, y de ninguna manera con la forma del mundo entero. El conocimiento del hombre no se puede apoyar en ningún primer principio para explicar la forma del mundo.

Para esas alturas de la discusión, Aristóteles se encontraba en franco desacuerdo con el alumno de Protágoras. Aunque todo el tiempo se habían tratado



con cortesía y el debido respeto, Aristóteles se veía un tanto contrariado, pues hasta ese entonces nunca había conocido a nadie y menos un joven estudiante que se opusiera a su filosofía de Dios y el primer motor. ¡Cómo iba a ser posible que alguien afirmara que el conocimiento del hombre son meras opiniones que no pueden dar cuenta de la cadena de las causas! Aristóteles le dijo al alumno de Protágoras: –¡Muchacho, me parece contra la razón que tú y tu maestro sostengan que no existe Dios o el primer motor por el cual podemos conocer la causa de todas las cosas, de modo que todo el conocimiento humano sobre el universo, sobre las nubes y el cielo, no sea más que meras opiniones! ¡Claro que Dios existe y lo podemos conocer! ¡Claro que podemos conocer el primer motor y la cadena de todas las causas! ¡Si no pudiésemos conocer el primer motor, no podría haber conocimiento cierto de nada, y el saber humano sería tan sólo fantasía!

La discusión entre Aristóteles y el alumno de Protágoras comenzaba a subir de tono: el primero defendiendo que el hombre puede conocer a Dios y con él a la cadena de todas las causas; y el segundo afirmando que como la cadena de todas las causas no tiene principio ni fin, Dios no existe y por ello el conocimiento humano, al no poder apoyarse en una primera causa

para conocer el resto de la cadena, se reduce a meras opiniones.

¿Tú a quién le darías la razón? ¿Pensas que conocer, como dice Aristóteles, es conocer las causas de las cosas? ¿Estás de acuerdo con él en que Dios es la primera causa o el primer motor de la cadena de las causas y que por esa razón, gracias a su conocimiento, podemos conocer cualquier cosa? ¿O más bien estás del lado del alumno de Protágoras y piensas que como la cadena de las causas es infinita y el conocimiento humano no tiene ningún primer principio en el cual apoyarse, el hombre no puede dar razón de ninguna cosa? ¿Pensas, junto con Protágoras, que el conocimiento del hombre es una mera opinión, que no puede acceder a la verdadera forma del mundo?

El alumno de Protágoras le dijo a Aristóteles:

–Escucha la doctrina de mi maestro, para que te convengas de que el conocimiento del hombre no puede tocar la esencia de las cosas, sino que es sólo mera opinión. “El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en tanto que son y de las que no son en tanto que no son”. Para mi maestro el hombre cree saber cómo es el mundo porque cree saber cuáles son sus causas, pero en realidad el mundo y la cadena de las causas son infinitos, y por ello escapan al conocimiento del hombre, aunque éste crea que sus opiniones son

verdaderas. El hombre dice saber cómo es el mundo, pero como en realidad no conoce la cadena de las causas, su conocimiento es una mera opinión que no tiene nada que ver con el mundo mismo y todo lo que contiene, como los cometas, los árboles o los ríos. Aristóteles –dijo el alumno de Protágoras–, imagina que un árbol cae en el bosque profundo, sin que nadie esté ahí para ver o escuchar su caída. ¿Podemos decir que el árbol cayó? Si decimos que el árbol en verdad ha caído, ¿no es que alguien estuvo ahí para decir “mira, el árbol ha caído”? Si nadie hubiera estado ahí, ¿crees que podríamos sostener que el árbol en verdad ha sufrido una caída? ¿Ves cómo el conocimiento del mundo depende del hombre y de su manera de ver las cosas? Sin el hombre, no podríamos decir que el árbol ha caído. Y como el hombre no puede conocer la cadena de las causas, todo su conocimiento no es más que meras opiniones que dependen de su particular punto de vista.

Aristóteles le respondió a su vez:

–El hombre no es la medida de todas las cosas, sino que verdaderamente puede conocer el primer motor o la cadena de todas las causas y por ello su conocimiento no es una mera opinión. El hombre puede conocer la esencia del mundo. El hombre posee una razón que es capaz de conocer a Dios y por ello, la causa de todas las cosas.

–Pero esta razón no es capaz de recorrer todas las causas hasta llegar al primer motor, porque la cadena de las causas es infinita –respondió a su vez el alumno de Protágoras.

La discusión entre Aristóteles y el alumno de Protágoras se prolongó hasta ya bien entrada la noche. Cada uno daba sus argumentos, escuchaba al otro, lo rebatía, y trataba de encontrar cuál es la verdadera forma del universo y los límites del conocimiento humano.

¿Piensas como Protágoras que las verdades sobre el mundo, como la caída del árbol, dependen del punto de vista humano, y que el hombre en realidad se tiene que conformar con simples opiniones, pues su conocimiento no alcanza a abrazar la cadena de todas las causas? ¿O estás más bien del lado de Aristóteles y piensas que el hombre no es la medida de todas las cosas, pues puede conocer al primer motor y con él al universo entero?

Si un árbol cae en un bosque sin que nadie esté ahí para decir “mira, el árbol ha caído”, ¿podemos decir que el árbol efectivamente ha caído?

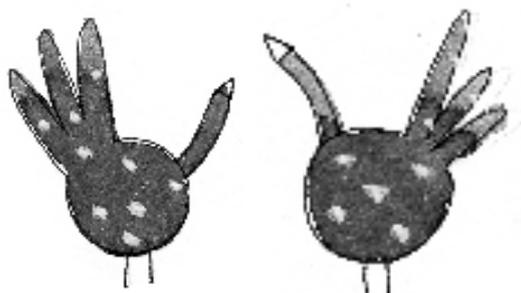


# Descartes y Aristóteles

Un día un seguidor de la doctrina de Aristóteles caminaba por unos campos cercanos al puerto de Amsterdam y contemplaba las flores que brillaban a la luz del sol, los pájaros que revoloteaban recortando el azul intenso del cielo y los árboles que comenzaban a echar sus verdes hojas, después de un duro invierno. El estudiante de Aristóteles se decía a sí mismo: “Aristóteles tiene razón. La cadena de las causas permite que el árbol, después del invierno, saque sus hojas, alegrando a la primavera, para después, ya en el verano, dar fruto y alcanzar su perfección. La perfección del árbol, que es dar fruto, no sería posible sin el agua y el calor del sol, que permiten que éste, de tener el fruto en potencia en el invierno, tenga el fruto en acto en el verano. El árbol, al pasar de la potencia al acto, al pasar de ser un árbol que tiene el fruto en potencia, a ser un árbol que tiene el fruto en acto, es un árbol perfecto”.

¿Te acuerdas de la filosofía de Aristóteles? ¿Recuerdas cómo para él la cadena de las causas hace que

todas las cosas pasen de la potencia al acto, como los huevos que vienen de las gallinas y las gallinas de los huevos? Para Aristóteles es posible saber cuándo un huevo es perfecto. Según este filósofo el huevo es perfecto, cuándo la gallina que tiene en potencia rompe el cascarón. Y la gallina es perfecta, cuando empolla el huevo que tiene en potencia. ¿Estás de acuerdo con Aristóteles? ¿Crees que la gallina sería perfecta si el huevo que tiene en potencia no es empollado? ¿Crees que el huevo sería perfecto, si de éste no nace una simpática gallina? ¿Estás de acuerdo con Aristóteles en que la perfección de cualquier cosa, como las flores o las vacas, se alcanza cuando pasan de la potencia al acto? ¿Te imaginas unas flores que en primavera no nos regalaran los bellos pétalos que tienen en potencia, o una vaca que no diera la leche que tiene en potencia? ¿Serían perfectos?



Bueno, el seguidor de la doctrina de Aristóteles estaba de acuerdo con este filósofo en que las cosas se vuelven perfectas cuando pasan de la potencia al acto. Seguía pensando y diciéndose a sí mismo: “No cabe duda, el mejor filósofo de todos los tiempos es Aristóteles, pues al señalar que las cosas pasan de la potencia al acto, ha logrado brindarnos a los hombres un conocimiento cierto. La ciencia es el conocimiento de la cadena de las causas, el conocimiento de cuando éstas pasan de la potencia al acto y alcanzan su perfección”.

El seguidor de la doctrina de Aristóteles venía ya de regreso a Ámsterdam, tras su paseo por el campo. Veía las torres de algunas iglesias y a lo lejos distinguía los mástiles de los barcos que estaban en el puerto. Justo al entrar por las primeras callejuelas de la ciudad, se topó de frente con un señor que traía grandes rollos de papel entre los brazos. Por el pequeño golpe que se dieron, los rollos cayeron al suelo y ambos se dieron a la tarea de recogerlos.

–Perdóneme– le dijo el seguidor de Aristóteles mientras le ayudaba a recogerlos–. No fue mi intención.

Pero mientras tomaba los rollos, se dio cuenta de que éstos eran planos con una gran cantidad de figuras geométricas y algunas anotaciones. Entonces, no sin curiosidad, le preguntó a aquel hombre:

–Caballero, ¿me podría usted decir sobre qué versan sus planos? Veo que tienen una serie de figuras geométricas y me gustaría saber de qué tratan.

–Permítame presentarme –le respondió aquél–, mi nombre es Descartes, René Descartes y soy filósofo y científico de ocupación. Estos planos son estudios científicos sobre los terrenos que rodean al puerto de Ámsterdam. Estoy analizando sus medidas y sus proporciones, para ver si es posible hacer a través de ellos un gran canal.

–¿Estudios científicos? –preguntó el seguidor de la doctrina de Aristóteles.

–¡Claro! –respondió Descartes–. La ciencia, el conocimiento genuinamente verdadero, debe medir y comparar. Sólo lo que se puede medir y comparar nos puede brindar un conocimiento cierto de las cosas. Imagínese que no pudiéramos medir y comparar, ¿usted cree que podríamos conocer alguna cosa?

–¡No estoy de acuerdo con usted!– respondió el alumno de Aristóteles–, el conocimiento científico consiste en seguir la cadena de las causas, analizar cuándo las cosas, como las flores, los pájaros o los árboles pasan de la potencia al acto y alcanzan su perfección!

–Creo que usted está en un error– le respondió Descartes–. Por ejemplo, para hacer ciencia de un árbol, tenemos que saber cuánto mide su tronco, qué tan

alto es o cuánto pesa. Para hacer ciencia del árbol, tenemos que estudiar todo aquello que podemos medir y comparar.

–¡Pero eso no es hacer ciencia!– dijo seriamente el alumno de Aristóteles–. La ciencia sigue la cadena de las causas. Por ejemplo: el árbol viene de la semilla, la semilla de otro árbol, ese árbol de otra semilla, y ésta puede dar fruto porque la tierra, el sol, el agua y todas las causas, hasta Dios, hacen que pueda crecer, tener un ancho tronco y ramas frondosas, y en verano, dar jugosos frutos. La ciencia puede conocer cualquier cosa, como los árboles y las nubes, como las gallinas y las vacas, y saber cuándo éstas, al pasar de la potencia al acto, alcanzan su perfección. Los árboles son perfectos, cuando, gracias a la tierra, el agua y al sol, pasan de la potencia al acto, dando deliciosos frutos.

–Se equivoca –respondió Descartes tajantemente–. Me parece que usted es un seguidor de la filosofía de Aristóteles. Esa manera de pensar ya es antigua. Lo moderno, es medir y comparar. Sólo lo que se puede medir y comparar nos puede brindar un conocimiento cierto. ¿De qué me sirve saber que un árbol es perfecto o imperfecto? Lo que yo necesito saber es cuánto mide, cuánto pesa, para saber si de él puedo sacar las vigas que necesito para construir un puente o una casa. El conocimiento verdadero no es el que nos dice cuándo

es que una cosa pasa de la potencia al acto, sino el que, al medir y comparar, nos permite sacar algún provecho.

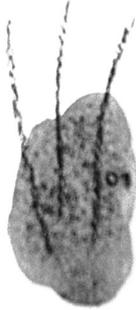
El alumno de Aristóteles escuchaba atentamente a Descartes con los brazos cruzados.

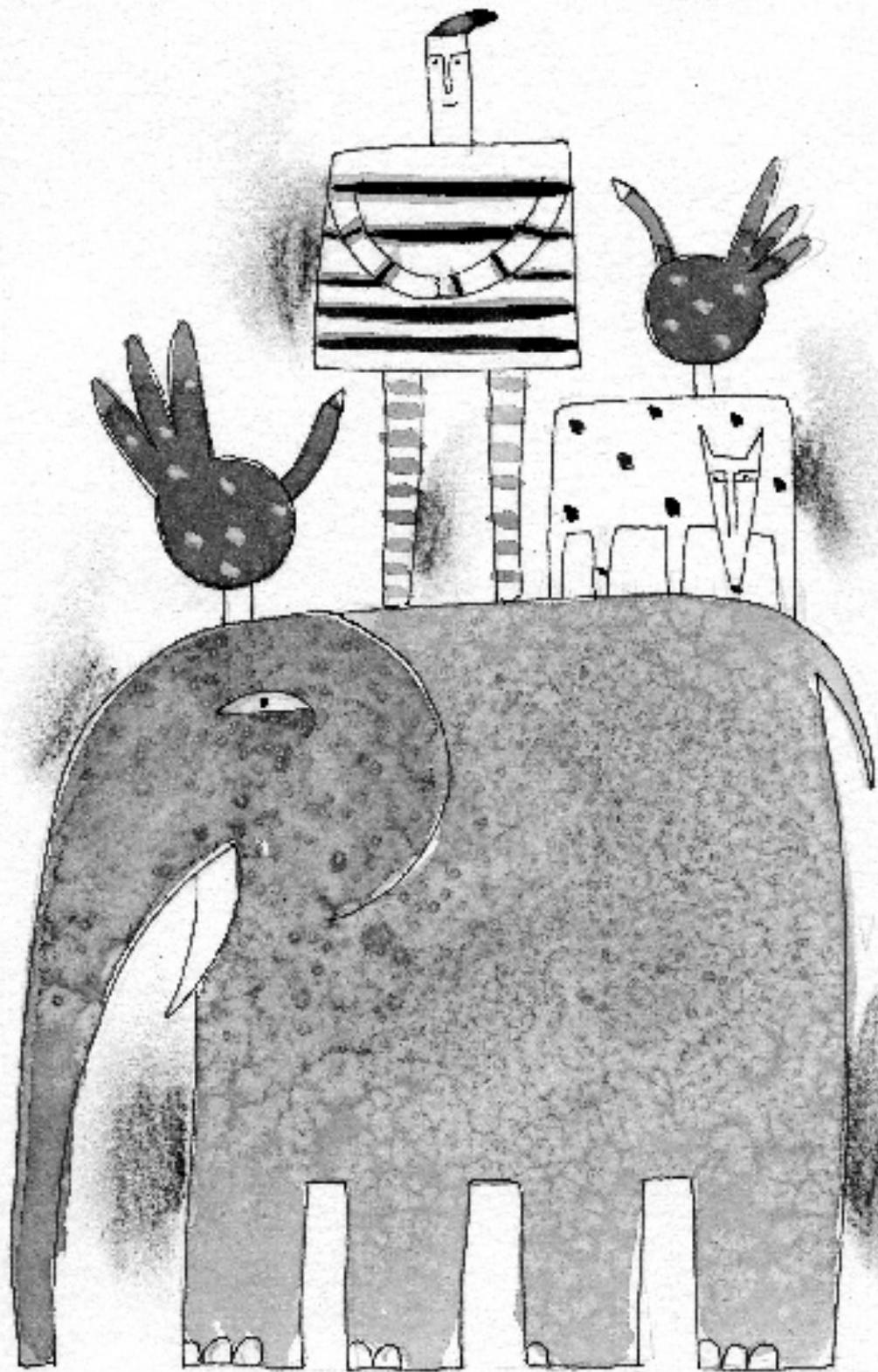
¿Tú con quién estás de acuerdo? ¿Con el alumno de Aristóteles o con Descartes? ¿Cuál piensas que es el conocimiento cierto, el que nos dice cuál es la perfección de las cosas o el que busca medir y comparar? ¿Cuál es la verdadera ciencia, la que nos dice cuándo una cosa pasa de la potencia al acto, para alcanzar su perfección, como una bailarina que entrena duramente y una vez que ha desarrollado sus músculos, trata de ganar una prueba o la que nos dice qué dimensiones tiene un terreno, una vez que hemos medido la cerca que lo limita? ¿Crees que el premio que le dan los jueces a la bailarina es un conocimiento cierto, un conocimiento científico, aunque no podamos medir con una regla y un compás la gracia y la elegancia de sus pasos? ¿O piensas más bien con Descartes que el único conocimiento cierto, el único conocimiento científico, es el que podemos medir y comparar, como el peso y la talla de la bailarina, y no el paso de la potencia al acto por el que ésta ejecuta una bella danza?

El alumno de Aristóteles y Descartes siguieron discutiendo. El primero reconocía que medir y comparar le permitía al hombre construir muchas cosas, como

puentes, casas y barcos que le hacen la vida más fácil. Y sin embargo, sostenía que la ciencia era capaz de seguir el paso de la potencia al acto de todas las cosas para saber cuándo éstas alcanzaban su perfección. Descartes, por su parte, decía que aunque fuera muy interesante ver cómo las cosas pasaban de la potencia al acto y alcanzaban su perfección, como el árbol que da frutos en verano, o las bailarinas que le arrancan con su danza un fuerte aplauso al público, el único conocimiento científico era resultado de medir y comparar.

¿Piensas como el alumno de Aristóteles que la ciencia busca conocer el momento en que las cosas alcanzan su perfección? ¿O piensas más bien que la ciencia busca saber cuánto miden y pesan las cosas? ¿Qué crees que sea más importante, conocer la perfección de las cosas, o saber cuánto miden y cuánto pesan para poder construir muchas cosas como barcos, puentes o casas? ¿La ciencia sólo debe tomar en cuenta la medida y la utilidad de las cosas o también su perfección? ¿Qué es la ciencia?





# Pico de la Mirandola y la libertad

Pico de la Mirandola salió una tarde con un amigo suyo a pasear por el campo. La tarde era hermosa, pues el sol bañaba con su luz dorada el paisaje y un aire dulce y ligero refrescaba el ambiente. En las laderas de las suaves colinas que se dibujaban en el horizonte, había muchos animales pastando. Vacas, caballos, toros, borregos y algunos chivos, estaban regados en grandes corrales a lo largo y ancho de la comarca. Entonces el amigo de Pico le dijo a éste:

–Los animales me gustan mucho. Cada uno expresa una manera de ser. Por ejemplo, el toro es bravo. El caballo, tiene brío. El león es pura fuerza, por eso es el rey de la selva. Los animales muchas veces alcanzan cosas que el hombre no puede ser.

Pico de la Mirandola escuchaba a su amigo, a la vez que disfrutaba de la luz del sol que caía en las montañas lejanas.

–En ocasiones, me parece que los seres humanos son inferiores a los animales. Los hombres somos tan débiles,

nos enfermamos tanto, que la mayoría de los animales nos superan en fuerza y salud— continuó diciendo su amigo—. Imagina al elefante y su paso de plomo. Los elefantes son fuertes y seguros como una torre. ¿Has imaginado que un elefante pueda resbalarse y lastimarse el tobillo? Los tigres son ágiles y elegantes. ¿Has imaginado un tigre con la espalda encorvada o que llore y solloce como un hombre que ha perdido un ser querido? Por supuesto que no. Los animales tienen una gran manera de ser, son fuertes y firmes como el acero, a diferencia del hombre que es muy débil y frecuentemente se enferma, sufre, se equivoca y se arrepiente de sus acciones.

Pico ponía atención a su amigo que no dejaba de comparar a los animales con el hombre:

—Los hombres deben trabajar muy duro para poder sostener a sus familias y aún así, muchísimas veces viven en la miseria. La mayoría de las veces los hombres trabajan todo el día y sin embargo apenas y pueden sobrevivir. Los animales, en cambio, hacen pocos esfuerzos para conseguir sus alimentos y siempre están sanos y fuertes. ¿Has visto un colibrí encerrado en una carpintería todo el día, para tener lo justo para comer? Los colibríes van de flor en flor, bebiendo su néctar y disfrutando de sus aromas, y son libres como el viento. ¿Has visto un zorro que busque trabajo en un mercado y no le encuentre, de modo que tenga que pedir limosna en una esquina?

Los zorros son astutos y siempre tienen qué comer. En definitiva, los animales son superiores a los hombres que tienen una vida muy dura.

Pico de la Mirandola seguía escuchando a su amigo, hasta que decidió darle su punto de vista:

–No estoy de acuerdo con lo que dices. No creo que los animales sean superiores a los hombres.

–¿Por qué no?– le respondió su amigo, retándolo a que le diera buenos argumentos.

–En primer lugar, porque los animales no son libres.

–Claro que son libres– respondió aquél–. ¿No te parece libre el águila que planea sobre los valles y las montañas? ¿No te parece libre el lobo que es dueño de los bosques? Los animales son libres, pues no tienen que trabajar. Incluso una simple vaca. Su tranquilidad y su quietud, ¿no te parecen envidiables? Nunca vi un hombre con tanta paz.

Pico, al escuchar los argumentos de su amigo, le respondió de la siguiente manera:

–Una águila no es libre, pues no puede dejar de volar sobre los valles y las montañas. Un lobo no es libre, pues no puede dejar de ser el dueño de los bosques. Aun una vaca no puede dejar esa vacía paz y esa aburrida quietud. Los animales tienen una forma de ser, que aparentemente supera a la de los hombres, pero en realidad no pueden dejar de tener esa manera de

ser, que es como una cárcel. Los animales no son libres, pues son esclavos de su manera de ser, aunque ésta consista en ser el rey de la selva.

–¿Pero no te parece que el león, al ser el rey de la selva, es libre?– preguntó el amigo de Pico.

–¿Es que el león puede dejar de ser el rey de la selva?– le devolvió Pico la pregunta–. Por supuesto que el león no puede dejar de ser el rey de la selva. El león no es libre de no ser un rey, el león es esclavo de su manera de ser.

¿Tú a quién le darías la razón? ¿A Pico o a su amigo? ¿Piensas que los animales son libres de tener la forma de ser que tienen? ¿O piensas que son esclavos de su manera de ser? ¿Piensas que un águila puede escoger dejar de volar sobre las montañas o los valles? ¿Piensas que una ardilla puede dejar de ser ardilla y no comer bellotas?

–Es más– dijo Pico, retando a su amigo–. No son los animales superiores al hombre, sino es el hombre superior a los animales. Aunque los hombres en muchas ocasiones tengan una vida muy dura, aunque los hombres tengan que trabajar muchísimo para poder sobrevivir, a diferencia de los animales, pueden escoger qué hacer

con sus vidas. Los hombres son libres, pues pueden decidir si se convierten en hábiles artistas, capaces de hacer bellas obras de arte o en



bestias brutas que sólo quieren comer y dormir. El hombre es libre, pues no tiene un carácter ya hecho y puede escoger su forma de vida.

–¿Pero no ves a la mayoría de los hombres que la mayor parte del tiempo se la pasan en las tabernas sin dejar de beber, hasta que se quedan dormidos en algún callejón oscuro?– le respondió su amigo–. Los hombres son esclavos de sus vicios y sus pasiones, jamás podrán tener la libertad que tienen los animales, como el búho, por ejemplo, que en las noches sale de cacería y conversa con la luna y las estrellas.

–Es cierto– respondió Pico–, los hombres son esclavos de sus vicios y sus pasiones, pero son libres para dejar de serlo. El hombre es libre para ser un borracho que es esclavo del vino o para convertirse en un sabio que estudia álgebra y alquimia. El hombre es superior a los animales, pues no tiene una manera de ser ya hecha de una vez por todas y para siempre. El hombre es libre, pues puede dejar de ser un borracho que sólo quiere tomar vino, para convertirse en algo tan maravilloso como un mago o un artista. Los animales, en cambio, no pueden dejar de ser lo que son, aunque sean tan poderosos como el león, que es el rey de la selva.

–Pero los hombres la mayor parte del tiempo no ejercen su libertad –respondió el amigo de Pico–. Y si no ejercen su libertad, ¿cómo es que van a ser superiores

a los animales? ¿No has visto cómo en ocasiones pasan su vida entera en una cantina o un salón de juegos, sin hacer otra cosa?

–Ese es el desafío que tienen los hombres– respondió Pico–. Los hombres tienen el reto de hacer uso de su libertad. Si ser libre fuese algo fácil, quizá los hombres no valdrían nada. Los hombres tienen que trabajar día con día para lograr construir su carácter. ¿Acaso a un perro le cuesta trabajo ser un perro? Para un perro lo más fácil del mundo es ser un perro. ¿Acaso al oso le es difícil ser oso? Para un oso lo más fácil del mundo es ser un oso. Para el hombre, en cambio, ser libre es difícil, pues, como no tiene su carácter y su manera de ser ya hecha de una vez y para siempre, tiene que hacer el esfuerzo de llegar a ser lo que quiere ser. El hombre vale más que los animales, justo porque cada día tiene que hacer un esfuerzo para ser libre. La libertad cuesta mucho trabajo y por eso los hombres valen más que los animales.

¿Tú estás de acuerdo con lo que dice Pico de la Mirandola respecto a la libertad? ¿Piensas que los hombres son superiores a los animales precisamente porque no tienen su carácter ya hecho de una vez por todas? ¿O piensas que tener una forma de ser ya hecha de una vez y para siempre, como los caballos que siempre comen pasto, hace a los animales superiores a los

hombres, que a veces son esclavos de sus vicios y sus pasiones? ¿Piensas que el hecho de que ser libre sea difícil y cueste trabajo, hace que los hombres sean superiores a los animales, que no les cuesta ningún esfuerzo ser como son?

Pico de la Mirandola le dijo a su amigo:

–Escucha: el hombre es un ser maravilloso, es el más maravilloso de toda la creación, pues puede convertirse en un puerco que sólo quiere estar en el lodo, en un músico que toca suaves melodías o en un ángel que contempla el rostro de Dios. El hombre es libre, pues es dueño de sí mismo, y puede elegir los senderos por los que camina su propio destino. Los animales no pueden escoger su carácter y su manera de vivir la vida.

El amigo de Pico guardó silencio al escuchar la última frase y prefirió no responder con un nuevo argumento. El sol estaba tocando ya el horizonte y una parvada de golondrinas jugaban con el viento de la tarde. Pico y su amigo decidieron regresar por la vereda por la que habían venido, para irse a casa y dormir. Al día siguiente tenían que trabajar y como todos los hombres, construir su propio carácter, construir su propio destino, hacer el esfuerzo para hacer buen uso de su libertad.



# Descartes y el astrólogo

**D**escartes estaba en una bella torre que se encontraba en los jardines del palacio de la reina de Suecia, Cristina, que era amiga suya. Era ya de noche, y se podían ver con claridad los planetas y las estrellas. Descartes estaba muy ocupado haciendo algunos cálculos para predecir con exactitud cuándo sería el próximo eclipse de sol. Tenía algunas tablas y gráficas donde tenía anotado cuándo habían sido los eclipses anteriores y el tiempo que tardaban la luna y la Tierra en darle una vuelta al astro rey. Sólo era cuestión de medir con precisión las revoluciones de la Tierra y la luna alrededor del sol y podría saber con seguridad cuándo sería el próximo eclipse. Descartes estaba muy concentrado haciendo sus cálculos cuando oyó unos pasos y voces que subían por la escalera de la torre. Eran su amiga la reina Cristina y un astrólogo y alquimista llamado Cornelius, de la escuela de Paracelso, que lo quería conocer.

–Buenas noches– dijeron al unísono Cristina y el astrólogo.

–Buenas noches– respondió Descartes.

–Permíteme presentarte al astrólogo y alquimista Cornelius.

Pero antes de que Descartes dijera cualquier cosa, Cornelius le preguntó a éste:

–¿En qué se encuentra trabajando? Veo que tiene tablas y gráficas donde está registrado el movimiento de los planetas.

–En efecto –respondió Descartes–, trato de saber con exactitud cuándo será el próximo eclipse. Sólo es cuestión de medir cuánto tardarán la luna y la Tierra en coincidir frente al sol, para poder predecir cuándo disfrutaremos de ese bello fenómeno.

–¡Me parece muy interesante!– le respondió Cornelius. –¡Y seguramente de ese modo podrá también predecir cuándo el ejército francés vencerá a los ingleses!– añadió con un aire triunfal.

–No entiendo a qué se refiere usted– le respondió Descartes frunciendo el ceño–. No veo la relación entre los eclipses de sol y la posibilidad de ganar la guerra.

–Es claro– respondió Cornelius–. La Tierra, al colocarse justo entre la luna y sol, a su vez permitirá que Júpiter y Marte presenten una cuadratura, de modo que el ejército francés recibirá el influjo necesario para ir a la guerra con entusiasmo y determinación. Cuando se va a la guerra, si no se goza de la influencia creativa de

Júpiter, aun con el apoyo de Marte, es difícil obtener una victoria segura.

–¡Pero eso que está usted diciendo no son más que supercherías!– exclamó Descartes–. La luna, el sol y el resto de los planetas no tienen ninguna relación con la guerra. Para ganar la guerra, sólo hace falta tener un ejército bien equipado, bien entrenado y gozar de una buena estrategia.

–¡Pero no puede usted negar la influencia de los astros sobre los seres vivos!– respondió Cornelius–. Por ejemplo, es evidente que la luna llena, las mareas y el nacimiento de los niños están claramente relacionados. Es sabido por todo el mundo que cuando la luna alcanza su máximo esplendor, el nivel del mar se eleva y las mujeres dan a luz. ¿Por qué negar la influencia del resto de los astros en los humores y el carácter de los hombres?

–¡Los astros de ninguna manera influyen sobre los humores y el carácter de los hombres. Los astros son como manecillas de un gran reloj, que es el universo. Si los hombres pueden ir a la guerra con éxito o realizar cualquier otra actividad, es gracias a su razón, y no porque reciban la influencia de ningún planeta!– le respondió Descartes a Cornelius.

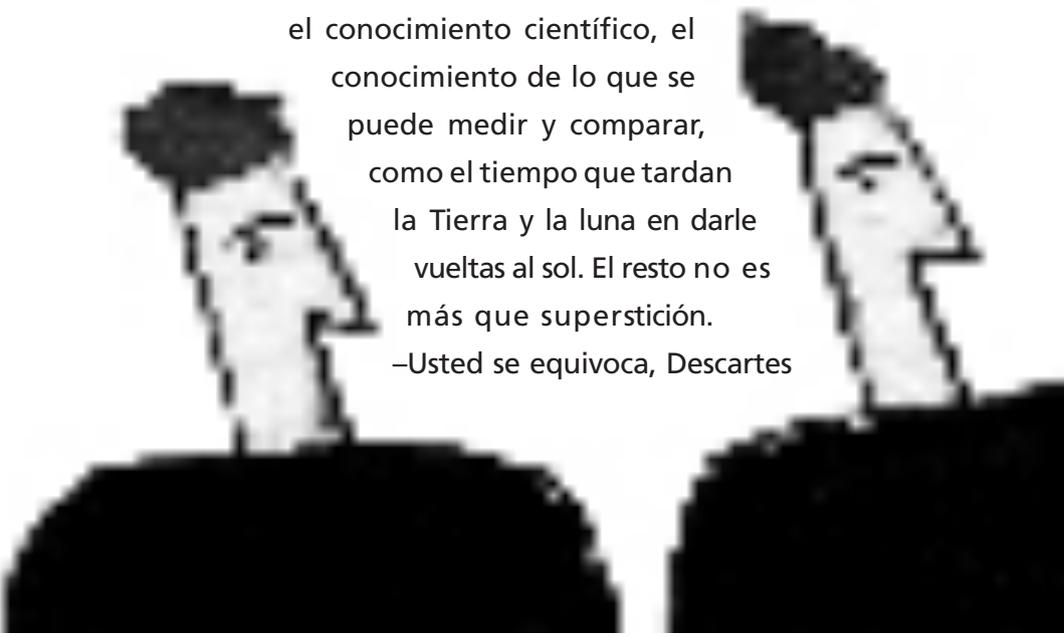
–No sólo el nacimiento de los niños se ve propiciado por la influencia de la luna llena– dijo Cornelius–. Ésta

también es propicia para cortarle el pelo a las personas o para podar los árboles de modo que en verano den abundantes frutos. De igual manera, el influjo de Saturno, Plutón y el propio Venus es decisivo para conocer con seguridad el carácter de una persona, para saber cuándo ésta se encuentra en un estado de melancolía, para prever cuándo es propensa a morir o a sufrir un gran dolor que cambiará el sentido de su vida o, por el contrario, para saber cuándo se encuentra en disposición para disfrutar de las delicias del amor.

–¡Superstición, superstición!– tronó Descartes–, ¡lo que usted me dice no es más que superstición! ¿Cómo medir el influjo de un planeta sobre el carácter de una persona? ¿Cómo medir y comparar la influencia que Marte, Júpiter o cualquier otro planeta pueda tener sobre el carácter de una persona? Recuerde, el único conocimiento cierto, del cual no podemos dudar, es

el conocimiento científico, el conocimiento de lo que se puede medir y comparar, como el tiempo que tardan la Tierra y la luna en darle vueltas al sol. El resto no es más que superstición.

–Usted se equivoca, Descartes



–le reviró Cornelius–. Todos los pueblos, desde la más remota antigüedad, han conocido los beneficios de la astrología. No sólo nuestros abuelos europeos, sino los chinos, los indios, los árabes, han observado los astros, sus movimientos, y la influencia sobre el carácter de los hombres. Por ejemplo, yo soy de signo Tauro, y eso ha determinado mi férrea voluntad y mi indomable determinación a cumplir con las metas que me propongo.

–¡Superstición, superstición!– repetía Descartes–. La astrología, como la alquimia, no son más que supersticiones. Si nuestros abuelos y otros pueblos como el indio o el chino han practicado la astrología, es porque no conocían la verdadera ciencia, la ciencia que puede medir y comparar, la ciencia que puede experimentar, como las matemáticas y la física. El carácter de un hombre se puede conocer por su educación y las costumbres de su familia y la sociedad. ¡De ninguna manera por la influencia de los astros!

La reina Cristina de Suecia se mantenía en silencio. Escuchaba con detenimiento la discusión entre Descartes y el astrólogo Cornelius. Por un lado le parecía cierto lo que este último decía sobre la influencia de la luna llena sobre el nacimiento de los niños y lo beneficioso

que ésta resulta para cortarle el pelo a las personas y llevar a cabo la siembra y las podas de los árboles frutales. Pero no estaba de acuerdo en que los astros podían determinar el carácter de los hombres.

Justo cuando la reina Cristina iba a intervenir en la discusión entre el astrólogo Cornelius y Descartes, una serie de fuertes relámpagos empezó a sacudir el cielo y a hacer temblar la torre en la que estaban.

–¿Te das cuenta?– le preguntó Cornelius a Descartes sumamente excitado–. ¡Esta fuerte tormenta eléctrica y nuestro encuentro estaban previstos para que te convenzas de la influencia de los astros sobre la Tierra y los seres vivos. La electricidad en el ambiente, que es propia de Urano, ha hecho que comencemos esta encendida discusión y que yo cuestione la estrechez de tus concepciones científicas. ¡Seguramente Neptuno está pasando por tu sol para que puedas iniciarte en el conocimiento de las fuerzas ocultas! ¡No podemos limitar el estudio del carácter del hombre a lo que se puede medir y comparar! ¡Negaríamos siglos de sabiduría astrológica!

–El rayo, la lluvia, como cualquier fenómeno climatológico y como Marte, Urano, Júpiter y todos los planetas, están regidos por las leyes de la naturaleza– le respondió Descartes–. Los planetas y los fenómenos naturales no son más que engranes del gran reloj

del universo: éstos no poseen ninguna relación con el conocimiento de ninguna fuerza oculta. La física y la matemática, que nos permiten conocer las leyes de la naturaleza, son las verdaderas ciencias, hijas de la razón. La astrología y la alquimia, por más antiguas que sean, no son más que una larga acumulación de errores y productos de la imaginación. ¿Cómo es que un planeta puede influir en el enamoramiento de una pareja o en el inicio de la guerra entre los pueblos?

Descartes y Cornelius intercambiaban sus puntos de vista sin llegar a ningún acuerdo, mientras la reina Cristina los escuchaba atentamente.

¿Tú qué piensas al respecto? ¿Crees que la astrología en efecto puede rastrear la influencia de los planetas sobre el carácter de las personas? ¿Piensas que así como la luna llena tiene influencia sobre las mujeres que dan a luz, el resto de los planteas como Marte, Venus o Plutón, tiene influencia sobre el carácter de los hombres y sobre su propensión a pelear, a enamorarse, o a sufrir algún mal que cambie el sentido de sus vidas? ¿O estás más bien de acuerdo con Descartes y piensas que la astrología y la alquimia no son más que supersticiones? ¿Estás de acuerdo en que el universo es como un gran reloj o una gran máquina que nada tiene que ver con los humores de los hombres y su destino? ¿Piensas como Descartes en que el conocimiento científico es

el único conocimiento cierto porque puede medir y comparar? ¿Podrías medir y comparar la influencia de Venus sobre una pareja de enamorados?

Cornelius continuó tejiendo sus argumentos:

–¿No notaste cómo el ambiente cargado de electricidad influyó en el tono de nuestra discusión? ¡Claro que la astrología y la alquimia son la puerta para llevar a cabo el conocimiento de las fuerzas ocultas y el destino de los hombres!

Pero antes de que pudiera continuar con su explicación, se agotó el aceite de la lámpara que estaba sobre la mesa, dejándolos en una espesa oscuridad que de pronto se encendía por el golpe de luz de los relámpagos. La reina Cristina, un poco alarmada, les pidió ayuda para bajar las escaleras e ir a la cocina en busca de aceite y encender la lámpara. Descartes y Cornelius seguían discutiendo mientras bajaban a tientas por las empinadas escaleras de caracol.

–Es que no puedes negar de un plumazo la sabiduría que nos han heredado nuestros abuelos. Tauro, Piscis, Acuario. . . El Zodíaco es la clave del conocimiento del alma y el destino de los hombres.

–Es que la astrología no es una ciencia. No puede medir y comparar. Sus predicciones son pura fantasía. . .

Ya en la cocina, Cornelius, Descartes y la reina Cristina comían una deliciosa merienda que ésta había

preparado. Los relámpagos habían dejado de tronar y la discusión entre Descartes y Cornelius había sensiblemente bajado de tono. Un rato después, un completo silencio dominaba el ambiente. Entonces los tres amigos decidieron subir a la terraza que estaba en la parte alta de la torre. El cielo se había despejado. Las nubes cargadas de electricidad habían desaparecido. La vía láctea y todas las constelaciones brillaban de nuevo intensamente. Nadie dijo una palabra. Los tres guardaron silencio, y tomados del brazo, contemplaron embellezados la grandeza del universo, su misteriosa belleza y sus secretos insondables.





# Descartes y Leibniz

Una hermosa mañana de primavera, Descartes y Leibniz caminaban por un bonito jardín. El sol brillaba alegremente y encendía el color de las rosas, mientras una suave brisa traía la fragancia de algunos viejos pinos que estaban junto a una pequeña cabaña con chimenea. De pronto se detuvieron ante un estanque que tenía algunos peces rojos.

Leibniz le dijo a Descartes:

–Mira el estanque. Mira cómo el estanque es un espejo que refleja el paisaje. Los pinos, las rosas, la cabaña y el sol se reflejan en el estanque, porque éste los tiene dentro de sí.

–¿Qué quieres decir?– le preguntó Descartes a Leibniz, rascándose la cabeza.

–Quiero decir que el universo entero está dentro de este estanque y dentro de cada pez. Fíjate en cada uno de ellos: sus aletas, sus escamas, el brillo de sus ojos, los mil detalles de su cuerpo, ¿no te parece que son universos infinitos que reflejan y contienen al

universo entero? Cualquier cosa, así sea una pequeña espiga de trigo, o un pájaro, contiene al universo entero y lo refleja, como el estanque que refleja los árboles, las rosas y el sol de la mañana.

–Me temo que no estoy de acuerdo contigo– le dijo Descartes a Leibniz–. Las cosas, como las mariposas, los pájaros y los peces, no reflejan nada y no son espejos de nada. Un pez, por más maravilloso que sea, por más que tenga mil detalles, tantos como el universo mismo, no es más que un trozo de materia que se mueve como si fuera el engrane de un reloj. El universo es una gran máquina y los animales y los árboles, son sus engranes.

–¡Pero Descartes!– exclamó Leibniz–. ¡Las cosas están vivas! ¡Todo está vivo y la vida de cada cosa contiene la vida del universo entero! Por ejemplo, los peces del estanque están vivos, y están vivos justo porque son infinitos y contienen y reflejan la vida de cualquier cosa del universo, como la vida del resto de los peces, la vida de los árboles y las rosas, como la vida del sol. Cada pez en el estanque es infinito, es un espejo que refleja la vida del resto del universo, como el mar, los bosques, el cielo y todas sus estrellas.

–Te equivocas– le respondió Descartes a Leibniz–. Nada está vivo. El universo es tan sólo materia. Y la materia se mueve porque sigue las leyes de la mecánica, como si cada cosa fuese una bola de billar que se mueve

porque otra la ha golpeado. Por ejemplo, las hojas de los árboles caen, porque las sacude el viento. Un perro camina y ladra, pues sus huesos, su corazón y sus músculos, son como los resortes, las palancas y los engranes que gobiernan sus patas y su hocico, y hacen que se pongan en movimiento. La vida no existe. Lo único que existe son las leyes de la mecánica. El universo no está vivo, sino que es como un gran reloj.

Aunque se escuchaban cortésmente, Leibniz y Descartes no lograban ponerse de acuerdo. Cada uno le daba al otro sus argumentos, pero no podían llegar a una conclusión. De pronto, Leibniz le dijo a Descartes: –Mira este pequeño charco de agua. Voy a tomar un poco de agua con mi mano.

Y mientras tomaba el agua del charco, con la otra mano sacaba una navaja que traía en su bolsillo. Entonces salpicó una piedra que estaba al lado del camino con su mano mojada, y se acercó para ver detenidamente las gotas que habían quedado sobre ésta.

–Mira Descartes– le decía, al tiempo que partía una gota de agua por la mitad con ayuda de la navaja–. ¿Ves cómo la mitad de esta gota refleja y contiene dentro de sí al cielo y a las nubes? Mira ahora cómo cada nueva mitad –le decía mientras seguía cortando las gotas con la navaja– refleja y contiene también al cielo, a las nubes y a las otras gotas de agua que

también reflejan y contienen al cielo, a las nubes y al sol. De igual manera, cada flor, cada pájaro, refleja y contiene al cielo, a las nubes, a los mares y a todas las gotas de agua que también reflejan y contienen a los pájaros, a las montañas y cada pequeña estrella. El universo es como una caja de espejos en el que todas las cosas se reflejan y contienen entre sí, y su imagen camina al infinito.

–Mi querido Leibniz– respondió Descartes–, lo que tú me muestras no son más que fantasías. El universo, como te decía, es una gran máquina o un reloj. Los animales y las plantas, los mares y las nubes, se mueven por las leyes de la mecánica. La vida no existe. El universo es sólo materia. Lo que tú llamas vida no es más que el resultado del movimiento de la materia, y ese movimiento, como el de las bolas de billar, es producto de las leyes de la mecánica. ¿Tú me dirías que un reloj está vivo?

–Es que cualquier cosa, por pequeña que sea, está viva, y como está viva, contiene a la vida entera del universo, la vida de los árboles y los animales, la vida de las hormigas y el sol, que a su vez contienen la vida de todas las cosas, por pequeñas o grandes que éstas sean. El universo entero se encuentra en los bigotes de un gato– respondió Leibniz.

¿Tú a quién le darías la razón? ¿A Leibniz o a Descartes?

¿Piensas que todo está vivo? ¿Piensas como Leibniz que la vida de cualquier cosa, como la pluma de un águila, una hormiga o una gota de agua, por sus detalles, por los infinitos pliegues que contiene, refleja la vida de todas las cosas, como un toro, una vaca y el universo entero? ¿O piensas más bien como Descartes que nada está vivo y que todas las cosas, como las moscas, las serpientes y el cuerpo humano no son más que máquinas que se mueven según ciertas causas y ciertos efectos? ¿Estás de acuerdo con Leibniz en que una gota de agua contiene a la vida de los bosques y las estrellas, que reflejan también la vida de los tigres y los leones, que reflejan también la vida de las nubes y las montañas, que también reflejan a los ríos y a las gotas de agua? ¿O piensas como Descartes que los bosques, los lagos y las montañas no son más que piezas de un rompecabezas o los tornillos de una gran máquina que se llama universo? ¿Piensas como Leibniz que todas las cosas del universo hacen un juego de espejos en el que todas las cosas están en todas? ¿O estás más bien del lado de Descartes y piensas que el universo es tan sólo materia?

Entonces Descartes le dijo a Leibniz:

–Si el universo es este juego de espejos que tú dices, ¿cuál es el lugar de Dios? Según mi parecer, Dios es un gran relojero o un gran mecánico que ha diseñado la

maquinaria del universo. ¿Si el universo fuese este juego infinito de espejos en el que todas las cosas están dentro de todas, qué lugar tendría Dios?

–Descartes, amigo mío– respondió Leibniz–, es que el universo es el espejo donde Dios ve reflejado y reconoce su propio rostro. Cada pequeña hoja, cada pétalo de una flor, le devuelve a Dios su propio rostro, pues la vida del universo entero, la vida de Dios mismo, está en su interior. ¿Tú crees que Dios puede ver su propio rostro reflejado en un universo que es una máquina y que es sólo materia? ¿Para qué hubiera querido Dios crear un universo que fuera una máquina?– le preguntó Leibniz a Descartes.

Descartes se rascaba nuevamente la cabeza extrañado ante los argumentos de Leibniz. Nunca había pensado en ello: ¿para qué hubiera querido Dios crear un universo hecho sólo de materia, que fuese tan sólo una máquina?

Entonces Descartes le dijo a Leibniz:

–Si estás tan seguro que el universo es el espejo que le devuelve a Dios su imagen, ¿cuál es el rostro de Dios?

Leibniz se quedó pensando unos instantes, mientras su rostro se llenaba de luz. Recordaba un largo viaje a China que había realizado cuando era joven. A su mente venían las enseñanzas de un

viejo maestro chino que había encontrado un día en el camino. Leibniz miró fijamente a Descartes a los ojos y le dijo:

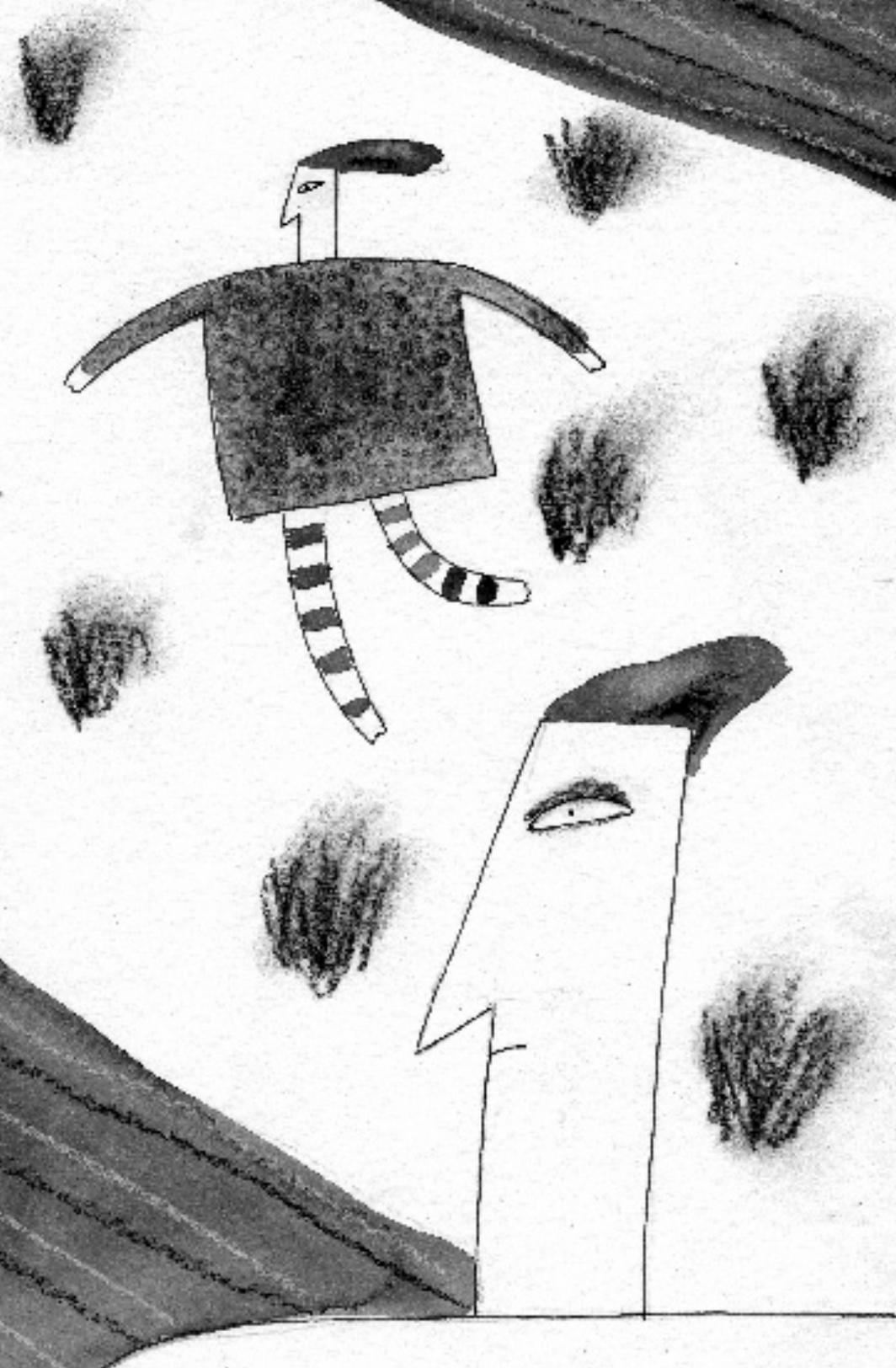
–Veo tus ojos brillantes como el sol. Veo que en tus ojos vive la vida del universo. Si quieres saber cuál es el rostro de Dios, averigua cuál es el fondo de tu propia vida, averigua cuál es el fondo de ti mismo, cuál es el fondo de tu propio corazón.

Descartes guardó silencio. Prefirió pensar en lo que le había dicho Leibniz, en lugar de responderle nuevamente. Descartes se quedó pensando en lo que le había dicho Leibniz no sólo el resto de la tarde, sino el resto de su vida: “Si quieres conocer a Dios, averigua cuál es el fondo de ti mismo, cuál es el fondo de tu propio corazón”.

¿Tú dónde crees que está Dios? ¿Crees en Dios? ¿Piensas como Descartes que Dios está fuera del universo y que es un gran relojero? ¿Crees que Dios creó el universo con la forma de una máquina? ¿O más bien piensas como Leibniz que el universo es un juego de espejos en el que Dios ve reflejado su propio rostro? ¿Crees que en el corazón de los hombres está reflejado y contenido el rostro de Dios?



# Capítulo II



# Sócrates y los sofistas I

Sócrates caminaba una hermosa mañana de otoño por la ciudad de Atenas, cuando escuchó a un anciano en una esquina que pregonaba que él conocía a fondo el carácter de todos los hombres y si eran lo suficientemente virtuosos para practicar de buen modo sus oficios y profesiones.

–¡Conozco el carácter de cualquier hombre!–anunciaba el anciano en voz alta–. ¡Conozco el carácter del buen político, del buen maestro y del buen guerrero!

La gente que estaba alrededor de este hombre escuchaba atenta lo que decía. Sin duda, hablaba con soltura y construía frases muy bellas que agradaban a todos los ahí reunidos. Además, su aspecto de viejo venerable, con una túnica bordada con relucientes grecas rojas y doradas, y su larga barba blanca, le daban un aire de sabiduría, que reforzaba el convincente tono de sus palabras.

–¡Sé con certeza cuándo el político ejerce su profesión con prudencia y buen sentido!– decía insistentemente.

–¡Puedo afirmar con toda seguridad cuándo el maestro y el guerrero llevan adelante el ejercicio de sus profesiones con juicio y criterio! ¡Conozco el secreto de la virtud y de qué manera es que los hombres pueden tener buen carácter y llevar una vida ordenada!

Tras oír estas palabras, Sócrates sintió una honda curiosidad: ¿cómo es que alguien podría saber con toda certeza cuándo es que las personas llevaban sus profesiones con prudencia y buen sentido y lo que es más, cómo es que alguien podía saber de qué manera los hombres pueden tener buen carácter y practicar la virtud? Sócrates se acercó al anciano que no dejaba de hablar y le preguntó:

–Venerable anciano, sus palabras no dejan de resonar en mi mente y mi corazón, atizando el deseo de poder participar de su sabiduría. Explíqueme, por favor, en qué consiste la virtud. ¿Cómo es que el político, el guerrero o el maestro pueden tener buen carácter, ser virtuosos y llevar adelante su profesión con prudencia y buen sentido?

El anciano se sintió adulado con las palabras de Sócrates, y le parecía que de antemano éste aprobaría todo lo que él dijera. Con un tono un poco arrogante y displicente, le respondió:

–Muchacho, el político lleva a cabo su profesión, la política, cuando vigila que el gobierno cobre a los

ciudadanos los impuestos correspondientes para asegurar el mantenimiento de la ciudad. El guerrero, para llevar a cabo su profesión, debe combatir a las ciudades enemigas y el maestro, para ser virtuoso, debe procurar que los alumnos aprueben sus exámenes.

Sócrates escuchaba atentamente todo lo que el anciano decía, asintiendo con la cabeza.

Entonces le dijo:

–Pero dígame usted, ¿acaso el político no lleva a cabo otras actividades además de vigilar que el gobierno cobre los impuestos, como por ejemplo, asegurarse de que las leyes sean justas? ¿Es que el guerrero no tiene otras ocupaciones, como perseguir a los delincuentes, y el maestro, además de vigilar que los alumnos aprueben sus exámenes, no se ocupa de que éstos asistan a sus lecciones con puntualidad?

–Bueno, en realidad sí –respondió el anciano, sorprendido de que Sócrates le hiciera estas preguntas–, pero lo importante es que el político, el guerrero y el maestro cumplan con sus funciones.

–Pero, ¿cuáles son estas funciones?– le preguntó nuevamente Sócrates–. ¿Qué es más importante: que el político vigile que el gobierno cobre los impuestos o que haga buenas leyes? ¿Cómo decidir si es más importante que el maestro procure que sus alumnos aprueben sus exámenes o que asistan a clases con

puntualidad? ¿Cómo decidir si vale más la pena que el guerrero defienda a la ciudad contra las ciudades enemigas o persiga a los delincuentes? ¿Cómo decidir cuáles son las funciones del político, el maestro y el guerrero?

El anciano miraba en silencio a Sócrates. No sabía qué responderle. Era evidente que si él volvía a decir una nueva ocupación del político, del maestro o del guerrero, como que el primero debe de asegurarse de que todos los ciudadanos voten a sus gobernantes el día de las elecciones, que el segundo debe revisar que los alumnos hagan su tarea o que los guerreros obedezcan las órdenes de sus superiores, Sócrates le iba a responder con una nueva lista de ocupaciones, y le volvería a preguntar: “¿cómo decidir cuáles son las funciones del político, el maestro y el guerrero? ¿Qué es la política? ¿En qué consiste la educación y la valentía?”. En suma, le preguntaría: “¿cómo lograr que los hombres puedan tener buen carácter y practicar la virtud?”.

¿Te parece correcta la actitud de Sócrates? ¿Crees como él que para decir en qué consiste la virtud, no basta con decir cuáles son las funciones que debe cumplir una profesión? ¿Crees como Sócrates que el cobro de impuestos, la elaboración de buenas leyes o que los políticos se aseguren de que los ciudadanos vayan a votar, basta para señalar cuándo un político

tiene buen carácter  
y practica la  
virtud? ¿Y si le  
agregáramos  
otras funciones y otras  
y otras más, de tal manera  
que, como Aquiles y la  
tortuga, nunca logremos  
saber cuándo es que el político  
desempeña su oficio  
con prudencia y buen sentido,  
y practica la virtud?



Como el anciano guardaba silencio, pues no sabía qué decir, Sócrates tomó la delantera en la discusión, no sin volverle a dirigir a éste un elogio que a estas alturas de la discusión, era más bien una ironía por la cual Sócrates lo ponía en ridículo ante los ahí presentes.

–Venerable y sabio anciano, entiendo que tu sabiduría te aconseja el silencio. Te sugiero, para poder avanzar en nuestro debate, que tomemos como ejemplo del hombre virtuoso no ya al político, al guerreo o al maestro, sino mejor al hombre sabio.

En ese instante el anciano, al ver que Sócrates proponía su propia profesión como objeto del debate, trató de cambiar de conversación, pero antes de que dijera cualquier cosa, Sócrates mismo le preguntó:

–Venerable anciano, ¿en qué consiste la sabiduría? ¿En qué consiste la sabiduría que tú posees y que vienes a mostrar a todos aquí en el ágora de la ciudad?

El anciano, titubeando, comenzó a hacer una enumeración de las funciones que desde su punto de vista debería de cumplir un hombre para ser un buen sabio:

–Ser sabio consiste en siempre responder a cualquier pregunta que sea hecha. Ser sabio consiste en siempre tener la razón. Ser sabio consiste en conocer la esencia de todas las cosas, en siempre conocer la verdad...

Pero Sócrates lo interrumpió:

–Pero yo no te estoy pidiendo que me hagas una enumeración de las funciones del sabio, sino que me digas en qué consiste la sabiduría en sí misma, la sabiduría que el sabio virtuoso practica, independientemente si cumple esta o aquella función, como saber responder a cualquier pregunta, conocer la esencia de todas las cosas, siempre tener la razón o siempre conocer la verdad.

Era evidente que el anciano se encontraba en aprietos, pues no encontraba la manera de responderle a Sócrates en qué consistía la sabiduría. El venerable anciano presumía de ser un sabio y no sabía qué era la sabiduría. ¿Cómo es que iba a practicar su profesión de sabio con prudencia y buen sentido, si ni siquiera

sabía en qué consistía ser sabio? Entonces, para salir del paso, trató de invertir los papeles de la discusión, de modo que tomó la iniciativa y le preguntó al propio Sócrates con un tono desafiante:

–Está bien muchacho, si tan sabio te crees, dime entonces tú ¿en qué consiste la sabiduría?

Sócrates, en lugar de responderle al anciano en qué consistía la sabiduría, le dijo en tono humilde:

–Yo no sé en qué consiste la sabiduría. Yo no soy sabio. Digamos que lo único que sé, es que no sé nada. Pero eres tú, si es que eres sabio, quien tendrá que saber en qué consiste la sabiduría.

El anciano quedó desconcertado ante la respuesta que le dio Sócrates. ¡Cómo es que se atrevía a decir que él no era sabio y que no sabía nada, o más bien, que lo único que él sabía era que no sabía nada! El público que asistía al debate reía, ya que el sabio había quedado en ridículo, mientras que Sócrates se daba el lujo de decir que él no era un sabio y que lo único que sabía era que no sabía nada.

Antes que el anciano dijera nada, Sócrates volvió a la carga:

–Tal vez tú sabes qué es la sabiduría pero no te has dado cuenta de ello. Mira, si me respondes algunas preguntas, quizá me puedas decir qué es la sabiduría.

El anciano, que estaba francamente molesto con Sócrates, no le quedó más que hacer lo que él decía y poner atención a sus preguntas.

–Volvamos al político, al maestro y al guerrero– dijo Sócrates–. El político, como todos sabemos, a pesar de que sabe que debe vigilar que el gobierno cobre impuestos para mantener a la ciudad, más bien vigila al gobierno para quedarse él mismo con los impuestos y comprarse una casa grande y lujosa. De igual manera sucede con el guerrero y con el maestro. El guerrero, en lugar de defender a los ciudadanos de las ciudades enemigas, amenaza a los propios ciudadanos con sus armas cobrándoles dinero para no llevarlos a la cárcel. El maestro, en vez de procurar que sus alumnos asistan con puntualidad a clase, jamás asiste él mismo a la escuela y pasa el tiempo que debería dedicar a la enseñanza en la plaza pública, jugando fichas con sus amigos. No importa que enumeremos las funciones del político, del guerrero y el maestro, en la mayoría de los casos, no hacen bien sus trabajos. ¿Por qué crees que no hacen bien sus trabajos?– le preguntó Sócrates al anciano.

Éste, acariciando su larga barba blanca, respondió:

–Pues porque sacan provecho de ello.

–¿Pero cómo es que sacan provecho de ello, si dejan de hacer bien sus trabajos? ¿No será más bien que son

esclavos de su propia avaricia, de su propia vanidad o de su propia pereza?

–¡Pues serán esclavos de lo que tú quieras –respondió el anciano–, pero sacan provecho de ello!

–¿Pero cómo van a sacar provecho de ser esclavos de sus vicios y sus bajas pasiones? –le dijo Sócrates al anciano–. ¡Entiendo por qué no supiste responder cuando antes te pregunté cómo es que los hombres pueden tener buen carácter y hacer sus trabajos con prudencia y buen sentido! ¿No te das cuenta de que los hombres, para ser virtuosos, no deben ser esclavos de sus propias pasiones, sino que deben ser dueños de sí mismos? La virtud –añadió Sócrates–, es la capacidad de ser dueño de uno mismo, no importando si se es político, guerrero o maestro. Sólo si se es dueño de uno mismo es que se puede cumplir cualquier función de cualquier profesión, como cobrar impuestos o hacer leyes, en el caso del político, o asistir siempre y con gusto a dar clases, en el caso del maestro. Quien es esclavo de su avaricia, de su vanidad o de su pereza, jamás podrá ser virtuoso, no importa a lo que se dedique.

¿Estás de acuerdo con Sócrates? ¿Piensas como él en que la virtud consiste en la capacidad de ser dueño de uno mismo, para no ser esclavo de los vicios y pasiones, como la avaricia, la vanidad o la pereza? ¿Crees que alguien, por más que diga cuáles son las diferentes

funciones que puede presentar su trabajo, conoce la manera de hacerlo bien, si no es dueño de sí mismo y por el contrario, es esclavo de sus pasiones? ¿Crees que el anciano no pudo decir en qué consistía el trabajo del político, del guerreero y el maestro, pues no sabía en qué consistía la virtud?

En ese momento, Sócrates miró de frente al anciano. Este último se daba cuenta de que hacía tiempo la gente que estaba reunida en el ágora había dejado de escuchar sus palabras con el respeto y la atención que en un principio le tenían. Entonces Sócrates le preguntó con esa cortesía que más bien era burla e ironía:

–Venerable sabio, ¿nos podrías decir a los aquí reunidos en qué consiste la sabiduría?

–¿La sabiduría? Es que, es que...

El anciano empezó a balbucear sin saber qué decir, a la vez que la gente que estaba reunida se empezó a burlar de él, pues Sócrates lo había hecho quedar en ridículo.

–¿La sabiduría?– repitió con la voz quebrada, mientras que todo el mundo se retiraba de ahí, para ir a cumplir con sus obligaciones.

Después de ese día, nadie volvió a hacerle caso al anciano de barba blanca y larga, y túnica con grecas rojas y doradas. Sin embargo, todo mundo guardó para sí la última pregunta que Sócrates le había

lanzado: ¿en qué consiste la sabiduría? Cada quien se fue a su casa y a su trabajo preguntándose a sí mismo en qué consiste la sabiduría. Desde tu punto de vista ¿qué es la sabiduría? ¿En qué crees que consista?





# Platón y el buen y el mal amor

Platón estaba un día sentado en una banca en el centro de Atenas. Veía a la gente que iba de aquí para allá, ocupada en sus asuntos. Entonces vio a un comerciante muy rico que salía de un merendero. Era muy gordo, tenía el vientre inflamado por tanto comer. Caminaba encorvado y traía el cuello, las muñecas y los dedos repletos de collares, pulseras y anillos de oro con piedras preciosas. Era un comerciante muy próspero, pues era dueño de una flota de barcos mercantes.

El comerciante, a pasos cortos y pesados, se dirigió a la misma banca en la que estaba Platón. Se sentó junto a él y le dijo:

–Con permiso caballero, comí como un toro, tengo que hacer la digestión.

El rico comerciante no sabía que estaba sentado junto a uno de los filósofos más importantes de la Grecia antigua, así que empezó a hablar con soltura:

–Necesito otra flota de barcos. Tengo que controlar el comercio de toda Grecia. No puede haber un solo

puerto que no esté controlado por mí. Tengo una flota grande y eficiente, pero no basta con ello.

–Me parece muy bien que usted tenga como oficio el comercio y haya desarrollado una gran flota comercial. Pero no veo por qué no está usted satisfecho.

–Pues porque no tengo todo lo que quiero tener.

–¿Pero no le basta con el esfuerzo que ha realizado hasta ahora? Supongo que para manejar esa gran flota ha requerido de mucho trabajo y una gran disciplina.

–Es que si no tengo todo lo que quiero, de ningún modo estaré satisfecho– le respondió el rico comerciante justo cuando frente a él y a Platón pasaba un vendedor de nueces en un carro tirado por un burro.

–¡Qué bien!– exclamó el comerciante–. ¡Nueces con miel como postre, aunque estoy a reventar, no puedo resistirme a la tentación de esa delicia!

El rico comerciante compró un paquete lleno de nueces a las que el vendedor puso abundante miel. Inmediatamente después las empezó a devorar de manera compulsiva.

–Estoy a reventar. Comí sopa de setas, costillas de cerdo y queso de cabra, junto con un buen tarro de vino. Delicioso. Fue demasiado, pero no puedo dejar pasar estas nueces con miel.

Entonces Platón, sin esperar a que éste terminara su delicioso postre, le dijo tajantemente:

–Tiene usted razón. No es una persona satisfecha con su vida. Pero creo que nunca lo estará. Aunque domine usted no sólo la flota de toda Grecia, sino de Egipto y todo el Mediterráneo, siempre será una persona insatisfecha. Usted nunca será una persona feliz.

En ese momento, el rico comerciante, que no estaba acostumbrado a que nadie opinara sobre su vida y sus asuntos, se volvió hacia Platón y le preguntó:

–¿A qué se refiere usted?

–Me refiero a que usted ama únicamente cosas que no podrán hacerlo feliz. Siempre, después de comer un pastel, volverá a padecer la gula, tendrá hambre de nuevo, volverá a sufrir, devorará otro pastel, para volver a tener hambre, devorar otro pastel, disfrutar un breve instante y volver a tener hambre. Usted tiene ya el vientre inflamado y engrandecido y jamás dejará de comer y de sufrir. Lo mismo sucede con sus riquezas. Tendrá una flota de barcos, y otra y otra, pero nunca se sentirá satisfecho. Usted es un comerciante muy rico, pero a la vez muy pobre, muy pobre de alma y siempre será infeliz, a menos que cambie su forma de vida, y deje de desear tanta comida y tantas riquezas.

–¡Se equivoca!– respondió con voz autoritaria–. Soy un rico comerciante y unas de las personas más felices de Grecia. Mi nombre es conocido no sólo aquí en Atenas

sino en todas las provincias y todas la comarcas. ¡Claro que soy un hombre feliz!

–Pero si usted mismo me acaba de decir que con nada está satisfecho. Nada que usted coma, lo hará feliz. Aunque tenga todas las flotas del mundo, siempre se sentirá incompleto– le respondió Platón.

–Es que mi fama es tan grande y soy tan rico que no es posible que en mi vida exista ni una gota de infelicidad– respondió el comerciante sacando el pecho y tratando de sumir el abultado abdomen.

Platón y el comerciante no lograban ponerse de acuerdo. Mientras que Platón sostenía que el rico comerciante era infeliz, pues no había nada que pudiera hacerlo sentir pleno y satisfecho, el comerciante aseguraba que su fama y su riqueza eran el principio de su felicidad. ¿Piensas como Platón que el rico comerciante es infeliz puesto que siempre desea lo que no tiene? ¿Piensas que es una persona eternamente insatisfecha que nunca podrá estar contenta con nada? ¿O estás más bien del lado del comerciante y piensas que el tener toda la fama y todas las riquezas del mundo son las causa de una felicidad segura?

El rico comerciante le dijo a Platón:

–¿Qué es lo que usted propone para alcanzar la felicidad? ¿Dejar de desearlo todo? ¿Acaso pretende

que deje de amar el mundo, mis riquezas, mis barcos, la comida, para que de este modo alcance la felicidad?

–¡No, de ninguna manera! –respondió Platón–. Lo que le propongo es que se ame más a sí mismo, que a sus propias riquezas. Cuando trabaja y vence la pereza; cuando hace buenos negocios y vence el miedo a arriesgar y perder su dinero; cuando es dueño de usted mismo, en ese momento conoce la felicidad, posee su verdadera esencia, su esencia divina. Mientras desee y ame otra cosa que no sea el conocimiento de sí mismo, el conocimiento de su esencia divina, seguramente será infeliz.

–¿Qué quiere usted decir?– le preguntó el rico comerciante a Platón, desconcertado ante lo que éste le decía.

–Quiero decir que usted es feliz no cuando disfruta sus riquezas, sino cuando se gobierna y se conoce a sí mismo para hacer lo que usted quiera, como realizar grandes negocios, ir de viaje o construir una casa. Gobernarse y conocerse a sí mismo realmente hace plena a la gente, pues la satisfacción de vencer la pereza, el miedo, la gula o cualquier otra pasión, es lo que brinda la verdadera felicidad.

–¿Pero qué le hace pensar que una vez que me conozca y me gobierne a mí mismo, no volveré a desear mis barcos, mi riqueza y mi comida?– le dijo el rico comerciante a Platón–. Una vez que me conozca y

me gobierne a mí mismo, volveré a amar al mundo, con todos sus lujos y sus riquezas.

–Una vez que conozca su propia esencia, no deseará nada más– le respondió Platón–, pues su esencia divina es inagotable, es como una fuente que no se acaba jamás. En realidad usted es esclavo de sus deseos, pero cuando se conozca y se gobierne a sí mismo, encontrará la mitad divina de sí mismo que le falta y será feliz.

El rico comerciante veía a Platón. No sabía qué pensar.

¿Estás de acuerdo con Platón? ¿Piensas que lo que da la felicidad no es tener muchos lujos y riquezas, sino conocerse y gobernarse a uno mismo? ¿Piensas como Platón que cuando alguien se conoce y se gobierna a sí mismo, en realidad está encontrando su mitad divina? ¿Te acuerdas que en el libro de *La historia de las preguntas ¿por qué?* en el capítulo sobre Platón, se toca ese tema? ¿Recuerdas el relato que Aristófanes le contó a Sócrates sobre los hombres que eran dobles, que tenían cuatro pies, cuatro manos, dos cabezas, pero que fueron partidos por la mitad? ¿Piensas como Platón que cuando el hombre se ama a sí mismo, en realidad está amando a su mitad faltante, esa mitad divina que le permite practicar la virtud, ser dueño de sí mismo, sentirse completo y ser feliz?

El rico comerciante insistió de nuevo:

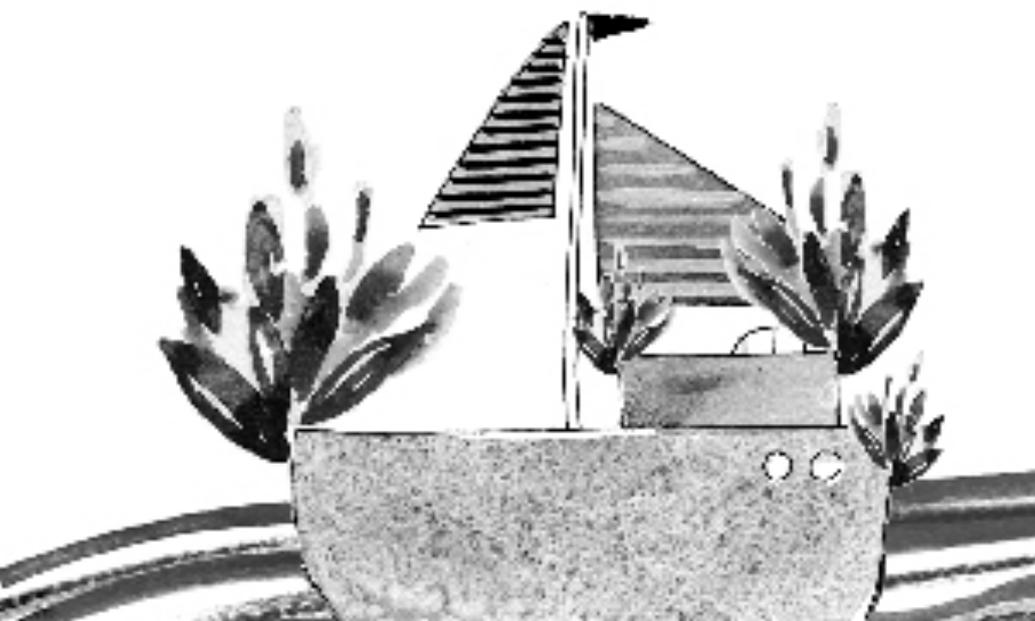
–Está bien, tiene razón, pero una vez que me ame a mí mismo, sin duda amaré mis riquezas.

–Es que no creo que pueda amar las dos cosas a la vez– respondió Platón–. No creo que pueda amarse a sí mismo y a la vez amar todas sus riquezas.

Justo cuando el rico comerciante le iba a responder a Platón, un grupo de hombres a caballo entró a la plaza en la que estaban sentados. Traían malas noticias: la guerra había comenzado. El ejército espartano había tomado posesión de los puertos que estaban bajo el control de Atenas y habían quemado todos los navíos, los militares y los comerciales.

Al escuchar la noticia, el rico comerciante se puso pálido. Inmediatamente empezó a gritar desconsolado:

–¡Mi flota, mis barcos, mis riquezas! ¡Qué será de mí!  
¡Qué será de mí!



Entonces Platón trató de tranquilizarlo un poco:

–No se preocupe, piense en sí mismo. Recuerde lo que acabamos de conversar. La felicidad está en el amor que se tenga a sí mismo, no en el amor a sus riquezas. Las riquezas pueden acabarse, pero si usted se conoce y se gobierna a sí mismo, seguramente podrá conocer la felicidad.

A pesar de lo que Platón le decía, el rico comerciante continuaba gritando en tono angustioso y lastimero: –¡Mis barcos! ¡Mis barcos! ¡Qué será de mí! ¡Qué voy a hacer sin mi flota pesquera!

Platón le volvió a decir:

–¿Se da cuenta cómo el amor a las riquezas no necesariamente da la felicidad? ¿Se da cuenta que conocerse y gobernarse a sí mismo es más importante que los lujos y la fama? ¿No se da cuenta que el amor a sí mismo es más importante que el amor a la comida, a los barcos o a cualquier otra cosa que se puede acabar con facilidad?

Pero el rico comerciante ya no le hacía caso a Platón. No había poder humano que pudiera consolarlo.

¿Estás de acuerdo con Platón? ¿Piensas que conocerse y gobernarse a sí mismo es más importante que el amor a los lujos y a las riquezas, y a cualquier otra cosa que se puede acabar de un día a otro? ¿Piensas que es más importante el amor que el hombre le tenga a ser

dueño de sí mismo que a cualquier otra cosa que lo pueda hacer feliz tan sólo unos momentos pero que al acabarse puede también arrojarse a la infelicidad?

–Es que hay dos amores– le dijo Platón al rico comerciante–: el amor a uno mismo, el buen amor, que es el amor a su esencia divina, el amor que le permitirá practicar la virtud y encontrar la mitad que le falta; y el mal amor, el amor a las cosas que se pueden acabar. El hombre no se puede perder en el mal amor, pues por él deja de conocerse y gobernarse a sí mismo, por él deja de encontrar su esencia divina que es la que le puede dar la verdadera felicidad.

A pesar de que el rico comerciante escuchaba lo que le decía Platón, seguía hundido en su desesperanza. No dejaba de gritar y de llorar. Sin embargo, súbitamente le dijo a Platón:

–El buen y el mal amor. Ésas no son más que fantasías. Todos los hombres deseamos las riquezas y el bienestar. ¿No se da cuenta que ha estallado una guerra? ¡Si el buen amor existiera, yo estaría tranquilo, ahora no estaría desolado! Ese amor al que usted se refiere no existe. Lo único que existe es el amor a los lujos y las riquezas.

–¡Claro que el buen amor existe!– le respondió Platón–, sólo que es muy difícil de cultivar. Se necesita valentía. Valentía para conocerse y gobernarse a sí mismo,

para vencer los propios vicios y las propias pasiones, y practicar la virtud. Pocos hombres practican la virtud. Nadie conoce el buen amor, porque es como si los hombres viviéramos en una caverna y nadie hiciera el esfuerzo por salir de ella...

Pero antes de que Platón pudiera seguir hablando de la caverna, otros hombres entraron a caballo en la plaza. Eran soldados que preparaban a la población contra la guerra. Todo mundo tenía que estar listo, pues el ejército espartano se acercaba a Atenas. Cada uno tuvo que irse a su casa para prepararse para el asedio contra la ciudad.

¿Estás de acuerdo con Platón o con el rico comerciante? ¿Recuerdas en el libro de *La Historia de las preguntas ¿por qué?*, en el propio capítulo sobre Platón, el relato de la vieja Diótima sobre el buen y el mal amor? ¿Estás de acuerdo que hay un buen amor que lleva a los hombres a conocerse y a gobernarse a sí mismos encontrando la mitad faltante que les hace sentirse plenos y felices o más bien piensas como el rico comerciante y estás de acuerdo con él en que los hombres únicamente buscamos lujos y riqueza? ¿Crees que se necesita valentía para encontrar el buen amor, pues es difícil vencer los propios vicios y las pasiones?

# Descartes y Santo Tomás

**D**escartes se encontraba en el castillo de la reina de Suecia dando clases de filosofía y ciencias a un grupo de príncipes y nobles que eran amigos suyos. Se habían reunido en un enorme salón con enormes ventanales, en el centro del cual había grandes mesas con planos que tenían figuras geométricas.

Descartes le dijo a sus amigos:

–La materia de la que están hechas todas las cosas es como un gran terreno. Y la geometría no hace más que medir ese terreno.

Los amigos de Descartes, que eran príncipes muy bien educados, escribían cuidadosamente lo que éste les decía:

–La materia es un terreno que nosotros podemos medir. Y como todas las cosas están hechas de materia, nosotros podemos medir cualquier cosa, como si fuera un terreno. Por ejemplo, podemos medir cuánto mide una persona, si es más grande o más pequeña que otra, o cuánto mide su casa, si es la más grande o más

pequeña del barrio, pues la persona y su casa están hechas de materia y la materia, como un terreno, es lo que se puede medir y comparar.

Descartes era uno de los científicos más importantes de Europa. Sabía matemáticas y geometría. Pero también era uno de los filósofos más conocidos pues le gustaba hacerse la pregunta ¿por qué? de todo lo que veía. Por ejemplo, se hacía la pregunta ¿por qué los hombres podemos medir la cosas, como el cuerpo humano o las casas? Y bueno, respondía a esta pregunta diciendo que la materia de la que está hecha cualquier cosa, como un árbol, un perro, el hombre o una casa, es un espacio limpio, justo como un terreno que podemos medir y dividir con una regla, escuadra y compás.

¿Estás de acuerdo con Descartes? ¿Piensas que la materia es como un terreno que podemos medir? ¿Piensas que la materia tiene la forma de un espacio limpio que podemos medir y comparar, con la regla y el compás, como los planos que estaban sobre la mesa del salón donde Descartes le daba clases a sus amigos? ¿Podríamos medir la materia, si ésta no tuviera la forma de un terreno, la forma del espacio limpio?

–La materia tiene la forma de un terreno, la forma del espacio– le decía Descartes a sus alumnos, cuando en ese instante, uno de los príncipes, que por cierto había estudiado la filosofía de Sto. Tomás, le interrumpió:

–Señor Descartes, la materia no tiene la forma de un terreno. La materia no tiene la forma del espacio. La materia, más bien, es la tumba del alma.

Todos guardaron silencio ante la intervención del seguidor de la filosofía de Sto. Tomás.

–¿La tumba del alma?– preguntó Descartes con curiosidad.

–Por supuesto– respondió aquél arqueando las cejas. ¿Acaso nunca han entrado en una iglesia? ¿Nunca han visto los murales en los que se muestra cómo los ángeles, que están por debajo de Dios en la pirámide o la jerarquía de los seres del mundo, caen por sus pecados y sus almas quedan atrapadas en el cuerpo humano o en el cuerpo de otros animales? Los hombres y los animales somos ángeles caídos, almas que han pecado y se han alejado de Dios y han descendido varios escalones en la pirámide que tiene hasta arriba a Dios mismo, y luego a los propios ángeles, al hombre, a los animales y a las plantas... La materia no es el terreno o el espacio limpio que podemos medir, sino la cárcel y el castigo de las almas pecadoras.

Cuando el estudioso de la filosofía de Sto. Tomás hubo terminado, se desató una gran discusión entre los que asistían a los cursos de matemáticas y geometría. Entre los ahí reunidos, había un pequeño grupo que

defendía la filosofía de Sto. Tomás y sus ideas sobre la materia: la materia no es el espacio que podemos medir y comparar, con la ayuda de la escuadra y la regla, del metro y el compás, sino, como lo muestran los retablos de las iglesias, la tumba de las almas que han pecado y se han alejado de Dios.

¿Tú a quién le darías la razón? ¿Piensas como Descartes que la materia es el terreno o el espacio limpio del que están hechas las cosas? ¿O piensas más bien como el alumno de Sto. Tomás que la materia es la tumba de las almas que han caído y se han alejado de Dios? ¿Qué es la materia?

La discusión subía de tono, cada bando defendía sus trincheras, hasta que de pronto, uno de los amigos de Descartes puso el grito en el cielo y todos guardaron nuevamente silencio.

–Démosle la palabra al señor Descartes, que seguramente podrá aclarar nuestras dudas.

Entonces Descartes le dijo a los ahí reunidos:

–La ciencia, para progresar, debe medir y comparar. ¿Cómo podríamos hacer ciencia, si no pudiéramos medir y comparar? Es claro que la materia tiene la forma de un terreno o un espacio limpio, si no fuera así, ¿cómo podríamos medir y comparar, y conocer el mundo? Si la materia fuera la tumba del alma, ¿podríamos pensar entonces que una casa, una torre, o

una silla, que están hechas de materia, tienen también un alma enterrada? Por supuesto que no. La materia no es tumba de nada, sino que tiene la forma de un terreno o el espacio limpio, y por eso podemos medir y comparar, y hacer ciencia.

–Pero es que la verdadera ciencia, no es la ciencia de lo que podemos medir y comparar, sino la ciencia del alma– respondió el estudioso de la filosofía de Sto. Tomás–. La verdadera ciencia sigue el camino del alma y como ésta, cuando se aleja de Dios por el pecado, cae en la tumba de la materia y ya no puede ver directamente a Dios mismo. Los hombres son ángeles que han caído en un cuerpo humano. Los animales son almas de hombre que se han alejado aún más de Dios y han caído en un cuerpo más torpe, como los perros o los cerdos. Las plantas son almas que ya ni siquiera, como los animales, pueden caminar y buscar su propia comida. Están atrapadas en la materia y será muy difícil que vuelvan a contemplar a Dios.

–¡Esa no es la verdadera ciencia!– lo interrumpió Descartes, indignado–. ¡Esas son tan sólo viejas historias y supersticiones de cura! ¡La verdadera ciencia son la matemática y la geometría! ¡El estudio de la materia y el espacio limpio!

–¡Por supuesto que no!– le respondió el seguidor de la filosofía de Sto. Tomás–. ¿Acaso usted niega la realidad

de lo espiritual y la autoridad de la Santa Iglesia? La Iglesia nos dice que el mundo está ordenado en una pirámide o una jerarquía, y que hasta arriba de esa jerarquía está Dios, luego los ángeles, luego los hombres, los animales y las plantas, y que ninguno de estos tres últimos puede contemplar a Dios, pues ha caído en la cárcel de la materia.

–Mentiras– le dijo a su vez Descartes–, el mundo no tiene la forma de una pirámide o una jerarquía, sino que el mundo es una gran máquina, que nosotros podemos conocer, si medimos y comparamos sus palancas y sus resortes.

–El mundo no es una máquina, sino el camino de todas las cosas, las plantas, los animales, el hombre y los ángeles, que tratan de volver a Dios y liberarse del pecado.

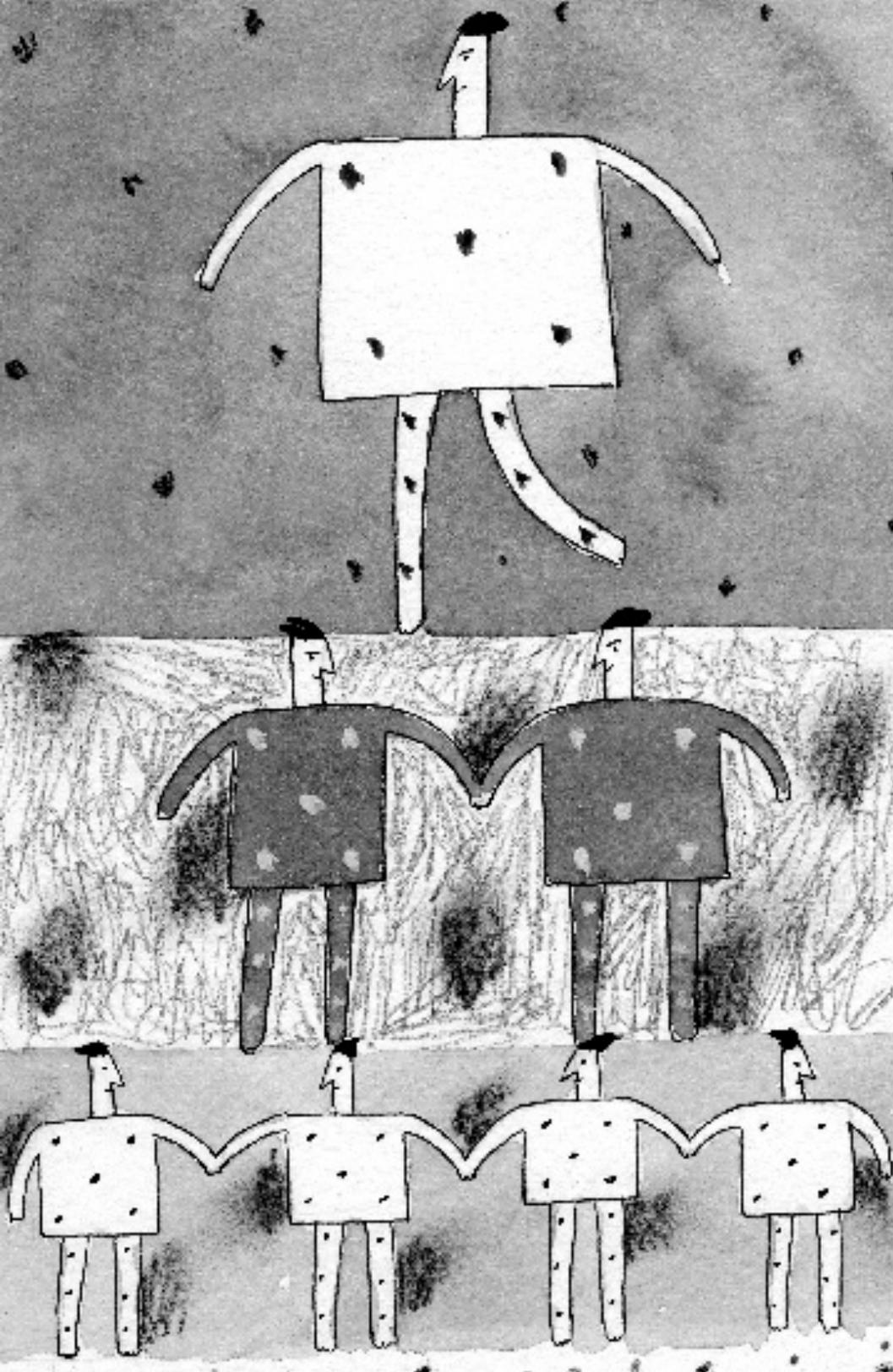
–Por supuesto que no– respondió Descartes–. El universo es una gran máquina hecha de materia que se mueve como si fuera un mecano o un reloj para armar. El universo está hecho de materia, y la materia da lugar a las piezas y los engranes de los que están hechas las plantas, los animales y el hombre.

–Está usted equivocado– le dijo el estudioso de la filosofía de Sto. Tomás. Pero cuando iba a comenzar a rebatir sus argumentos, todos los ahí reunidos empezaron a discutir apasionadamente.

¿Tú a quién le darías la razón? ¿Piensas como Descartes que la verdadera ciencia es la ciencia que puede medir y comparar la materia, como la geometría que mide el tamaño de un terreno o una casa, o piensas más bien a la manera del alumno de Sto. Tomás que la verdadera ciencia es la que busca no medir y comparar, sino mostrar el lugar que ocupa el hombre en la jerarquía que va de Dios a las plantas y los animales, pasando por los ángeles y el hombre?

¿Crees como Descartes que el mundo es una máquina y que podemos conocerlo si medimos y comparamos sus engranes y sus resortes, como si fueran piezas de rompecabezas o estás más bien de acuerdo con el alumno de Sto. Tomás y opinas que el mundo es una gran escalera, a través de la cual las almas tratan de volver a Dios, para dejar atrás su forma terrenal?

La discusión entre los que estaban con Descartes y los que estaban a favor del estudioso de la filosofía de Sto. Tomás continuó un largo rato, pero no se lograba alcanzar una conclusión. Era evidente que no se iban a poner de acuerdo. De pronto, los pájaros empezaron a cantar. Amanecía. Aunque querían seguir discutiendo, estaban cansados. Cada uno se fue a su casa a dormir. Al día siguiente, cuando todos hubieran comido y desayunado, tendrían tiempo para reunirse y proseguir con el debate.



# San Agustín y Santo Tomás

Un fraile franciscano iba camino del castillo de un rico rey a pedirle ayuda para construir un pequeño hospital a la orilla del mar. Los pescadores de la región eran muy pobres y caían enfermos muy frecuentemente. Los frailes franciscanos se ocupaban de ellos, y de ese modo lograban que la gripa u otras enfermedades no se contagiaran a otros pueblos. El fraile caminaba con paso ligero e iba silbando una canción. Iba de muy buen humor. A pesar de que era verano, no hacía calor y los olivares vestían el paisaje de verde. A lo lejos se veía el castillo del rey, que estaba en la parte más alta de una montaña. Era blanco y tenía banderas y estandartes de colores que el viento agitaba. Por debajo de éste, se veían los palacios de los nobles, también con banderas y estandartes coloridos. Después, más abajo aún, se veían las casas de los guerreros y los artesanos, y al final las humildes casas de los campesinos que trabajaban las tierras del rey. En las faldas de la montaña estaba la muralla que protegía el pequeño reino, contra las ciudades enemigas.

De pronto el fraile franciscano oyó que detrás de él se acercaba un carruaje tirado por fuertes caballos. Cuando pudo ver al carruaje, se dio cuenta de que éste era sumamente grande y lujoso. Nunca había visto uno así en toda su vida. Su sorpresa fue grande al ver que el carruaje se detenía justo delante de él y que un hombre asomaba por la ventanilla.

–Disculpe usted. ¿Estamos en el camino correcto para llegar al castillo del rey? Nos dijeron que siguiéramos por aquí hasta el crucero, y que después tomáramos por el camino que bordea los olivares, pero no hemos visto ese crucero y tememos extraviarnos. ¿Usted sabe si hemos perdido el rumbo?

–Va usted por buen camino, yo voy para allá –le respondió el fraile franciscano–, ¿podrían llevarme con ustedes? Estoy un poco cansado pues he caminado todo el día.

La persona que se había asomado por la ventana dudó un instante ante la petición que le hacía el fraile. Desapareció un instante, para volver a reaparecer por la ventanilla del carruaje.

–Suba usted– le dijo una vez que consultó con alguien más que viajaba adentro.

El fraile franciscano se llevó una gran sorpresa tras entrar por la pequeña puerta del lujoso carruaje. Entre sillones tapizados con suaves terciopelos y cojines

con finos bordados, viajaba un alto representante de la Iglesia. Vestido con sotana negra, una faja guinda y una gran cruz que pendía de una cadena de oro, éste le dijo:

–¡Así es que usted es el guía que nos conducirá por el camino correcto para llegar al castillo del rey! ¡Pero vaya, es usted un fraile franciscano!

El hábito café del franciscano, sencillo como los que usan esos frailes, contrastaba enormemente con el elegante atuendo que llevaba el representante de la Iglesia que, seguramente, debía ser un obispo, un cardenal o un consejero del papa.

–Si, soy un fraile franciscano– le respondió el fraile.

–¿Cuál es su ocupación? ¿Dónde trabaja usted?– le preguntó aquél.

–Trabajo en la costa, cuidando enfermos. Ahora mismo me dirijo al castillo del rey para ver si éste nos puede regalar comida y ropa para la gente pobre. Hace mucha falta. Y si la gente no se encuentra bien preparada para el invierno, puede haber una epidemia. Pero dígame usted, ¿cuál es su nombre? ¿A qué se dedica?

–Mi nombre es Tomás, Tomás de Aquino. Soy filósofo de profesión.

El fraile franciscano, que era una persona sencilla a la que le gustaban las cosas claras, le preguntó:

–¿Filósofo de profesión? ¿Y para qué sirve la filosofía?

–Pues la filosofía sirve para decirle a los hombres cuán perfecto y ordenado es el mundo.

El fraile franciscano se quedó pensando unos instantes. . . “Cuán perfecto y ordenado es el mundo”.

–Pero si el mundo no es perfecto y ordenado– le dijo súbitamente el fraile franciscano a Santo Tomás.

–No entiendo qué quiere usted decir– le preguntó éste, un tanto extrañado por el comentario del fraile.

–Voltee a su alrededor– le dijo el fraile–. Mire usted cuánta pobreza hay en la comarca. La gente no tiene ropa con qué abrigarse en el invierno y apenas tiene para comer. ¿Usted cree que eso es un mundo perfecto?

–Pero Dios así lo ha querido –le respondió Santo Tomás.

–Pero Dios no ha querido la pobreza– le reviró el fraile franciscano.

–¿Y usted cree que puede saber lo que Dios quiere o no quiere? Sea usted un poco más humilde– le respondió a su vez Tomás de Aquino secamente–. Dios es todopoderoso y no pudo haber creado un mundo imperfecto.

–Es claro que Dios no quiere la pobreza, la ignorancia y la enfermedad.

–Pero es claro que la pobreza, la ignorancia y la enfermedad siempre han existido y siempre existirán– volvió a decir aquél–. Son parte del Plan de Dios.

El fraile franciscano y Tomás de Aquino tenían puntos de vista diferentes respecto a la perfección o no perfección del mundo. Mientras que el primero decía que el mundo no era perfecto y que Dios no quería la pobreza, el segundo afirmaba que el mundo era perfecto, pues era producto del poder infinito de Dios. Por unos instantes guardaron silencio, y sólo se escuchaba el trote de los caballos y el rechinar de las ruedas de la carreta.

¿Tú qué opinas al respecto? ¿A quién le darías la razón, al fraile franciscano o a Tomás de Aquino? ¿Piensas que el mundo es perfecto, o piensas que es imperfecto? ¿Te parece que Dios no quiere que haya pobreza, ignorancia y enfermedad en el mundo? ¿O más bien, piensas como Tomás de Aquino que el mundo es perfecto, pues es obra del poder infinito de Dios? ¿Crees en Dios?

Mientras el fraile franciscano y Tomás retomaban la discusión, el carruaje se había aproximado al castillo del rey. A través de la ventana se podía ver la montaña en la que estaba el castillo con sus altas torres y sus banderas de colores. También se veían los palacios de nobles y los príncipes. Más abajo estaban las casas de los soldados y los artesanos, y más abajo aún, junto a la muralla de la ciudad, el barrio de los campesinos que trabajaban las tierras del rey.

–Mire usted ese precioso paisaje– le dijo Tomás de Aquino al fraile franciscano–. ¿No es perfecto el orden

del reino? Mire cómo hasta arriba de la montaña se encuentra el castillo del rey, que gobierna sobre todos sus súbditos. Después se encuentra el barrio de los príncipes y los nobles, que le siguen en realeza y excelencia. Más abajo se localiza el barrio de los artesanos y los guerreros, y al final el barrio de los campesinos, que encuentra su razón de ser al servir a su señor, el rey, y trabajar sus tierras. ¡Es claro que el mundo es perfecto y ordenado!— volvió a decir Tomás de Aquino con entusiasmo.

—¿Pero no le parece a usted que Dios no quiere que haya ricos y pobres? — le preguntó a su vez el fraile franciscano—. Cristo, el hijo de Dios, vino al mundo para decirle a los hombres que la injusticia, la pobreza y la ignorancia impiden al hombre acercarse a Dios, y, a Dios mismo, construir su reino de amor en la Tierra. Dios no puede construir su reino de amor en la Tierra debido a la injusticia de los hombres. ¿Usted cree que Dios puede construir un mundo de amor, si los hombres no practican la justicia?

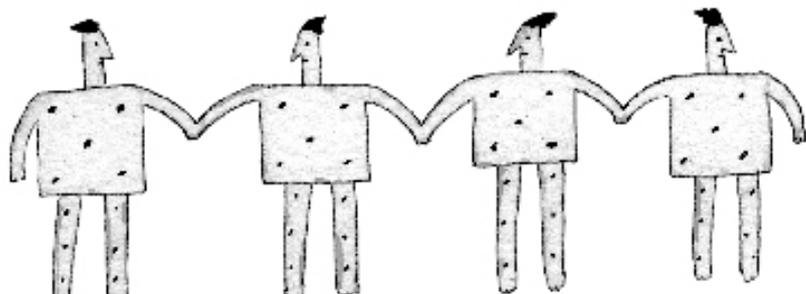
Tomás de Aquino guardó silencio unos instantes. Estaba sorprendido de que el fraile franciscano, que en apariencia era una persona sin ideas, lo rebatiera con tan buenos argumentos. El fraile continuó diciendo: —El rey y los príncipes se quedan con todo el dinero y las riquezas del reino. Por eso, en el puerto, la gente no tiene nada. Apenas hay ropa y comida. Por eso hay

tantos enfermos y epidemias. La injusticia del rey es la causa de la pobreza.

–Pero es necesario que haya un rey– respondió Tomás de Aquino–. Si no hubiera un rey, ¿quién daría las órdenes para que todo tuviera un orden? ¿Imagínese que los campesinos vivieran en el castillo? ¡Qué desorden! ¿Quién trabajaría la tierra? ¿Quién cosecharía el trigo y haría el pan? Todo mundo moriría de hambre.

–Pero es que la gente ya tiene hambre– respondió el fraile franciscano–. Tal vez si no hubiera rey y los campesinos fueran dueños de la tierra, todo se repartiría mejor, y nadie tendría hambre, y todos tendrían ropa para el invierno y nadie estaría enfermo. Entonces el mundo sería perfecto, y Dios podría tener su reino de amor en la Tierra. ¿No cree usted que la injusticia es la causa de la pobreza? ¿No cree usted que la injusticia y la pobreza impiden que Dios construya su reino de amor en la Tierra?

–Pero, ¿qué dice usted?– le respondió Tomás de Aquino muy molesto–. El mundo es ordenado y perfecto, porque Dios así lo ha querido. Al igual que es natural que sobre los animales estemos los hombres, y sobre los hombres los ángeles, y sobre todos ellos Dios, también es natural que sobre los campesinos y los pes-



cadores estén los artesanos y los guerreros, y sobre los artesanos y los guerreros, los nobles y los príncipes, y sobre todos ellos, el rey.

–Pero lo que Dios quiere es construir su reino de amor en la Tierra. Y ¿cómo va a construir ese reino, si el rey ama más a sus riquezas que a los campesinos? Dios no puede construir su reino de amor en la Tierra pues la injusticia entre los hombres se lo impide.

–A Dios nadie le impide nada– respondió Tomás–. Dios es todo poderoso. El rey está sobre los campesinos, pues Dios así lo ha querido. . .

–El mundo es injusto por la libertad de los hombres, no porque Dios lo haya querido– le dijo el fraile franciscano a Santo Tomás, pero antes de que éste pudiera responder, ambos se dieron cuenta de que habían llegado a las puertas de la ciudad. Ahí, los guardias del rey detuvieron el carruaje, y tras realizar algunas preguntas, bajaron al fraile franciscano. Éste, si quería una audiencia con el rey, tendría que esperar un par de días. Santo Tomás, si así lo quería, podía ver al rey inmediatamente.

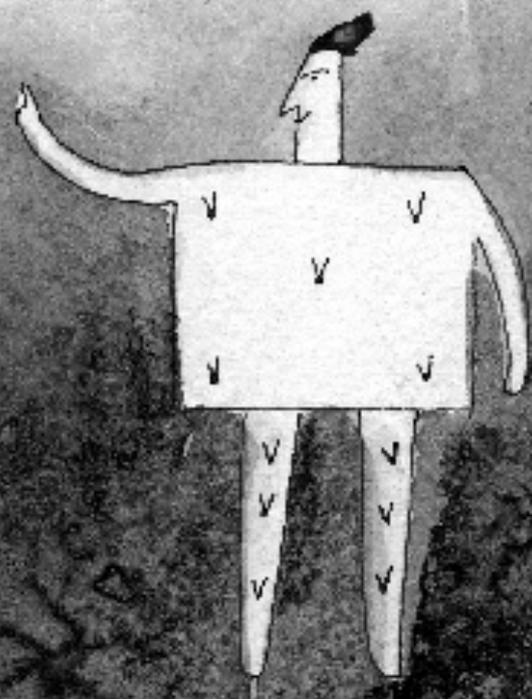
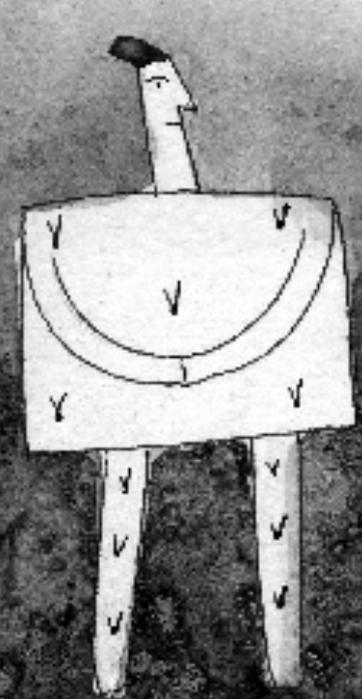
Todavía al separarse, el fraile franciscano le dijo a Santo Tomás:

–Dios no quiere un mundo injusto en el que algunos hombres sean ricos y otros sean pobres. La injusticia entre los hombres impide la construcción del reino del amor de Dios en la Tierra.

–Es que la diferencia ente los hombres ricos y los hombres pobres ha existido siempre– le respondió Santo Tomás desde la ventana del carruaje que seguía adelante–. La diferencia entre los hombres ricos y los hombres pobres es como la diferencia entre los hombres y los ángeles. Dios ha querido un mundo ordenado, y esa es su manera de hacer justicia.

¿Tú de qué lado estás? ¿Del lado del fraile franciscano o del lado de Santo Tomás? ¿Piensas que Dios ha querido un mundo en que la desigualdad sea algo natural? ¿Piensas que la diferencia entre los hombres ricos y los hombres pobres se debe a que Dios la ha querido? ¿O piensas más bien, como el fraile franciscano, que la injusticia entre los hombres impide la construcción del reino del amor de Dios en la Tierra? ¿Crees que el uso de la libertad humana obstaculiza el amor que, según el fraile franciscano, Dios le tiene a los hombres?

El fraile franciscano vio cómo la carreta se alejaba entre las callejuelas de la ciudad. Tendría que pasar un par de noches en unos establos llenos de paja, a la espera de la respuesta de los secretarios del rey. Tenía tiempo, así que fue a la taberna más cercana para tomar una cerveza, y conversar con los campesinos del reino acerca de Dios y su reino de amor en la Tierra.



# Giordano Bruno y Santo Tomás

Un alumno de Sto. Tomás salía del castillo del rey. Venía muy contento pues le había explicado a los príncipes las teorías de este filósofo sobre el orden del mundo: así como el castillo del rey estaba hasta arriba de la colina, y por debajo de él se encontraban en primer lugar los palacios de los nobles y las doncellas, después las casas de los artesanos y los soldados, y al final, pegadas a la muralla que defendía la ciudad, las chozas de los campesinos; de la misma manera, en el universo, en la parte más alta, se encontraba Dios, luego por debajo de él venían los ángeles, luego el hombre, para finalizar con los animales y las plantas. El alumno de Sto. Tomás le había dicho a sus alumnos que Dios se encontraba en la parte más alta del universo, fuera de la bóveda celeste, y transmitía su poder a las estrellas, las cuales transmitían este poder a los planetas, que a su vez lo transmitían al sol, a la luna y a la Tierra. Las estrellas, el sol, la luna y la Tierra se movían porque recibían el poder de Dios, y trataban de imitarlo para alcanzar su perfección.

¿Has entrado alguna vez en una iglesia? ¿Has visto cómo siempre en sus retablos se muestra el mundo formando una pirámide y una jerarquía? ¿Te has fijado cómo Dios siempre está en la parte más alta del retablo y por debajo de él se encuentran los ángeles, los hombres, los animales y las plantas? El alumno de Sto. Tomás creía que el mundo era como una gran esfera, en el centro de la cual se encontraba la Tierra inmóvil, y alrededor de ella la luna, el sol, los planetas y las estrellas, hasta llegar fuera de la esfera donde se encontraba Dios mismo. ¿Has visto cómo en una noche oscura y estrellada el cielo parece una bóveda cerrada? ¿Crees que la Tierra está inmóvil en el centro de la bóveda y que fuera de ésta se encuentra Dios? ¿Dónde crees que está Dios? ¿Crees que el mundo está ordenado en una pirámide o jerarquía y que, como se pensaba en la Edad Media, los reyes y los nobles ocupan la parte más alta de la misma y que, como los ángeles, se encuentran más cerca de Dios que los simples campesinos?

El alumno de Sto. Tomás decidió ir a pasear por el campo y salir de las murallas de la ciudad. La clase que le había dado a los príncipes y a los nobles había sido muy buena, pero muy larga. Estaba cansado. Necesitaba respirar algo de aire fresco y estirar las piernas.

Después de haber caminado toda la tarde, el alumno de Sto. Tomás se sentó a comer un trozo de pan con

queso que traía en su saco. Cuando terminó de comer, tomó un poco de agua en un pequeño arroyo que estaba al borde del camino. Entonces un profundo sueño se apoderó primero de sus ojos, y después de su cuerpo entero. Dando pesados pasos buscó un lugar cómodo para descansar, y cayó profundamente dormido.

El alumno de Sto Tomás soñó que se encontraba flotando en un inmenso abismo negro plagado de estrellas. Ese abismo no tenía principio ni fin y las estrellas desfilaban unas tras otras sin nunca haber comenzado y sin acabar jamás, como si fueran una cascada infinita que brillaba con luces de oro y plata. El alumno de Sto. Tomás flotaba feliz en ese abismo infinito de luces y silencio, cuando de repente despertó.

Hacía frío y la noche era oscura y prácticamente no se veía nada. El alumno de Sto. Tomás estaba preocupado, pues no podría encontrar el sendero de regreso al castillo del rey y no tenía dónde pasar la noche. Estaba un poco confundido, pues la sensación de desamparo que se había apoderado de él, contrastaba con la tranquilidad y la felicidad que había experimentado en su sueño. Trató de encontrar el sendero de regreso al castillo, pero fue inútil. No tenía con qué cubrirse y cada vez tenía más frío. Entonces se sentó debajo de un gran árbol que reconoció a tientas y cruzó sus brazos sobre las piernas para guarecerse del frío. Estuvo así un

largo rato, suspendido en el vacío de la noche oscura, cuando de pronto, en algún punto de la negrura, creyó ver un fuego que parpadeaba. Poco a poco el fuego fue creciendo y brillaba cada vez con mayor intensidad. Alguien había encendido una fogata. El alumno de Sto. Tomás se puso de pie, y trastabillando se acercó al fuego que resplandecía en la oscuridad. Cuando estuvo a algunos pasos, notó que alguien le hacía señas invitándolo a acercarse.

–¡Buenas noches!, ¡acérquese!– le dijo la enigmática figura–. ¿Qué hace usted solo en la oscuridad y con este frío?, ¡caliéntese un poco!– añadió con cortesía.

–Buenas noches– respondió el alumno de Sto. Tomás–. Estaba muy cansado, y caí en un profundo sueño. Y cuando desperté, ya era de noche. En realidad, vivo en un palacio que está cerca del castillo del rey. Pasar la noche aquí, en medio de ninguna parte, con este frío, y rodeado de esta oscuridad sin pies ni cabeza, me tenía sumamente preocupado. Gracias por invitarme a compartir este pequeño fuego con usted.

–¿Pequeño fuego?– respondió el enigmático personaje–. Este fuego es el centro del universo. Nos da su luz y su calor, y en él podemos reconfortarnos.

–¿El centro del universo?– exclamó el alumno de Sto. Tomás–. El centro del universo no es de ninguna manera este fuego. El universo es una pirámide que

tiene su punto más alto en Dios, que está fuera de la bóveda celeste. ¿Cómo va a ser esta fogata el centro del universo? El universo es una gran esfera que está ordenada en una pirámide o una jerarquía. Así como el rey gobierna en el castillo que está en lo alto de la colina, y por debajo de él están los barrios de los nobles, los artesanos y los campesinos, por debajo de Dios, que está en lo más alto de universo, están los ángeles, luego los hombres, los animales y en último lugar las plantas. ¿Cuál es su nombre?— le preguntó el alumno de Sto. Tomás, con tono de reprobación—. Eso que usted afirma es una falta de respeto total a Dios, al rey y a la Santa Iglesia.

—Mi nombre es Giordano Bruno, pero eso no es importante— respondió aquél—. Lo que verdaderamente importa es darse cuenta de que el universo es infinito. ¿Dónde acaba el universo? ¿Nunca ha visto a los cometas que surcan el cielo, atravesando la bóveda celeste? ¿Acaso los cometas atraviesan a Dios? El universo no tiene principio ni fin. El universo es infinito, pues no tiene centro. ¿Por qué el centro del reino lo ha de ocupar el rey? ¿No lo podría ocupar un campesino, por ejemplo?

—Si el rey no estuviera con su castillo en el centro del reino y en su lugar estuviera un campesino, todo sería un desorden, ¿quién trabajaría la tierra y quién daría las órdenes?

–Es que podemos decir que como el universo es infinito no tiene centro– respondió Giordano Bruno–. Pero también podemos decir que como el universo es infinito, el centro está en todas partes. ¿Acaso el centro del reino no es nuestra fogata que nos da luz y calor? ¿Qué sería de nosotros sin esta fogata? Las órdenes las podemos dar nosotros mismos.

–Pero es que el centro del reino no es esta fogata, sino el castillo del rey– respondió el alumno de Sto.

Tomás–. ¿Cómo va a ser esta fogata el centro del universo?– preguntó en tono reprobatorio–. El universo no es infinito, sino que es cerrado y tiene su cabeza en Dios.

–Es que Dios no está fuera de la bóveda celeste –respondió Giordano Bruno–, sino que está en todas partes. Dios está en todas partes, en los árboles, en la noche, en cada estrella, en nuestra pequeña fogata.

El alumno de Sto. Tomás guardó silencio unos instantes. Estaba en franco desacuerdo con lo que decía Giordano Bruno.

¿Tú con quién estás de acuerdo? ¿A quién le darías la razón? ¿A Giordano Bruno o al alumno de Sto. Tomás?



¿Crees que Dios es la cabeza del universo, al igual que el rey y su castillo que se encuentran en el centro del reino? ¿O piensas más bien que el universo es infinito, y que como es infinito, puede tener su centro en todas partes, en el castillo del rey o en una humilde fogata perdida en el campo? ¿Piensas que Dios está hasta arriba de la pirámide de los ángeles, el hombre, los animales y las plantas, o más bien que Dios está en todas partes, como en la fogata misma, y que en cualquier lugar puede manifestar su fuerza y su amor? ¿Dónde piensas que está Dios? ¿Crees en Dios? ¿Crees que Dios es diferente a todas las cosas? ¿O piensas más bien que Dios es todas las cosas, como el cielo infinito y sus estrellas titilantes, como la noche profunda y las olas del mar?

–Mira el fuego –le dijo Giordano Bruno al alumno de Sto. Tomás–. Fíjate cómo en su baile contiene al universo entero. Mira cómo contiene a las estrellas, al sol y a todos los planetas. ¿No te parece que el fuego es también infinito? Mira esta cazuela con agua. ¿No te parece que ella también es infinita, y que contiene los grandes lagos y los mares que bañan nuestras costas? Mira ese hormiguero, ¿no te parece

que refleja la vida del reino, con el rey y todos sus súbditos? Lo más grande está en lo más pequeño y lo más pequeño contiene a lo más grande. Todo está en todo. Dios se encuentra también en la hoja que arrastra el viento.

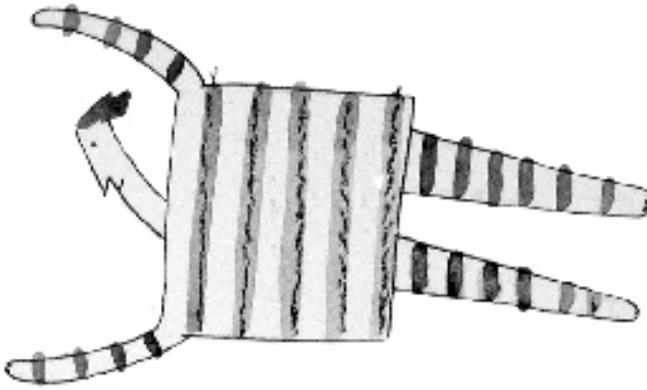
–Lo que tú dices, Giordano Bruno, no tiene sentido. ¿Cómo es que lo más grande puede estar contenido en lo más pequeño? Eso sería un completo desorden, los ángeles ocuparían el lugar de los puercos y los puercos podrían vivir en el cielo junto a Dios. El rey podría vivir en un establo, y los campesinos pobres e ignorantes podrían ocupar las espaciosas salas en las que vive el rey.

–Es que los campesinos, si lo desean, se pueden convertir en reyes. Sólo hace falta que conozcan al rey que vive dentro de sí mismos. Es que los hombres más humildes se pueden convertir también en Dios, sólo hace falta que conozcan a Dios mismo que vive en su interior.

–Pero eso sería un desastre– respondió el alumno de Sto. Tomás alarmado—. ¿Quién daría las órdenes, quién obedecería? El mundo mantiene un orden muy claro: hasta arriba de la jerarquía está Dios, y por debajo los ángeles, el hombre, los animales y la plantas. ¿Acaso el hombre podría tomar el lugar de Dios? En el centro del reino está el castillo del rey. ¿Acaso los campesinos

podrían tomar su lugar y dejar los campos sin cultivar?  
–Es que el destino de todos los hombres es despertar al Dios que tienen adentro, es despertar el fuego, los volcanes y los furores que habitan en su propio corazón– respondió Giordano Bruno–. Los hombres están llamados a ser libres, a no respetar ninguna pirámide ni ninguna jerarquía, y a ser ellos mismos el centro del mundo, a ser ellos mismos su propio Dios– insistió Giordano Bruno.

–De ninguna manera– respondió a su vez el alumno de Sto. Tomás, pero justo cuando iba a empezar a desenvolver su argumento, un grupo de campesinos se acercó a la fogata. Habían visto el fuego desde lejos, por lo que prefirieron acercarse por si alguien necesitaba ayuda. Entre los campesinos algunos traían tambores, cítaras y flautas, y algunas botas de vino. Así que alrededor de la fogata empezaron a cantar y a bailar, contando viejos mitos y viejas leyendas que aunque no eran estudiados en los palacios y en las universidades, se encontraban guardados en la memoria del pueblo. Algunas de estas canciones hablaban del mismo fuego al que se refería Giordano Bruno, ese fuego que los calentaba y les daba luz en medio del bosque y la noche profunda, y que también era el Dios que no importando si eran reyes o simples campesinos, encendía su corazón.



¿Tú con quién estás de acuerdo, con Giordano Bruno o con el alumno de Sto. Tomás? ¿Piensas como el primero que Dios está en todas partes y que todas las cosas están en todas, es decir, que lo grande está en lo chico y lo chico en lo grande, que el mar entero se puede encontrar en una gota de agua, así como la gota de agua en el mar, que todas las estrellas las podemos encontrar en una fogata así como la fogata misma en el universo? ¿O más bien estás de acuerdo con el alumno de Sto. Tomás y piensas que en el universo hay una jerarquía a la cabeza de la cual está Dios y por debajo de Él los ángeles, el hombre, los animales y las plantas, ocupando cada uno su sitio, sin que se puedan mezclar jamás? ¿Piensas que Giordano Bruno se equivocaba al decir que como Dios está en todas partes, el hombre puede hacer vivir a Dios que vive en su interior y ser él mismo Dios?

# Bacon y el fraile

## Abelardo

Una mañana de invierno, después de una fuerte nevada, Bacon acababa de dar una lección de filosofía en una universidad de Inglaterra. El director de la universidad lo había invitado para que le enseñara a los alumnos cómo se deberían de hacer los experimentos que permitirían mejorar el funcionamiento de un molino de viento. Bacon estaba satisfecho, pues había logrado enseñarles el método para realizar sus experimentos. Se paseaba por los jardines de la universidad junto con el director y le explicaba en qué había consistido la clase que acababa de impartir:

–Veamos –le decía orgullosamente al director–, creo que le he enseñado correctamente a mis alumnos los pasos para construir molinos de viento: “Medir la longitud de las bandas de cuero que unen los rodillos que muelen el trigo con las aspas del molino que son movidas por el viento. Medir el peso de las aspas. Medir el tamaño de los rodillos. Anotar los resultados de todas las mediciones en un pizarrón y experimentar si el

molino funciona correctamente. Volver a repetir la operación sólo que con bandas, aspas y rodillos de diferentes tamaños. Experimentar si el molino funciona correctamente. Comparar los resultados de cada experimento. Escoger las medidas de las bandas, las aspas y los engranes que proporcionen un molino de viento más eficaz, capaz de moler más trigo en menos tiempo. Llevar a cabo nuevas mediciones en caso de que el molino no funcione perfectamente". Si, en efecto, creo que no he olvidado ningún paso en el método para experimentar y hacer molinos de viento.

Mientras Bacon le contaba al director cómo le había explicado a los alumnos el método para hacer experimentos, notó que un viejo fraile se unía a ellos y se hacía partícipe de la conversación. Cuando Bacon acabó su explicación, el director se lo presentó: –Bacon, él es el fraile Abelardo, un enviado del obispo, que verifica que todas nuestras clases tengan un elevado nivel académico.

La amigable voz y la actitud de soltura que el director había mantenido hasta entonces, cambió sensiblemente con la presencia del fraile Abelardo. Evidentemente era una especie de inspector o alguien que juzgaba y calificaba en algún sentido, incluso el trabajo del propio director de la universidad.

–Mucho gusto– dijo Bacon, pero antes de que dijera algo más, el fraile Abelardo le dijo con un tono despectivo:

–Veo que usted enseña esos llamados métodos científicos que últimamente están de moda.

El director estaba visiblemente tenso ante la pregunta que el fraile Abelardo le había hecho a Bacon. Temía que Bacon no fuese del agrado del inspector y eso resultara perjudicial para la universidad y la relación de la propia Dirección con el obispo y la Iglesia.

–En efecto– respondió Bacon con seguridad–. La ciencia presenta nuevos métodos para conocer a la naturaleza.

–¿Conoce usted a fondo la filosofía de Sto. Tomás?– le preguntó el fraile Abelardo a Bacon.

–Claro que la conozco– respondió Bacon–, evidentemente es una filosofía anticuada que no sirve para conocer a la naturaleza.

–¿Cómo que no sirve para conocer a la naturaleza?– tronó el fraile Abelardo visiblemente ofendido–. Esta filosofía es el espejo vivo de la naturaleza y sin ella no podríamos reconocer el orden que reina en el mundo.

–La única manera de conocer el orden del mundo– respondió Bacon–, es midiendo y comparando. La filosofía de Sto. Tomás no nos dice cómo medir y comparar, cómo hacer experimentos.

–Eso que usted dice no son más que tonterías. ¡Medir y comparar! ¡Hacer experimentos! Vaya tonterías. ¿Cómo podríamos medir la distancia que hay entre Dios, los ángeles, el hombre, los animales y las plantas? ¿Cómo podríamos medir la pirámide o jerarquía del papa, los reyes, los nobles, los artesanos, los guerreros y los campesinos? Esa distancia no la podemos medir y comparar porque es espiritual. La filosofía de Sto. Tomás habla de cosas espirituales y no pierde el tiempo haciendo experimentos con los engranes, las poleas y las aspas de los molinos, para después mentir al afirmar que está conociendo a la naturaleza.

–Efectivamente, el método científico nos permite conocer a la naturaleza– respondió Bacon un tanto enojado–. Experimentar es la mejor manera de conocer la creación de Dios. La mejor manera de perder el tiempo es estudiando la filosofía de Sto. Tomás. La filosofía de Sto. Tomás no nos dice nada del mundo, de sus proporciones y sus medidas, de las leyes que mueven a los astros y los objetos. ¿De qué sirve la filosofía de Sto. Tomás, sino para llenar de telarañas la cabeza de los estudiantes?

–Es que sin esa filosofía no podríamos saber cuál es el orden del mundo– respondió el fraile Abelardo, alzando la voz–. Los hombres medirán y compararán hasta la última hoja de los bosques, pero no sabrán

que por arriba de ellos se encuentra la gracia de los ángeles, y que más arriba, está la perfección de Dios a la que todos debemos aspirar.

Bacon y el fraile Abelardo discutían ríspidamente y ninguno parecería dispuesto a reconocer el valor de los argumentos de su adversario. ¿Tú quién crees que tenga razón? ¿Estás de acuerdo con Bacon en que la mejor manera de conocer a la naturaleza, es midiendo y comparando, llevando a cabo diversos experimentos para conocer sus leyes y la forma de los objetos, como los molinos de viento, por ejemplo? ¿O más bien estás de acuerdo con el fraile Abelardo y piensas que la mejor manera de conocer la naturaleza es estudiar la filosofía de Sto.Tomás, pues ésta nos da a conocer la jerarquía que va de Dios a los ángeles y de éstos a los hombres, los animales y las plantas? ¿Crees que experimentando podemos conocer la naturaleza? ¿Crees que el conocimiento de la perfección de Dios y los ángeles es el único conocimiento que vale la pena?

El director de la universidad estaba muy preocupado, pues el fraile Abelardo reportaría sin lugar a dudas al obispo que en la universidad se impartían teorías que iban en contra de la doctrina de la Iglesia.

Seguía haciendo mucho frío, así que el director invitó al fraile Abelardo y a Bacon a su oficina. Justo

al entrar, Bacon notó que el director tenía una muy moderna estufa de metal, que permitía calentar la oficina más eficientemente que cualquier fogón o chimenea, pues no echaba humo y distribuía el calor mediante un sistema de tubos de metal. En ese momento el fraile Abelardo dijo:

–¡Qué agradable temperatura hay en este lugar! ¡Parece el cielo, sólo hacen falta los ángeles benditos!

–No será precisamente el cielo –respondió Bacon–, pero esta habitación es un mundo hecho a la medida del hombre. La experimentación científica nos permite conocer a la naturaleza, para que podamos dominarla. Conocer es poder, y el poder le ayuda al hombre a tener una vida mejor. ¿Ve usted como la filosofía de Sto. Tomás se equivoca cuando dirige sus fuerzas a tratar de explicar la forma del mundo, sin valerse de la experimentación? Si tratamos de conocer cualquier cosa sin la experimentación, no podremos crear cosas útiles como los molinos de viento o los calentadores y por lo tanto nos extraviaremos pensando cosas inútiles como la naturaleza de los ángeles y el lugar que éstos o el hombre ocupan en la pirámide que va de Dios a las plantas.

El fraile Abelardo volteó a ver a Bacon visiblemente irritado ante su nueva reflexión. El director guardó silencio, preocupado ante la alta posibilidad de que

el fraile Abelardo elaborara un reporte negativo del trabajo académico de la universidad. Entonces el fraile le dijo a Bacon:

–El único saber que vale la pena tener, es el saber del alma. Si hemos de tener algún saber, es para conducir nuestra alma a Dios, mediante la obediencia a la Santa Iglesia y sus ministros. El único poder importante es el poder de salvación que tiene la Iglesia. El poder que nos da la experimentación es pura arrogancia del hombre frente a Dios.

–Pero es muy agradable el calor que hay en esta habitación, ¿no le parece?– respondió Bacon con ironía–. Saber es poder. Gracias a la ciencia podemos tener casas con calefacción, molinos de viento que muelen muchísimo trigo para que los hombres no pasen hambre. Sin poder, el hombre no sería nadie, y permanecería por siempre viviendo en cuevas sin poder progresar.

–¡El poder es el diablo!– dijo el fraile Abelardo–. El poder aparta al hombre del conocimiento de su alma. El poder es vanidad que aleja al hombre de Dios y su santa Iglesia.

–El diablo son los curas que no permiten a los pueblos progresar– le devolvió Bacon, desafiándolo abiertamente.

–¡Hereje, hereje!– exclamó el fraile Abelardo.

–Yo respeto a la religión –dijo Bacon–, a quien no respeto es a los frailes que obstaculizan el progreso del hombre.

El director de la universidad se encontraba preocupadísimo. Seguramente el reporte del fraile Abelardo sería negativo y subrayaría que se impartían doctrinas heréticas en la universidad. Bacon y Abelardo seguían discutiendo. Afuera, comenzaba de nuevo a nevar. La discusión entre ambos se prolongó un par de horas más. Entonces salieron de la oficina del director y, sin despedirse, cada uno se fue por su lado.

¿Estás de acuerdo con Bacon o con el fraile Abelardo? ¿Piensas como el primero que saber es poder y que sin el poder, el hombre estaría condenado a vivir en cuevas frías y húmedas, pasando frío y hambre? ¿O estás de acuerdo con el segundo y opinas que el poder es puro orgullo y aleja al hombre del conocimiento de su alma y de Dios? ¿Te parece que el conocimiento científico y el poder que la ciencia le da al hombre es bueno para él? ¿Sí o no? ¿Por qué?

# Kant y Bergson.

## El tiempo

Un día Bergson esperaba a su novia en una estación de trenes. Estaba un poco nervioso, pues tenía grandes deseos de verla. Hacía poco que la había conocido y le entusiasmaba mucho la relación que estaba entablando con ella. Había llegado con anticipación a la estación. Ya había leído de cabo a rabo el periódico que traía consigo y ya llevaba un buen rato dando vueltas en la sala de espera. Bergson escuchaba los altavoces que anunciaban la partida y la llegada de los trenes, y observaba a la gente que recibía a sus amigos o familiares cada vez que llegaba un tren. Los maleteros iban de aquí para allá empujando carritos repletos de cajas y maletas, y los puestos de periódicos y revistas estaban rodeados de pasajeros que compraban un diario antes de subirse al vagón en el que se encontraba su asiento. Bergson dirigía de tanto en tanto su mirada al gran reloj que estaba en la sala de espera y veía con frustración que la manecilla que marcaba los minutos apenas se había movido. El tiempo pasaba lentamente.

Bergson decidió sentarse en una banca para hojear su periódico una vez más y así matar el tiempo.

–Con su permiso– le dijo Bergson a un señor que estaba en el asiento de junto–. Estoy un poco cansado de dar vueltas en esta sala de espera.

–Adelante– le dijo el señor.

–Mire usted –le dijo Bergson a éste–. Resulta que estoy esperando a mi novia que llega en el tren de las 6. Llevo aquí 20 minutos, sólo faltan 10 y el tiempo me ha parecido una eternidad.

–El tiempo no es una eternidad –le respondió el señor–, el tiempo es tan regular y tan puntual, como las manecillas del reloj.

Bergson se quedó sorprendido ante la respuesta que le dio el desconocido. Entonces le dijo:

–Señor, usted me perdonará, pero creo que se equivoca. El tiempo de ningún modo, por así decirlo, es puntual. En ocasiones corre de prisa, como una gacela, y en otras es tedioso e insoportable, como en mi caso que llevo esperando a mi novia 20 minutos, y aún faltan 10 que parecen 10 días.

–El que se equivoca es usted. Tendría que revisar la filosofía de mi maestro Kant. Si el tiempo no fuera puntual y siempre el mismo, ¿cómo lograría usted ponerse de acuerdo con su novia para encontrarse aquí en la estación? El tiempo corre parejo para todos, para usted,

para su novia que viene a verlo y para el maquinista que conduce al tren.

Bergson escuchaba los argumentos del caballero. Sin embargo, la preocupación por la llegada de su novia no había desaparecido por completo. ¿El tren llegaría con puntualidad? ¿Su novia volvería con las mismas intenciones de proseguir el noviazgo con las que había partido a su pueblo? Tal vez en su pueblo habría cambiado de opinión o reencontrado algún amor de la juventud. Bergson alzó la cabeza para ver el gran reloj de la sala de espera y comprobó que habían pasado apenas 2 minutos. Entonces volvió a poner su atención en la tesis que el caballero repetía con convicción: “El tiempo corre parejo para todos”.

–Pero usted tendría que reflexionar sobre lo que usted siente y no sobre el movimiento de las manecillas del reloj o sobre los días y los meses que están contabilizados en el calendario– le dijo Bergson al caballero–. Una cosa es el tiempo de los relojes o el tiempo de los calendarios y otra es el tiempo real que cada persona experimenta y vive cada día. Ese tiempo no siempre es puntual, no siempre corre de la misma manera.

–Explíquese por favor– le dijo el señor a Bergson, no sin cierta desaprobación en el tono de sus palabras–. Por ejemplo, cuando yo espero a mi novia, mi atención está dispersa entre la gente que va y viene de los trenes, el

movimiento de los maleteros y la gente que va a los puestos de periódicos. La espera a mi novia y mi atención que se encuentra dispersa, hacen que el tiempo camine lentamente. Entonces experimento el tedio y el aburrimiento, además de algo de angustia, pues no sé si mi novia vendrá en disposición de continuar con la relación que hemos establecido. Por el contrario, cuando llegue mi novia, mi atención estará concentrada en la felicidad que me dará verla y constatar que ella quiere seguir sosteniendo la relación. Entonces iremos a tomar un café, iremos al cine y el tiempo pasará volando. El tiempo de la espera y del encuentro, el tiempo que experimento en mi corazón es el tiempo real. Ese es el tiempo real, el tiempo de lo que yo siento y no el tiempo de las manecillas del reloj.

–Usted se equivoca, el tiempo real es el de las manecillas del reloj, el tiempo que podemos medir y contar. ¿Cómo podríamos medir y contar lo que usted siente cuando espera a su novia, cómo podríamos medir y contar la alegría que experimenta cuando usted va al cine con ella? Ese tiempo al que usted se refiere no es real. El tiempo real es el que podemos medir. Su novia llega en el tren de las seis y eso es real.

–Pero que no podamos medir y contar el tiempo de nuestras vivencias no quiere decir que no sea real. Es real que cuando un niño juega y se divierte, el tiempo

se le va como agua y que cuando está con su madre y su abuela en la sala de espera del doctor, donde no puede jugar ni correr, el tiempo corre lentamente. El tiempo de las vivencias es real, aunque no lo podamos medir.

–Me temo que se equivoca. El único tiempo real es el de las manecillas del reloj. El tiempo que cada quien vive y experimenta es tan sólo una ilusión. ¿Cómo podríamos medir el tiempo que experimenta un niño cuando juega? ¿Cómo podríamos medir el tiempo que experimenta ese niño cuando se aburre con su madre y su abuela en la sala de espera de algún doctor? Si juega una hora, pues sólo juega una hora, aunque el tiempo se le haya ido como agua. Si espera al doctor con su madre y su abuela una hora, pues entonces le espera sólo una hora, aunque se haya aburrido muchísimo y el tiempo le haya resultado una eternidad.

–¿Y dónde queda lo que cada quien vive?– preguntó Bergson indignado—. Lo importante es lo que cada quien experimenta y vive, y no lo que dice un simple aparato que puede dejar de funcionar...

Bergson y el estudioso de la filosofía de Kant discutían sin lograr ponerse de acuerdo, mientras los trenes llegaban y se iban, y la gente encontraba a sus familiares y amigos en la sala de espera de la estación.

Desde tu punto de vista, ¿cuál de los dos tiempos es el tiempo real? ¿A quién le darías la razón, a Berg-

son o al estudioso de la filosofía de Kant? ¿Piensas que el hecho de que no se pueda medir el tiempo que cada quien experimenta y vive, quiere decir que no es real, como el tiempo de angustia que vive Bergson por esperar a su novia? ¿Qué tiempo es más importante, el que se experimenta y vive, o el que miden los relojes?

Bergson estaba cada vez más inquieto, pues el reloj marcaba que faltaban escasos tres minutos para que llegara el tren de su novia. Eran los tres minutos más largos de su vida.

Entonces se volvió al señor y le preguntó:

—¿Usted espera a alguien?

—Pues sí, espero a un socio que llegará en el tren de las 6. Supongo que en el mismo tren que su novia. Es un socio con el cual estoy llevando a cabo negocios de gran importancia. La operación financiera que llevamos a cabo es delicada, pues están en juego muchos millones. Aunque tendré una ganancia importante, de hecho la operación tiene un alto índice de riesgo, espero jamás volver a llevarla a cabo, espero jamás volver a arriesgarme de esta manera.

—Es que nunca la volverá a llevar a cabo— le dijo Bergson a manera de reto.

—¿Qué quiere decir usted?— le preguntó el señor frunciendo el ceño.

–Mire usted. El tiempo del reloj se repite por siempre– le dijo Bergson–. Cada 24 horas, volverán a ser las seis de la tarde. Cada 12 meses, volverá a ser abril. Pero eso no sucede con el tiempo que se vive y experimenta. El ansia que tengo ahora por la llegada de mi novia es única, nunca se volverá a repetir. El miedo que usted siente ante la delicadeza de su operación financiera también es único. Aunque repitiera otra operación de la misma modalidad, simplemente por no ser la primera, la sensación de miedo que usted experimenta, habrá cambiado, pues tendrá memoria de ella. El tiempo que se experimenta y se vive, siempre cambia, siempre es novedoso. El tiempo que siempre cambia es el tiempo real. No el tiempo del reloj y los calendarios que se puede repetir, pero que no nos dice nada de lo que sentimos y experimentamos.

El estudioso de la filosofía de Kant estaba sorprendido ante este nuevo argumento de Bergson. En efecto, estaba de acuerdo con él en que el tiempo que se experimenta y se vive nunca es el mismo, sino que siempre cambia. Bergson añadió a sus argumentos:

–¿Es que ha visto alguna vez dos atardeceres iguales?

¿Es que ha encontrado que la misma comida, la disfruta siempre por igual? El tiempo es cambio, y ese cambio es real. Lo que no es real es el tiempo de los relojes y los calendarios que se repite, que siempre es el mismo y no cambia, pero no nos dice nada de lo que realmente vivimos y experimentamos.

¿Estás de acuerdo con Bergson? ¿Piensas que ningún momento es exactamente igual a otro? ¿Piensas que el tiempo es cambio y movimiento?

Llegados a ese punto de la discusión, el estudioso de la filosofía de Kant le respondió a Bergson:

–Sí, estoy de acuerdo con usted que el tiempo es cambio y que no hay dos momentos iguales. Pero ese es el tiempo de la imaginación. El tiempo real es el tiempo que podemos medir, el tiempo que se repite como el tiempo de los relojes. Ese es el tiempo que hay que tomar en cuenta, del otro tiempo no vale la pena preocuparse...

–Pero si el tiempo que siempre cambia es el tiempo del que está hecha su vida– replicó Bergson.

–No, el tiempo del que está hecha mi vida es el tiempo de la puntualidad, el tiempo del reloj, el tiempo que se puede medir y repetir.

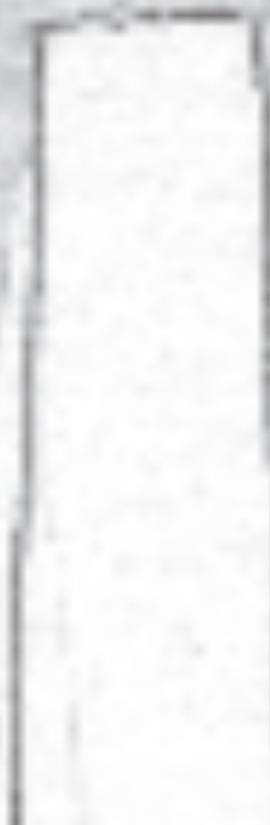
Bergson estaba por responderle al estudioso de la filosofía de Kant, cuando de pronto apareció su novia. Bergson, al verla, inmediatamente se puso de pie. En

cuanto ella lo vio, corrió hacia él, lo abrazó y lo llenó de besos. Estuvieron abrazados unos instantes que para Bergson fueron no una eternidad de aburrimiento y muerte, sino una eternidad de vida. Evidentemente su novia quería continuar su relación con él y le estaba regalando su corazón.

Cuando Bergson reparó en el estudioso de la filosofía de Kant, se dio cuenta de que éste seguía sentado en la banca. Todos los pasajeros del tren habían salido de la estación. Evidentemente, no había llegado su socio. El estudioso de la filosofía de Kant estaba visiblemente preocupado. Estaba pálido y con los labios apretados. Su rostro expresaba una profunda angustia, pues sus operaciones financieras corrían grave peligro. Eran las 6 de la tarde y 5 minutos. Sin embargo, el tiempo, para Bergson, de ser una larga espera, se había convertido en un regalo de oro. Para el negociante estudioso de la filosofía de Kant, se había convertido más bien en una maldición. Su socio no había llegado y toda la operación financiera estaba al borde del fracaso. El factor tiempo era fundamental.

¿Crees que el tiempo era el mismo para Bergson que para el estudioso de la filosofía de Kant? ¿Cuál piensas que es el tiempo real? ¿El tiempo de los relojes que se puede repetir o el tiempo irrepetible de las vivencias que cada quien experimenta día con día?

# Capitulo III



# Sócrates y los sofistas II

**E**n la ciudad de Atenas era bien conocido por todo el mundo que Sócrates gustaba de filosofar con quien encontraba por la calle. Cuando veía al político le decía: "señor político, ¿en qué consiste la política?" Al maestro le preguntaba: "¿en qué consiste la educación?" Y al guerrero: "¿qué es la valentía?" En la mayoría de los casos, quienes eran interrogados por Sócrates, respondían con lo primero que se les ocurría, tratando así de salir del paso. Pero Sócrates insistía, y como todos tenían mal carácter y no sabían en qué consistía su profesión (pues el político se dedicaba a robar, el maestro nunca iba a la escuela y el guerrero abusaba con sus armas de los ciudadanos libres de la ciudad), ninguno podía responder a sus preguntas y quedaban en ridículo ante el resto de la gente. La mayor parte de los ciudadanos de Grecia no practicaban la virtud, eran esclavos de sus vicios y sus pasiones y no eran dueños de sí mismos, por lo que no hacían bien sus trabajos y nunca podían responder a las preguntas que Sócrates les hacía.

En algunas ocasiones, una vez que Sócrates los había puesto en ridículo ante el resto de los ciudadanos, le devolvían la pregunta:

–Dime tú, Sócrates, si te crees tan sabio, ¿en qué consiste la política, en qué consiste la educación y en qué consiste la valentía?

Entonces Sócrates, con un tono humilde y un poco burlón, les respondía:

–Yo no soy sabio. Yo eso no lo sé. Si te lo pregunto, es porque soy un ignorante. En realidad, lo único que sé, es que no sé nada.

Sócrates nunca daba una respuesta a las preguntas que hacía, sino que simplemente se limitaba a responder que él no sabía nada y que quienes debían responder, sobre todo si ocupaban cargos públicos, eran los propios ciudadanos. ¿Qué crees tú que Sócrates ganaba cuando le respondía de esta manera a la gente? ¿Qué es lo que buscaba Sócrates al preguntarle a la gente en qué consistía su profesión y no dar ninguna respuesta a las propias preguntas que les hacía?

Imagina que tienes un hermano más pequeño y que, en lugar de cuidarlo, más bien te portas mal con él, lo molestas y nunca le prestas tus juguetes. En realidad tratas mal a tu hermano porque en el fondo le tienes algo de envidia o celos pues por ser más pequeño que tú, tus papás lo cuidan mucho y le dan mucha

atención. Sin embargo tú no reconoces esos celos y esa envidia. Y actúas conforme esas pasiones, sin siquiera darte cuenta, de manera que tratas mal a tu hermano. Entonces imagina que te encuentras con Sócrates en el parque y te pregunta:

–¿En qué consiste ser un buen hermano?

Tal vez, tú, para tratar de salir del paso, le responderías a Sócrates:

–Ser buen hermano consiste en prestarle siempre mis juguetes a mi hermanito menor.

Entonces tal vez Sócrates te diría:

–Pero, ¿de qué sirve que le prestes tus juguetes a tu hermano menor, si cuando está jugando futbol siempre le das un empujón y termina llorando porque se golpea al caer en el pasto?

Entonces tú responderías:

–Está bien, Sócrates, tienes razón, ser buen hermano es no sólo prestarle los juguetes a mi hermano, sino también no empujarlo cuando jugamos fut bol.

–¿Y qué hay respecto a no tirarle el plato de comida?

–te preguntaría Sócrates–. ¿Basta para ser buen hermano con prestarle tus juguetes y no empujarle?

¿Acaso también no hay que dejar de tirarle su plato de comida? ¿Por qué no me dices mejor en qué consiste ser un buen hermano, en lugar de enumerar las cosas que debes y no debes de hacer? ¿Es que no habrá

siempre algo que quede fuera de la lista, como no empujarlo por sorpresa y con saña al agua cuando están en una alberca o van al mar, o arrebatarle el lápiz y los cuadernos cuando están haciendo la tarea?

Sócrates, con sus preguntas, quizá te hará enojar, pues, evidentemente, habrá puesto al descubierto que no eres un buen hermano. Entonces tú, como el político, el maestro o el guerrero que son esclavos de sus vicios y sus pasiones, le devolverás la pregunta:

–Si tan sabio te crees, Sócrates, dime tú: ¿en qué consiste ser un buen hermano?

Entonces Sócrates con tono irónico te respondería:

–No lo sé. Si lo supiera, no te lo preguntaría. Te lo pregunto porque no lo sé. Yo sólo sé que no sé nada.

¿Qué crees que es lo que Sócrates busca al decirte con tono irónico “yo sólo sé que no sé nada”?

Cuando Sócrates interrogaba al político, al maestro y al soldado, no buscaba imponerle a ninguno de ellos su punto de vista sobre lo que consistían estas profesiones. Más bien, Sócrates, a base de preguntar, trataba de que las personas buscaran ellas por sí mismas, en qué consistían sus propias profesiones, por qué es que las hacían bien o por qué es que las hacían mal. Lo que Sócrates buscaba no era imponerle una verdad a nadie, sino más bien, que la gente se conociera a sí misma, se preguntara a sí misma cuál era su propio carácter,

para generar una verdad que fuera suya, producto de su propia capacidad creativa y no el resultado de ser esclavo de sus propios vicios y pasiones.

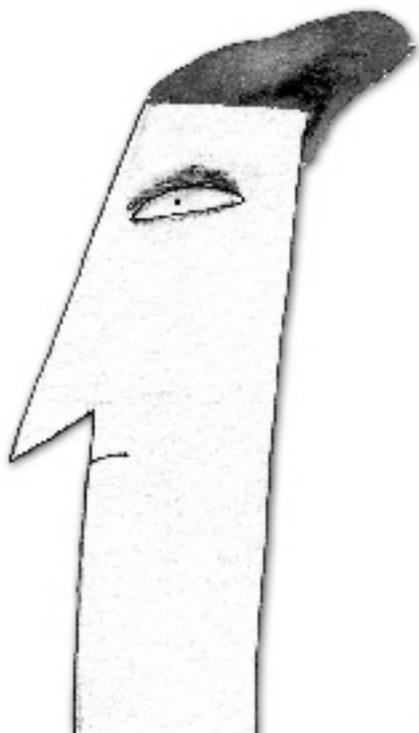
Si Sócrates se burlara de ti porque no sabes en qué consiste ser un buen hermano y al mismo tiempo no te dijera la respuesta a sus preguntas, ¿no te harías a ti mismo esa pregunta? ¿Y si Sócrates te pone en ridículo ante ti mismo y los demás al responderte “yo sólo sé que no sé nada”, no tendrías el coraje para preguntar por tu propio carácter?

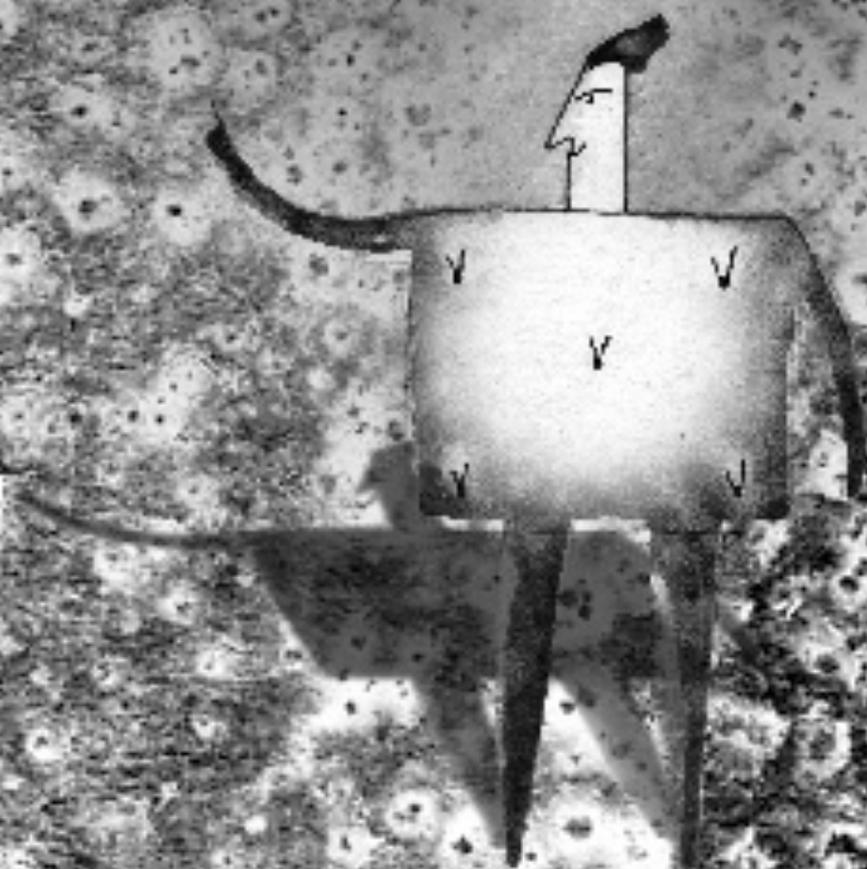
Sócrates, al preguntar, no buscaba imponerle a la gente una verdad, sino que la gente conociera su propio carácter, para que no fuera esclava de sus vicios y sus pasiones, y fuera dueña de sí misma y practicara la virtud.

¿Te parece adecuada la forma en que Sócrates invita a la gente a practicar la virtud? ¿Estás de acuerdo con él en que en lugar de tratar de imponerle a la gente una verdad es mejor tratar de que ésta pregunte por su propio carácter y que, al resolverse como si ella misma fuese un problema, se conozca a sí misma, reconozca cuáles son sus vicios y sus pasiones, de modo que pueda ser virtuoso, es decir, gobernar su propia vida?

Quizá la única verdad que Sócrates le dice a los demás es “Conócete a ti mismo”. Sócrates al preguntarle con ironía a las personas en qué consiste su propia

profesión, busca que éstas se conozcan a sí mismas y tengan el coraje y la valentía para reconocer y dejar atrás sus vicios y sus pasiones. ¿No crees que se necesita valentía y coraje para reconocer y abandonar los propios vicios y las propias pasiones? ¿No crees que se necesita valentía y coraje para practicar la virtud? ¿No crees que se necesita valentía y coraje para reconocer que quizá le tienes celos y envidia a tu hermano pequeño por la atención que le dan tus papás?





# Platón y el mito de la caverna

Platón vivía en Atenas. Una mañana salió a dar un paseo cerca del Partenón. Al caminar por las calles y plazas, observaba con detenimiento a los ciudadanos entregados a sus ocupaciones. Veía al comerciante que vendía sus mercancías y hacía grandes negocios, al guerrero con sus armas que vigilaba la entrada de la ciudad y al político que se dirigía al palacio de gobierno. Platón se acordó de Sócrates que había sido su maestro. Lo recordaba paseándose por las calles de Atenas e interrogando a todo el que encontraba sobre su carácter y sobre si practicaba la virtud. Un sentimiento de admiración y rabia cruzó su corazón cuando vino a su memoria el día en que los jueces atenienses lo condenaron a muerte por desconocer a los dioses de la ciudad y por maleducar a la juventud. Cuando Sócrates interrogaba a la gente en la calle, no buscaba ni desconocer a los dioses de la ciudad ni maleducar a los jóvenes. Lo que él buscaba era que la gente se preguntara sobre su propio carácter, que se cono-

ciera y fuera dueña de sí misma y que practicara la virtud. Sócrates buscaba que los jóvenes y la gente ya no fueran esclavos de sus vicios y sus pasiones. Sin embargo, el tribunal lo condenó a muerte porque los jueces eran corruptos, no hacían bien sus trabajos y tampoco practicaban la virtud. La injusticia de los jueces al condenar a Sócrates a muerte había sido resultado de que éstos también eran esclavos de sus vicios y sus pasiones y preferían antes ser cómplices de los ciudadanos corruptos, como el comerciante ladrón que estafaba a la gente, que seguir el ejemplo de Sócrates. Platón se acordaba de que a Sócrates no le importaba tener muchos enemigos, con tal de no traicionarse a sí mismo y cumplir su misión en la vida, que era invitar a los hombres a preguntar por sus hábitos y sus costumbres, para tratar de que éstos tuvieran un buen carácter. “¡Sócrates era un gran hombre!”– se dijo Platón a sí mismo al dar vuelta en una esquina–. “¡Tuvo la valentía de vivir para cumplir con su vocación, que era invitar a los hombres a conocerse a sí mismos. Fue tal su fuerza para seguir su camino, que no tuvo miedo de ganarse algunos enemigos y de que el tribunal de Atenas lo condenara a muerte! Sin embargo –seguía pensando–, es una lástima que la mayoría de los hombres sigan entregados a sus vicios y sus pasiones, y no tengan un buen carácter”. Platón caminaba por

Atenas y veía que a pesar de los esfuerzos de Sócrates por que los ciudadanos fueran dueños de sí mismos y practicasen la virtud, todos seguían siendo esclavos de sus vicios y sus pasiones. El maestro nunca asistía a la escuela, el gobernante no respetaba las leyes, los jueces eran injustos y en general nadie hacía bien sus trabajos.

Justo cuando Platón entraba a una pequeña plaza en la que había una estatua de Zeus, escuchó a uno de los políticos más ricos de Atenas que le decía a los hombres ahí reunidos:

–Señores, la verdad de las cosas, es que la ciudad de Atenas es la ciudad perfecta. En ella las leyes son justas y los ciudadanos son libres. Los dioses cuidan a la ciudad de Atenas y la prueba de ello son sus magníficos gobernantes. El día de las elecciones, ustedes tendrán que votar por mí, para que todo continúe de igual manera.

En ese momento Platón, que estaba lleno de rabia por las palabras del político, le gritó a éste con tal fuerza, que todos voltearon a verlo:

–¡La ciudad de Atenas no es la ciudad perfecta. Por el contrario, es un gran calabozo. Es un calabozo, que está en el fondo de una caverna!

Todo mundo guardó silencio. Por lo visto Platón tomaba el mismo camino que Sócrates, pues interpela-

ba a los políticos y a los ciudadanos que encontraba por la calle.

–¡Este hombre es un mentiroso! –gritó Platón–. ¡Los hombres nos conformamos con meras opiniones, con los espejismos de nuestros vicios y nuestras pasiones y creemos que esa es la verdad, pero no son más que simples ilusiones. La única verdad es la que se ve cuando se practica la virtud, la virtud que practicaba mi maestro Sócrates y que cualquiera, si tiene coraje, puede practicar. Sócrates era dueño de sí mismo y tenía el valor de vencer sus vicios y sus pasiones. ¿Acaso no era el mejor guerrero en combate? ¿Alguna vez se le vio abandonar a un compañero herido en el campo de batalla? ¿Alguna vez se le vio flaquear cuando escaseaba la comida? ¿Algún gobernante como el aquí presente se atrevería a ir a la guerra?

–Pero si Sócrates fue condenado a muerte –le respondió el político en tono de burla–. Sócrates vivía en el error, tanto, que perdió la vida. ¿No es estar equivocado perder la vida por cumplir un ideal, por alto que éste sea? Quizá quien vivía preso en una caverna era el propio Sócrates, preso en la caverna de su cabeza y su virtud. ¿Cómo sacrificar la vida con tal de sostener la virtud? Si Sócrates hubiera dejado en paz a los jóvenes y a los ciudadanos atenienses, sin incordiarlos con sus molestas preguntas, tal vez estaría aquí con nosotros–

añadió a la vez que algunos de los presentes que eran sus amigos, esbozaban un sonrisa malintencionada.

–Los que viven en la caverna son los hombres que creen que la verdad son sus simples opiniones– le respondió a su vez Platón–. Los hombres que viven en el fondo de una caverna son aquellos que son esclavos de sus propios vicios y sus propias pasiones, esclavos de sus propias opiniones que no son más que mentiras. Sólo los que practican la virtud y son dueños de sí mismos, pueden salir de la caverna, dejar este mundo de vicios y simples opiniones y contemplar a los dioses y a la verdad. ¿Crees que el comerciante ladrón o tú, que no eres más que un político corrupto, podrán algún día contemplar la verdad? ¿Acaso tendrías algún día el valor de Sócrates de dar la vida, con tal de actuar conforme a la verdad? ¿Crees que vale la pena vivir, si los hombres no son dueños de sí mismos y no practican la virtud? ¿Acaso no te das cuenta de que es mejor morir como hombre libre, que vivir como esclavo?

El tono de la discusión entre Platón y el político se había tornado un tanto ríspido. La gente ahí reunida guardaba silencio y ya ninguno dejaba escapar alguna risilla burlona. Todos sabían que Platón era un filósofo muy respetado y que mucha gente lo quería en la ciudad de Atenas precisamente por practicar la virtud, y nunca ceder ante nadie que mintiera, por más rico,

famoso o poderoso que fuera. Sin embargo, había algunos que estaban de acuerdo con el político, pues no pensaban como Platón en que valía más la pena morir con tal de ser un hombre libre, que vivir como esclavo. Tampoco todos estaban de acuerdo en que la mayoría de los hombres eran como esclavos en una caverna. ¿Acaso Atenas no era una ciudad libre, una de las ciudades más bellas del mundo?

¿Tú con quién estás de acuerdo? ¿Piensas que la condición humana es la de hombres presos en una caverna, pues prácticamente nadie es dueño de sí mismo, nadie practica la virtud y todo mundo se conforma con meras opiniones que tienen que ver más con sus vicios y sus pasiones que con el conocimiento de la verdad? ¿Piensas que aun las grandes ciudades, llenas de tiendas, luces y autos, pueden ser como prisiones en la que los hombres no son libres, pues no se conocen a sí mismos y no practican la virtud? ¿Estás de acuerdo con Platón o con el político? ¿Piensas que Sócrates se equivocó al permitir que lo condenaran a muerte con tal de no dejar de interrogar al que encontraba por la calle, para invitarlo a practicar la virtud? ¿Piensas como él en que es mejor morir al ser un hombre libre que es dueño de sí mismo, que vivir como un esclavo que vive atado a la cadena de sus propios vicios y pasiones? ¿Piensas que vale la pena morir con tal de ser dueño de uno mismo?

–Aunque seas muy rico y tengas un puesto influyente en el gobierno– le dijo Platón al político–, nunca serás un hombre libre, nunca conocerás la verdad. Siempre serás un esclavo de la caverna.

–¡Un esclavo de la caverna!– exclamó el político–, pero si estaré vivo para disfrutar de la ciudad de Atenas y para gozar de mi riqueza y todos los privilegios que me da mi elevada posición. ¡Seré un esclavo feliz!– agregó en tono de burla–. ¿De qué sirve ser un hombre libre si se está condenado a muerte y no se puede gozar de la bella Atenas?

–Pero es que Atenas es una caverna llena de comerciantes ladrones, políticos y jueces corruptos– replicó Sócrates–. Atenas es como un corral donde los ciudadanos, como borregos, se comportan según lo que les dicen sus gobernantes mentirosos. En Atenas son pocos los que conocen la verdad, pues nadie se conoce a sí mismo, y nadie trata de gobernarse a sí mismo.

–¡Cómo que Atenas es una gran caverna! ¡Si es la ciudad más bella e importante del mundo! ¡La más rica, con los mejores edificios y monumentos!–respondió el político.

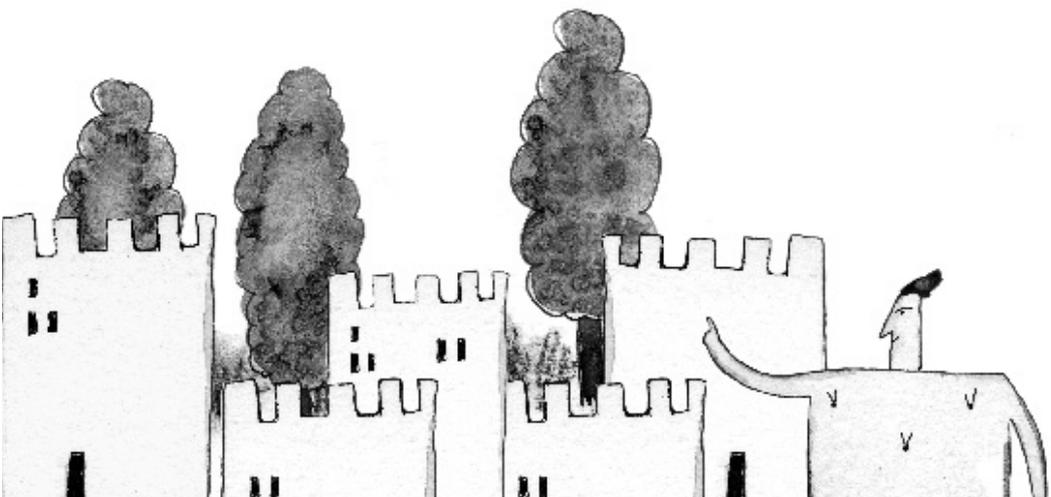
–Aunque esté llena de imponentes edificios y bellas estatuas de los dioses, sus ciudadanos son como vacas que viven en un establo, haciendo lo que se les dice– le dijo a su vez Platón.

La gente que estaba junto al político y Platón empezó también a discutir acaloradamente. Algunos apoyaban a Sócrates, pues les parecía que la virtud y la libertad es más importante que la riqueza. Otros apoyaban al político, pues pensaban que no valía la pena ser libre, si no se tenía riqueza. El bullicio era enorme, argumentos iban y venían. Algunos defendían a Atenas como la ciudad más grande y más bella del mundo. Y otros, que estaban de acuerdo con Platón, decían que era una caverna o un gran corral lleno de borregos que no eran libres pues no practicaban la virtud. La discusión siguió durante un largo rato, hasta que poco a poco, todos los ahí reunidos se fueron yendo a sus casas, pues se acercaba la hora de comer.

¿Crees como Sócrates que un político corrupto, que es esclavo de sus vicios y su desmedido amor a la riqueza, no es libre? ¿Piensas que la riqueza equivale necesariamente a la libertad? ¿Crees que Sócrates tenía razón al decir que Atenas, aunque era muy rica y bella, era como una gran caverna o un corral donde los ciudadanos vivían como borregos porque no practicaban la virtud? La Ciudad de México o algunas otras grandes capitales del mundo como Sao Paolo, París o Nueva York, donde la gente vive apresurada, sin hablar y sin conversar, aplastada en los vagones del metro y donde la televisión y la propaganda le dice todo el tiempo

cómo debe comportarse y quién debe gobernar, ¿no serán como decía Platón, grandes cavernas donde la gente, como vacas y borregos, vive en cautiverio?

Platón escribió un libro muy famoso llamado *La República*. En ese libro habla de la caverna a la cual se refirió el día que discutió con el político. *La República* es quizá uno de los libros más conocidos de Platón, pues en él describe la forma de una ciudad en la que los gobernantes no son políticos corruptos, sino filósofos que lo que buscan es conocerse a sí mismos y lograr que los ciudadanos también se conozcan a sí mismos de modo que sean libres al practicar la virtud.



# Nietzsche y el fraile franciscano

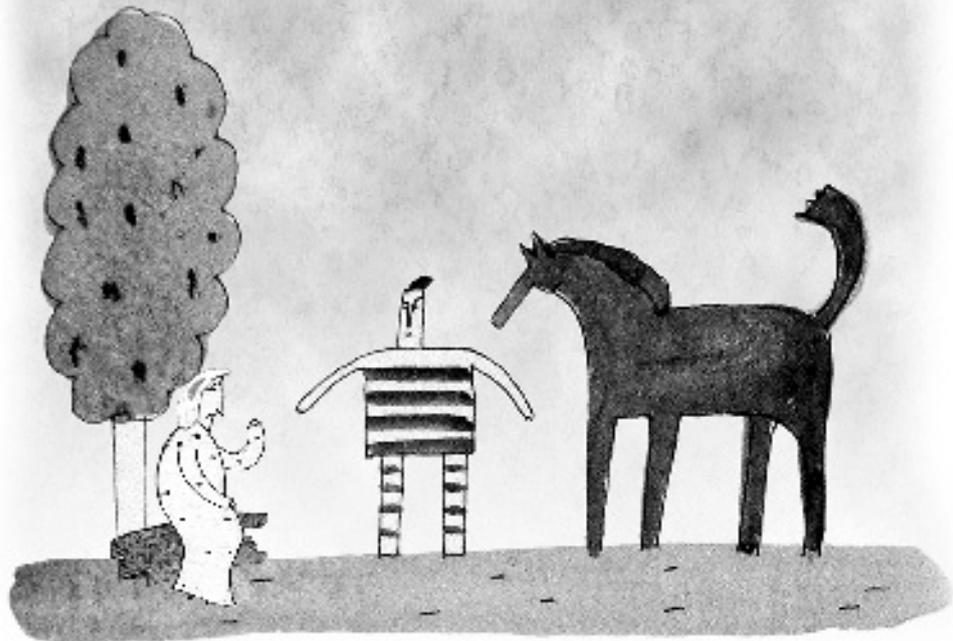
Un día un fraile franciscano cabalgaba hacia una aldea en la que vivían unos amigos suyos. Lo habían invitado a comer y le tenían prometido un delicioso platillo de costillas de cerdo con aceitunas. El fraile franciscano, que se llamaba Ambrosio, cabalgaba pensando en la deliciosa comida que le esperaba. Justo a un lado del camino, vio a una viejecilla que estaba cargando un pesado bulto de leña. La viejecilla era muy pobre y apenas podía con su carga.

–Buenos días –le dijo el fraile Ambrosio–, ¿la puedo ayudar con su bulto de leña? ¿A dónde se dirige?

–¡Joven!– exclamó la viejecilla sorprendida–, ¡me haría usted un gran favor! Voy a la aldea que se encuentra al final de este camino.

–Tiene suerte– le respondió el fraile–, yo también voy para allá.

El fraile Ambrosio ató el bulto de leña al caballo y ayudó a la anciana a montar. La viejecilla y el fraile franciscano continuaron cabalgando un par de horas,



hasta que después de bajar una pequeña loma, encontraron el pueblo. Cuando atravesaban las primeras calles empedradas, el fraile Ambrosio reconoció a uno de sus amigos que le hacía señas con el brazo. Junto a él se encontraba otra persona que el fraile no alcanzaba a reconocer. –¡Ambrosio, qué gusto me da verte! –le dijo su amigo, a la vez que se daban un fuerte abrazo. Pero justo antes de que el fraile franciscano y su amigo comenzaran a conversar, el hombre desconocido que se encontraba con ellos preguntó con tono de desaprobación: –¿No me diga que usted trae a esta vieja bebedora y pulgienta en su caballo? ¿Cómo le puede dedicar su atención a este ser tan despreciable que no vale nada?

Antes de que el fraile franciscano, que estaba desconcertado ante la pregunta del extranjero, dijera algo, su amigo los presentó:

–Ambrosio, te presento a Nietzsche, que es un gran filósofo. Nietzsche, te presento a Ambrosio, un fraile franciscano.

Inmediatamente después de la rápida presentación, Nietzsche continuó con su interrogatorio:

–¿Cómo es que usted pudo haber recogido a esta vieja borracha y perezosa de la orilla del camino? ¿No cree que dedicarle su tiempo y su atención es una falta absoluta de sentido común?

–No entiendo qué quiere usted decir –le respondió el fraile franciscano a Nietzsche–. Esta viejecilla, como cualquier persona, merece respeto y consideración. Mi religión dice que los hombres nos hemos de amar los unos a los otros. Yo no veo por qué no he de ayudar a esta viejecilla que apenas puede consigo misma.

–Precisamente por eso –respondió Nietzsche–, esta vieja no puede ni consigo misma, pues es débil, perezosa y le gusta beber. Esta viejecilla no ama la vida, no le gusta vivir la vida y se conforma con su propia debilidad. ¿Cómo va usted a amar a alguien que no ama la vida? ¿No es esto echarle flores a los puercos? ¿Por qué desperdiciar su amor en alguien

que no se ama a sí mismo, que no ama la vida y no valora el amor que se le brinda?

–Es que no le podemos poner candados al amor –respondió el fraile franciscano–. Para ser felices, hemos dejar que el amor salga de nuestro corazón, como si fuera una fuente que se derramara por todas partes, alimentando a la tierra.

–Pero si la tierra no es fértil– le respondió a su vez Nietzsche–, de nada vale sembrar en ella. Esta vieja pulgosa es una rama seca que jamás podrá retoñar y dar fruto. Se conforma con su pobreza y su debilidad, no ama la vida y no se ama a sí misma, no es digna del amor de nadie. La felicidad no consiste en amar la pobreza y la debilidad, sino en amar la fuerza y la vida que se vive con alegría.

–No, la felicidad consiste en amar a todo el mundo, sin hacer distinciones– repitió el fraile Ambrosio.

Mientras Nietzsche y el fraile Ambrosio discutían, la viejecilla y el amigo de Ambrosio escuchaban en silencio.

¿Tú a quién le darías la razón? ¿Al fraile franciscano o a Nietzsche? ¿Crees que la felicidad consiste en amar a todo el mundo por igual, o piensas que la felicidad consiste en amar a quien ama la vida y se ama así mismo, de modo que también puede valorar y disfrutar del amor que se le brinda? ¿Estás de

acuerdo con el fraile Ambrosio en que los hombres deben amar a todo el mundo no importando si son fuertes o son débiles, o por el contrario, piensas como Nietzsche y crees que los débiles y los perezosos no merecen ser amados, pues tampoco ellos aman la vida y se conforman con su propia pereza y su propia debilidad? ¿Estás de acuerdo con Nietzsche en que quien ama debe amar la vida y la alegría, dejando a un lado la debilidad y la pereza?

De pronto, el fraile franciscano le dijo a Nietzsche: –El cristianismo, mi religión, dice que los hombres nos tenemos que amar los unos a los otros para construir el reino del amor de Dios en la Tierra. Es amándonos los unos a los otros que los hombres dejaremos el sufrimiento, la enfermedad y la pobreza y podremos gozar del amor de Dios.

–¡El cristianismo se equivoca! –exclamó Nietzsche–. El cristianismo es una religión para esclavos, para aquellos que en lugar de vivir la vida y gozar de la alegría, compadecen a los pobres, a los enfermos y a los débiles, y se conforman con su miseria. La compasión no es un sentimiento que haga al hombre fuerte.

–De ninguna manera– respondió el fraile Ambrosio–, la esclavitud consiste más bien en no abrir el corazón y ser víctimas del egoísmo, del egoísmo que

no permite amar a todos los hombres por igual. La compasión surge cuando el hombre vive la vida con el corazón. El cristianismo es una religión de vida.

–¡Por supuesto que no!– dijo Nietzsche–. El cristianismo no es una religión de hombres libres que aman la vida, la alegría y la salud, sino una religión de esclavos que se envenenan a sí mismos al compadecer a los débiles, a los que no quieren vivir, como a esta vieja pulgosa y alcohólica que no sabe hacer nada.

–¡El cristianismo no es una religión de esclavos! –afirmó el fraile franciscano vehementemente–. Justamente la libertad consiste en vencer al propio egosímo y la propia vanidad, para poder amar a los pobres y a los que nada tienen. ¿Quién es más libre y más fuerte que aquel que puede vencer el egosímo y la vanidad y puede abrir su corazón para amar al mundo entero?

–Es que eso que tú llamas libertad y fuerza no es más que miedo y pereza. Quien es verdaderamente fuerte y libre es el superhombre, el hombre que no teme a vivir la vida, ser sano y próspero. El superhombre es un danzarín alegre que no pierde su tiempo en compadecer a los que se conforman con su propia miseria.

–¡Por supuesto que no!– respondió el fraile francis-

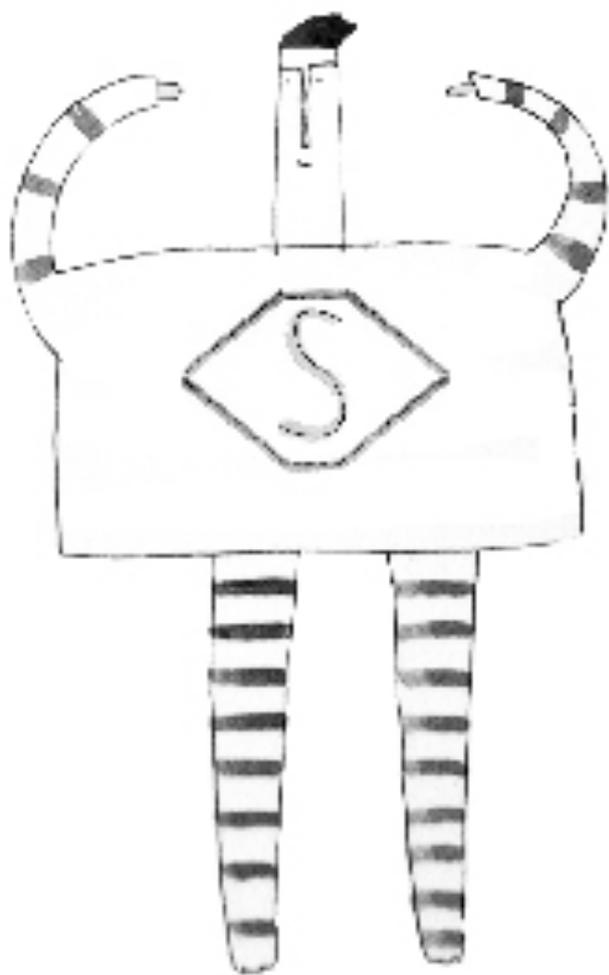
cano—, la alegría no consiste sólo en disfrutar de la propia fuerza y la propia vitalidad, sino en abrir el corazón para que el amor de Dios llegue a todos los hombres.

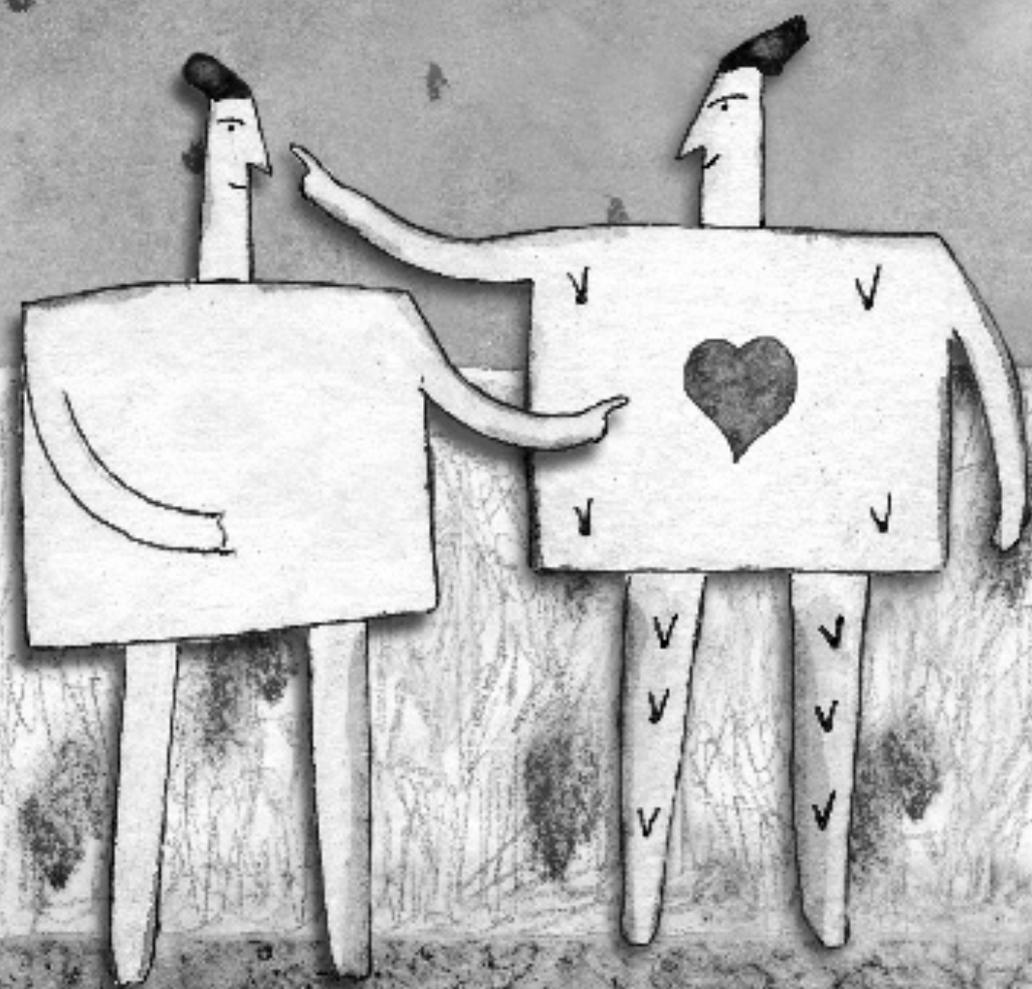
El fraile Ambrosio y Nietzsche siguieron discutiendo sin ponerse de acuerdo.

¿Tú de qué lado estás? ¿Del lado del fraile Ambrosio o de Nietzsche? ¿Piensas como Nietzsche que el cristianismo es una religión de esclavos, pues invita a los hombres a compadecer al débil y al que no tiene nada, en lugar de llamarlos a vivir la vida y ser fuertes y poderosos? ¿O más bien estás del lado del fraile franciscano y piensas que el cristianismo es una religión de vida y libertad, pues cuando se practica la compasión se vence al propio egoísmo y se abre el corazón para que el amor de Dios pueda llegar a todos los hombres?

Nietzsche y el fraile franciscano continuaron discutiendo todavía un rato más sin lograr ponerse de acuerdo. Los argumentos iban y venían y ninguno cedía. De pronto, Nietzsche y Ambrosio, junto con el amigo de este último, se dieron cuenta de que tenían mucha hambre. Entonces fueron a casa donde les tenían lista la comida. La viejecilla, que aún estaba con ellos y había guardado silencio durante toda la discusión, también fue invitada al ban-

quete. Por consideración a los anfitriones y al recién llegado, a Nietzsche no le quedó más remedio que aceptar su compañía.





# Platón y Kant.

## La esencia de las cosas

Un día un estudioso de la filosofía de Platón se encontraba de viaje por Alemania. Hacía mucho frío, viento y comenzaba a llover. Por lo que decidió entrar a un merendero para tomar algo caliente. Su sorpresa fue muy grande al entrar al merendero, pues los comensales escuchaban en silencio ni más ni menos que al señor Kant, uno de los filósofos más importantes no sólo de Alemania, sino de toda Europa y el mundo entero. Kant era muy querido en la ciudad, pues era muy cortés y muy trabajador. Tenía una vida sumamente ordenada. Todos los días se le veía pasar por el pan a la misma hora. Después se le veía ir a un estudio que tenía en el centro de la ciudad, donde pasaba el resto del día trabajando, hasta que puntualmente a las 8 de la noche, regresaba a su casa para descansar. En realidad era una excepción que Kant ese día se encontrara en el merendero. Necesitaba un descanso a su arduo trabajo, y no le venía mal distraerse un poco

con algunos lugareños. Uno de los comensales ahí reunidos le dijo al filósofo:

–Señor Kant, díganos de qué trata su filosofía. Estamos muy interesados en ello. Es un honor para nosotros que usted viva aquí en esta ciudad y queremos saber sobre qué versan sus investigaciones.

Kant, con la sencillez y el buen trato que lo caracterizaba, respondió:

–He tratado de investigar hasta dónde llega el conocimiento humano.

–¿A qué se refiere usted con “investigar hasta dónde llega el conocimiento humano”?– preguntó un comensal, que quería tener muy clara la labor filosófica que realizaba el señor Kant.

–Mire usted– le dijo éste, –una hormiga, por ejemplo, no puede conocer más que lo que tiene que ver con su alimentación. Ella sólo puede distinguir el cuerpo de los pequeños insectos que devora o las hojas de los árboles que son su alimento. Pero ella en ningún momento sabe que está devorando insectos o que está comiendo hojas de árboles. Su conocimiento es, digamos, muy limitado. De igual manera un perro, por ejemplo, puede reconocer y entender las órdenes que le da su amo. Pero como la hormiga, tampoco es capaz de explicar lo que es una orden y mucho menos negarse a cumplirla. Los perros tienen, como las hor-

migas, un conocimiento muy limitado. Ahora bien, aquí viene la parte interesante de mi filosofía. Los humanos, aunque somos muy inteligentes, también tenemos un conocimiento limitado. Podemos conocer lo que nos dicen las ciencias, sobre todo lo que nos dice la física y la matemática, pero no podemos conocer la esencia del mundo. La esencia del mundo está más allá del alcance de la razón, pues la razón misma sólo puede conocer lo que puede medir y comparar. Por ejemplo, las ciencias pueden medir el tiempo que tarda una carreta para trasladarse de un pueblo a otro si se conoce la distancia entre los pueblos y la velocidad de la carreta. Las ciencias pueden conocer el tamaño de un terreno si se conocen las medidas y la forma de la cerca que lo separa de otros terrenos. ¿Pero es posible medir y comparar los misterios de nuestra alma inmortal? ¿Es posible medir y comparar el milagro de la libertad humana y la existencia de Dios? ¡Claro que no! Lo único que el hombre es capaz de conocer con certeza es aquello que con ayuda de las matemáticas y la física puede medir y comparar, pero de ninguna manera cosas que no tienen tamaño ni forma, como nuestra alma libre e inmortal y la existencia de Dios.

En ese momento, sin que nadie lo esperara, el viajero seguidor de la filosofía de Platón, le dijo a Kant:  
–Señor Kant, para mí es un honor escuchar de usted

en persona su filosofía. Ésta ha recorrido el mundo entero. Permítame presentarme. Soy lo que podríamos decir, un filósofo neoplatónico, un seguidor de la filosofía de Platón. Tengo una pregunta que hacerle, pues me preocupa que usted diga que los hombres no podemos conocer la esencia del mundo ni nada que no sea medible y comparable, como el alma de los hombres, su libertad y la existencia de Dios. Estoy de acuerdo con usted en que no podemos medir la libertad de los hombres, ni la podemos pesar como las manzanas, ni tampoco medir la forma del alma inmortal o la existencia de Dios, como cuando medimos un terreno. Pero de algún modo tenemos que tener conocimiento de nuestra alma y de nuestra libertad, pues, si no fuera así, ¿cómo podríamos confiar en que los hombres tendrán la fuerza y la capacidad de hacer el bien, cuando deben de hacer el bien, y de dejar de hacer el mal, cuando deben dejar de hacerlo? Si no pudiéramos estar seguros de que somos libres, ¿valdría la pena decirle a los hombres lo que está bien y lo que está mal?

Kant estaba visiblemente desconcertado. Efectivamente le habían hecho una pregunta que jamás se había planteado. Estaba totalmente convencido de que la razón sólo puede conocer lo que puede medir y comparar. Las ciencias como la matemática y la física

no podían conocer con certeza la esencia del mundo, ni nada que no fuera medible y comparable, como lo es efectivamente la libertad del hombre, su alma inmortal o la existencia de Dios. Y sin embargo, si no era posible conocer justamente el alma libre de los hombres, ¿valdría la pena decirles lo que era el bien y lo que era el mal? Si no se sabía con certeza que los hombres son capaces de escoger el bien y rechazar el mal, ¿para qué invitarlos a comportarse correctamente?

Tras reflexionar unos instantes, Kant le respondió al filósofo neoplatónico:

–Señor, los hombres, para actuar conforme al bien, tienen que acatar las leyes de la justicia y la virtud que les dicta la razón. Por ejemplo, “no hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti”. Estas leyes son universales, valen para todos los hombres, y éstos, para hacer el bien, las deben de seguir al pie de la letra.

–Estoy de acuerdo con usted– le dijo el filósofo neoplatónico–. Pero no ha respondido a mi pregunta. Si no podemos estar completamente seguros de que el hombre tiene un alma libre, pues no podemos medir y comparar su forma como si fueran manzanas, ¿vale la pena que tratemos de enseñarle las leyes de la justicia y la virtud, por más razonables y universales que éstas sean?

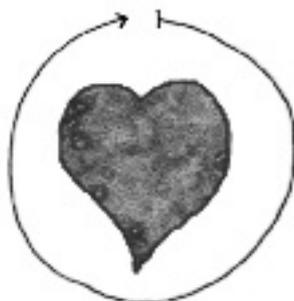
–¡Es que no hay manera de conocer la libertad y el alma humanas!– respondió Kant un tanto contrariado, pues a la vez que estaba convencido de que la razón no puede conocer la esencia del mundo, ni nada que no sea medible y comparable precisamente como el alma humana, la libertad y la existencia de Dios, entendía que si no estaba seguro de que el hombre era libre, tampoco valía la pena crear leyes para todos los hombres, por más razonables y universales que éstas fueran.

¿Tú estás de acuerdo con Kant? ¿Crees que no podemos conocer la esencia del mundo? ¿Piensas como él en que no podemos conocer más que lo que podemos medir y comparar, como las manzanas o el tamaño de un terreno, y que por ello no podemos conocer la forma del alma humana ni demostrar la existencia de su libertad, ni la existencia de Dios? ¿Crees como Kant que para que los hombres hagan el bien basta con crear leyes razonables y que resulten buenas para todos como “no hagas a los demás lo que no quieres que éstos te hagan a ti”? ¿O más bien estás de acuerdo con el filósofo neoplatónico? ¿Piensas que si no estamos seguros de que el hombre es libre, no vale la pena crear leyes de lo que es el bien y lo que es el mal? ¿Piensas que si no estamos seguros de que el hombre es libre, decirle lo que es el bien y lo

que es el mal, equivaldría a hablarle a un robot o a una máquina que puede cumplir órdenes pero que no puede hacer nada por cuenta propia?

En ese momento el filósofo neoplatónico le dijo a Kant:

–Señor Kant, estoy de acuerdo con usted en que la razón no puede conocer más que lo que se puede medir y comparar. Podemos saber por ejemplo, cuántos ladrillos necesitamos para construir una pared, siempre y cuando sepamos cuánto mide la pared y de qué tamaño son los ladrillos. Podemos saber cuánto tiempo tardará un caminante de un pueblo a otro, siempre y cuando sepamos la distancia entre estos pueblos y la velocidad que lleva el caminante. Estoy de acuerdo en que la razón no puede medir la inmortalidad del alma, el misterio de la libertad humana, ni la existencia de Dios. Ahora bien, ¿no habrá otra manera de conocer, además de la razón, que nos pueda conducir al alma



de los hombres y a su libertad? ¿No podemos encontrar otra forma de conocimiento por la cual estemos seguros de que los hombres tienen un alma libre, de modo que valga la pena decirles lo que es el bien y lo que es el mal?

–¿A qué se refiere usted?– le preguntó Kant al filósofo neoplatónico con mirada perpleja–. ¿Acaso usted piensa que además de la razón, el hombre tiene una forma de conocimiento que le brinda la seguridad de que el alma del hombre es libre? ¿Qué clase de conocimiento es éste? ¿Qué conocimiento es éste que sin medir ni comparar, nos puede brindar la esencia del mundo y el conocimiento de Dios?

–Cuando usted experimenta su libertad, directamente, –le dijo el filósofo neoplatónico a Kant– sin necesidad de medir y comparar, ¿no está usted absolutamente seguro de que es libre? Por ejemplo, cuando usted con entusiasmo y disciplina decide trabajar y llevar adelante sus investigaciones filosóficas, ¿no se siente libre, pues por usted mismo hace lo que usted quiere hacer? Cuando usted es dueño de usted mismo y de lo que usted quiere hacer, ya sea trabajar, ir de vacaciones o salir de paseo, ¿no experimenta efectivamente que es libre? Cuando usted crea su carácter, como una obra de arte, y siente la grandeza y la belleza de la vida misma en su corazón, ¿no experimenta directamente, como

en una visión, su propia libertad y la existencia de Dios? La libertad se vive cuando los hombres son dueños de sí mismos y descubren su belleza interior –le dijo el filósofo neoplatónico a Kant–. En ese sentido agregó: –¿no podemos afirmar que usted conoce directamente su propia libertad, sin necesidad de medir y comparar la forma de ésta, como si fuera su propio rostro cuando lo mira en el espejo?

Kant no sabía qué responderle al filósofo neoplatónico. En principio estaba de acuerdo con él en que se podía experimentar de manera directa la libertad. ¡Claro que se sentía libre cuando salía a trabajar puntualmente todas las mañanas a la misma hora! ¡Por supuesto que él construía su vida como si fuera una obra de arte! ¡Por supuesto que la belleza de la vida despertaba en él la confianza en la existencia de Dios! Y sin embargo, no estaba del todo convencido que un conocimiento que no supusiera escuadra y compás fuera un conocimiento cierto. No estaba seguro de que un conocimiento que no midiera y comparara fuese un conocimiento en el cual pudiera confiar. Kant le preguntó al filósofo neoplatónico:

–Señor, dígame usted, ¿cómo se llama ese conocimiento directo que puede conocer sin medir ni comparar y que puede conocer la libertad y la esencia del mundo?  
–Intuición –le respondió el filósofo neoplatónico.

–Intuición –repitió Kant no sin un dejo de reserva–. Esa palabra no me gusta –añadió–. Es una palabra que usan las brujas supersticiosas, los magos y los adivinos. No creo en la superstición. Sólo creo en la ciencia. El hombre sólo puede conocer lo que nos dicen la geometría y la aritmética, sólo puede conocer lo que nos dice la razón. La intuición es pura superstición.

–Pero sin la intuición no podemos conocer la libertad humana, y si no conocemos la libertad humana no podemos decirle al hombre lo que es el bien y lo que es el mal –respondió el filósofo neoplatónico–. A la libertad, como a nuestra alma inmortal y a la existencia de Dios, no las podemos medir y comparar. Directamente, gracias a la intuición, es que las podemos conocer.

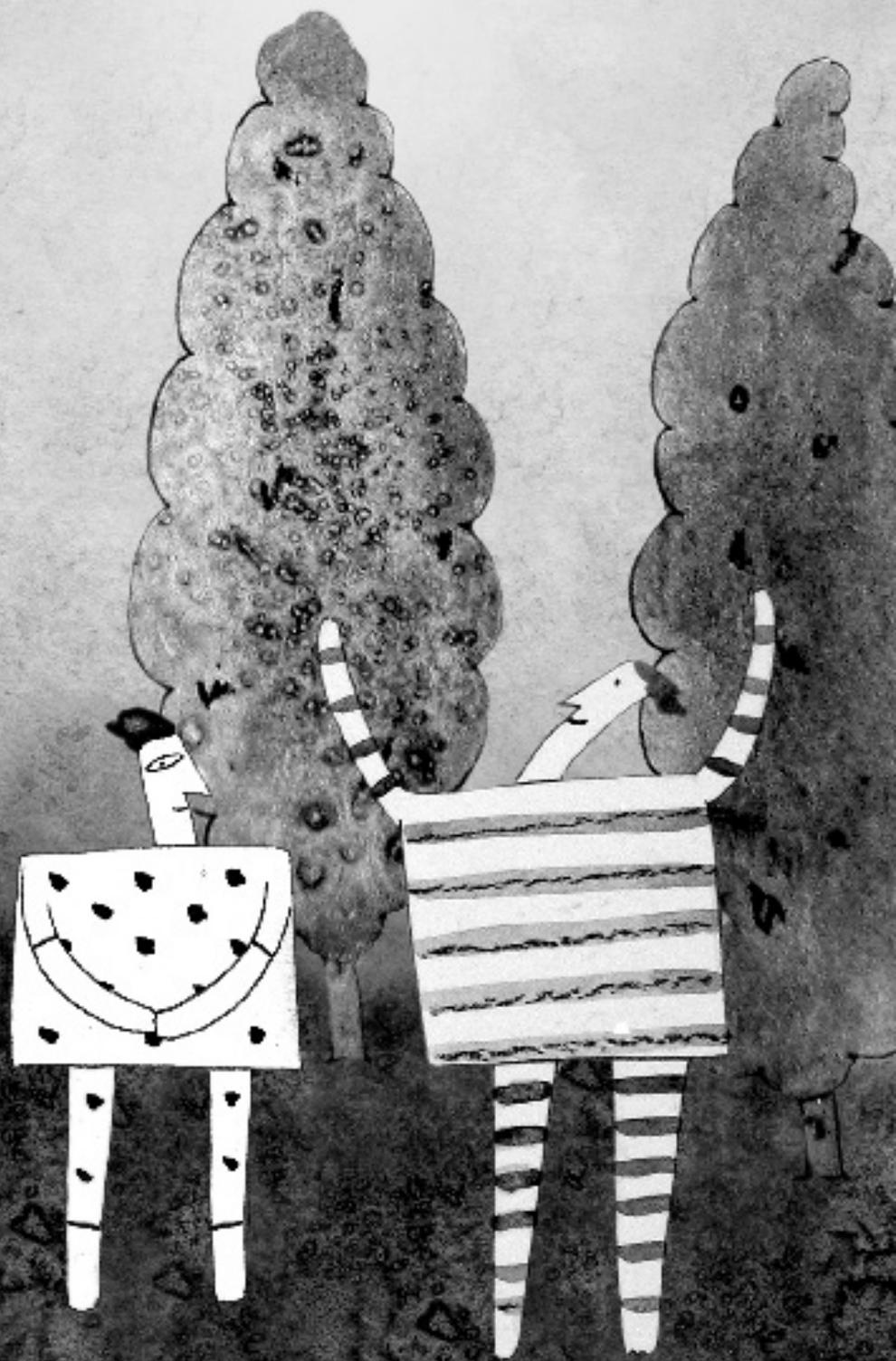
Kant miraba al filósofo neoplatónico y una luz de duda brillaba en sus ojos. ¿Tú con quién estás de acuerdo? ¿Con Kant o con el filósofo neoplatónico? ¿Piensas que el único conocimiento verdadero es la razón, que conoce sólo lo que puede medir y comparar, o piensas más bien que existe un conocimiento intuitivo que es capaz de dar cuenta de la libertad, de la forma del alma y de la existencia de Dios, de cosas que no se pueden medir y comparar?

Los comensales guardaban silencio, nadie sabía qué decir. Todos admiraban y respetaban al señor Kant y sin embargo reconocían que el filósofo neoplatónico

había dado muy buenos argumentos que rebatían su doctrina. El mismo Kant reflexionaba detenidamente sobre los argumentos que le había dado el filósofo neoplatónico, hasta que, de pronto, presa de un súbito entusiasmo, afirmó un poco para sí mismo, un poco para los ahí reunidos:

—¡Señores, tengo que meditar detenidamente sobre los argumentos que el filósofo neoplatónico acaba de brindarnos! Quizá mi teoría está incompleta. Evidentemente con la razón no podemos conocer la esencia del mundo, a Dios ni a la libertad humana. Pero quizá la intuición, a través de las experiencias de lo bello y lo sublime, a través del arte, a través también de la experiencia de la grandeza y la belleza del universo y de la vida, nos pueda brindar el conocimiento de esa esencia, de Dios mismo y de la libertad humana. Tengo que reflexionarlo detenidamente.

Inmediatamente después de decir estas palabras, como si estuviera poseído por un espíritu que no le permitía pensar en otra cosa, se levantó, se despidió cortésmente de todo el mundo, incluido el filósofo neoplatónico, y se dirigió a su estudio a trabajar.



# Spinoza y el alumno de Descartes

Spinoza caminaba por un sendero que descendía de una montaña. Desde ese sendero se podía contemplar una pequeña ciudad rodeada de un espeso bosque de pinos. Spinoza se sentía bien. El aire limpio le refrescaba la cara. Llevaba varios meses trabajando en la redacción de su último libro y estaba contento pues todo marchaba correctamente. Esa caminata era un merecido paseo y sentía cómo el bosque, el sol y el aire reían alegres en su corazón. Justo al comenzar a bajar por una suave pendiente flanqueada por altos pinos, se encontró con un joven que estaba sentado debajo de un árbol leyendo un libro. Cuando el joven alzó la cabeza para mirar a Spinoza, le dijo: –Señor, estoy muy confundido. Sé que usted tal vez no pueda resolver mis dudas, pero al menos, si alguien me escucha, algo podré sacar en claro. Fíjese bien, vengo de muy lejos a pasar unos días con mi familia, soy un estudiante de filosofía de

la Universidad de París. Existe una seria disputa entre los profesores de la universidad.

“Están aquellos que apoyan la filosofía de Sto. Tomás y aquellos que apoyan la de Descartes. Mientras que los primeros dicen que la verdad consiste en saber qué lugar ocupan los seres en la jerarquía que va de Dios, los ángeles, los hombres y los animales; los segundos dicen que la verdad es producto únicamente de aquello que podemos medir y comparar. Mientras que los seguidores de Sto. Tomás piensan que la verdad consiste en estudiar el orden que Dios le ha dado al mundo, los seguidores de Descartes opinan que conocer lo que nos dicen las matemáticas es suficiente para saber lo que es la verdad. No sé quién tiene la razón, si los seguidores de Sto. Tomás o los seguidores de Descartes”.

Spinoza escuchaba al joven estudiante de filosofía y al mismo tiempo contemplaba la expresión de sus ojos claros y brillantes. Sin duda sus palabras eran sinceras y tenía serias dudas respecto de cuál de las filosofías que había mencionado podía decirle en qué consistía la verdad.

–¿Qué es la verdad? –dijo Spinoza para sí y a la vez respondiéndole al joven estudiante.

–Ese es justo mi problema– le respondió el joven estudiante a Spinoza, entusiasmado porque éste mostraba

interés en su conversación—. No sé qué es la verdad. Los profesores discuten entre sí, exponen cuidadosamente a Sto. Tomás o a Descartes, pero no logran ponerse de acuerdo sobre lo que es la verdad.

—Yo tengo algunas ideas al respecto —respondió Spinoza—, pero no sé si las querrás tomar en cuenta, pues yo no doy clases en ninguna universidad.

—Le escucho —respondió el estudiante de la Universidad de París.

—Mira, yo creo que es verdad todo aquello que al ser conocido te hace más fuerte, te hace vivir la vida. El conocimiento que te hace sentirte vivo, es el conocimiento verdadero.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó el joven estudiante a Spinoza.

—Mira —le respondió—, cuando camino por este sendero y siento la vida y la fuerza de los árboles y el sol, el conocimiento que tengo de éstos es un conocimiento verdadero, porque me ayudan a sentirme fuerte y vivo como ellos. O por ejemplo, cuando me consagro a mi trabajo de escritor, el trabajo mismo me da fuerza y vida, de modo que en el trabajo encuentro una verdad que me hace sentirme poderoso.

—Pero ¿a qué se refiere?— le preguntó el estudiante universitario—. ¿Puede conocer la verdad sin necesidad de estudiar a Sto. Tomás o a Descartes? ¿Puede con-

ocer la verdad sin conocer la jerarquía que va de Dios a los ángeles, a los hombres, a los animales y a las plantas? ¿Puede conocer la verdad sin saber matemáticas? –No me has entendido– le respondió Spinoza al joven estudiante–. Sto. Tomás es un filósofo que nunca me ha gustado. Pero si estudiar a Sto. Tomás te hace sentirte vivo y fuerte, entonces en Sto. Tomás podrás encontrar una verdad. A Descartes, por el contrario, le tengo una gran admiración. ¡Las matemáticas y la geometría son pura vida! ¡Qué mejor manera de mantener el alma viva y activa que estudiando matemáticas! No importa si estudiamos unas cosas u otras, como si vemos un paisaje u otro, lo importante es que las verdades que estudiemos nos den vida y nos hagan sentirnos fuertes y alegres.

–Entonces da igual lo que estudiemos –dijo el joven estudiante.

–¡Claro que no! –respondió tajantemente Spinoza–. No todos los senderos en el bosque son iguales. Hay algunos empinados, lodosos y llenos de zarzas puntiagudas que no llevan a ningún lado, mientras hay otros llanos, secos y flanqueados por bellas flores con deliciosos aromas...

–¿Qué quiere decir?– preguntó nuevamente el estudiante parisino.

–La verdad nos hace alegres. La vida es alegría. Cuando

estudias a un filósofo, cuando miras un paisaje, sabes si es verdadero cuando le da alegría a tu corazón.

–Pero Sto. Tomás nos dice que conocemos la verdad cuando conocemos la jerarquía o el orden que va de Dios a las plantas, pasando por los ángeles, los hombres y los animales... Descartes nos dice que la verdad consiste en pensar siguiendo el camino de las matemáticas...

–Pensar que los hombres estamos por debajo de los ángeles o que los campesinos están por debajo de los reyes, ¿te da alegría y felicidad?– le preguntó Spinoza al joven adoptando un tono grave–. No lo creo –añadió bajando la voz. Después le dijo mirándolo de frente y recobrando una expresión luminosa y amigable–: A Descartes le tengo una gran admiración, pues las matemáticas son una fiesta, razonar correctamente es una de las grandes alegrías del alma.

El joven estudiante guardaba silencio ante lo que le decía Spinoza.

¿Estás de acuerdo con Spinoza? ¿Te parece que encontramos la verdad cuando descubrimos lo que nos da alegría y felicidad? ¿Crees que la alegría se encuentra siempre detrás de la verdad? ¿Estás de acuerdo con Spinoza en que la vida y la alegría son los caminos en los que se encuentra la verdad?

¿Te parece correcto juzgar una filosofía como la

de Sto. Tomás o cualquier otra, al señalar que no es fuente de vida y alegría?

Después de guardar silencio unos instantes, el joven filósofo le preguntó a Spinoza:

–¿Pero en esta filosofía suya dónde queda Dios? Sto. Tomás es muy claro al decir que Dios está en la cúspide de la pirámide que va de Él mismo a los ángeles, los hombres, los animales y las plantas. Si Dios no estuviese por fuera del universo, abrazándolo como la bóveda de una gran catedral, el mundo sería un gran desorden y un gran caos, y los hombres no podríamos conocer nada con certeza. Si el mundo no estuviera ordenado por grados, todo sería un desbarajuste y no habría manera de encontrar la verdad.

–Es que Dios es la vida– le respondió Spinoza al joven estudiante–. Dios se encuentra en todas partes, en la montaña, en un pájaro o en una mariposa. Dios no está por fuera del mundo o en la cúspide de alguna jerarquía. Dios es el mundo mismo.

–Pero si Dios es el mundo mismo, yo soy Dios –respondió el estudiante un tanto sorprendido.

–Exactamente –respondió Spinoza–, cuando descubres la alegría de estar vivo, eres Dios que nace en tu corazón. Eres Dios cuando vives la vida y la alegría, pues Dios es vida y alegría que bailan y festejan la vida en tu propio cuerpo y tu propia alma.

El joven estudiante volvió a guardar silencio. Entonces él y Spinoza contemplaron la pequeña ciudad que descansaba a lo lejos en el valle y miraron las nubes que flotaban en el cielo.

–¿Ves esas nubes? –le dijo Spinoza al muchacho–. ¿No te parece que bailan y festejan la vida de Dios? Contemplarlas me da alegría y esa alegría hace nacer a la verdad y a Dios en mi corazón.

–¿Pero qué hay de la Iglesia, el papa y los obispos? –respondió el joven estudiante cambiando súbita-



mente de tono. Se encontraba muy excitado, como si hubiera descubierto un tesoro—. ¡Ellos jamás aceptarán que Dios se encuentra en todas partes y que cualquier hombre puede ser Dios! ¡La Iglesia, el papa y los obispos estudian la filosofía de Sto. Tomás y ellos dicen saber en qué consiste el orden del mundo y la verdad! —¡Por supuesto que no! —respondió Spinoza—. El orden del mundo no lo conoce ni la Iglesia, ni el papa ni los obispos que no conocen la alegría, pues son esclavos de la avaricia y sólo quieren cobrar el diezmo a los pobres. Te repito: el orden del mundo y la verdad, los conoce cada hombre al descubrir a Dios en su corazón.

El joven estudiante y Spinoza volvieron a guardar silencio.

¿Estás de acuerdo con Spinoza? ¿Piensas que Dios está en todas partes? ¿Piensas que el hombre puede conocer la verdad, sin la necesidad de la Iglesia o el papa? ¿Crees que alguien que no conoce la alegría no puede conocer a Dios, como los obispos y los papas que según Spinoza son esclavos de la avaricia? ¿Estás de acuerdo con él en que, como Dios está en todos lados, cada hombre, al vivir la vida con alegría, puede conocer a Dios?

¿A quién le darías la razón? ¿A Sto. Tomás o a Spinoza? ¿Piensas como el primero que Dios está hasta arriba de las plantas, los animales, los hombres y los

ángeles, y que al conocer ese orden es que se puede conocer la verdad? ¿O más bien opinas con Spinoza en que como Dios está en todos lados, la verdad consiste tan sólo en vivir la vida y la felicidad que hacen nacer a Dios en el corazón de los hombres? ¿Piensas como Descartes en que la verdad se encuentra tan sólo en lo que podemos medir y comparar, o piensas que los hombres pueden encontrar la verdad en cualquier cosa que los haga experimentar alegría y felicidad, como un bello aterdacer?

Entonces Spinoza le preguntó al joven estudiante:  
–¿Ahora entiendes por qué yo no enseño en ninguna universidad? En las universidades los profesores apoyan a uno o a otro filósofo, pero no se atreven a pensar por cuenta propia. La alegría, la vida, el Dios que hay en cada hombre, nacen cuando el hombre mismo se atreve a pensar por cuenta propia. Los profesores defienden a Sto. Tomás, a San Agustín, a Descartes, a Aristóteles o a Platón, sólo para ganar un puesto, asegurar su trabajo y combatir a otros profesores y ser famosos, pero jamás con el afán de buscar la verdad. La verdad es la alegría que se experimenta al vivir la vida. La verdad es la alegría que se experimenta por atreverse a vivir la alegría y la felicidad, y no por repetir lo que nos dicen en alguna escuela. No creo que los profesores de la universidad sean felices,

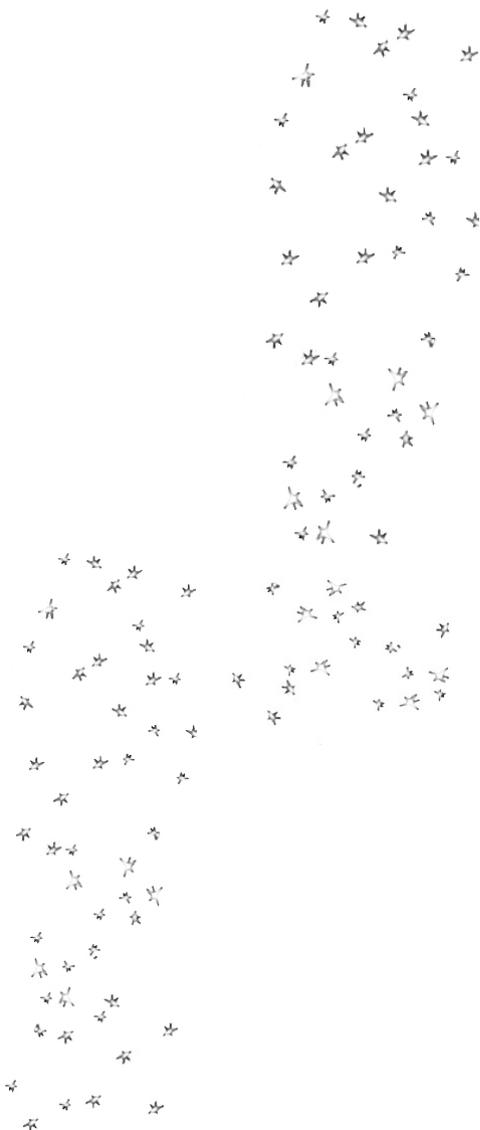
pues son esclavos de sus deseos de fama y poder. La verdad consiste en la alegría que nace al ser dueños de nosotros mismos, al pensar por cuenta propia, al hacer nacer a Dios en tu propia vida y tu propio corazón.

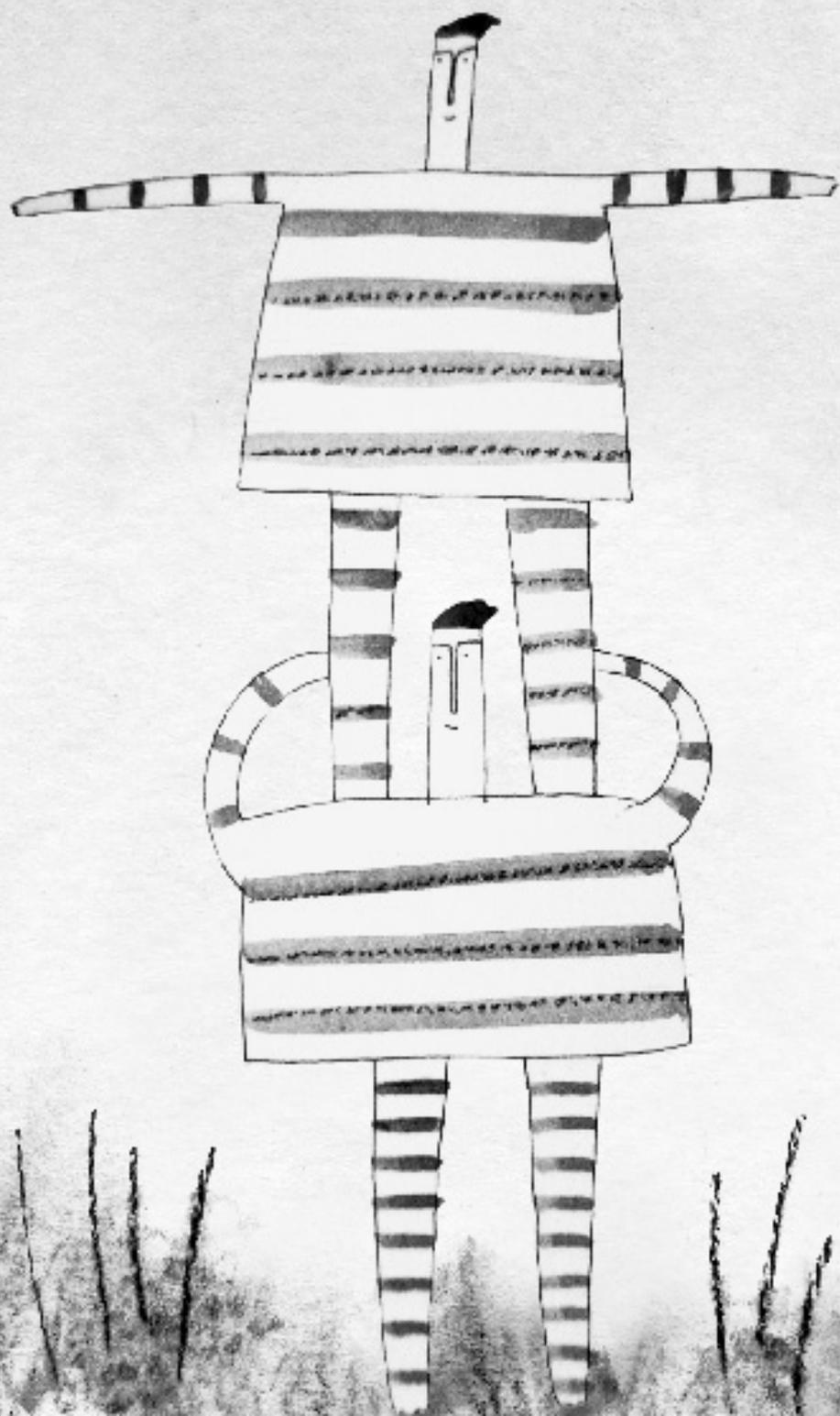
Spinoza y el joven estudiante guardaron silencio nuevamente. Esta vez su silencio expresaba un profundo entendimiento. Se miraron fijamente a los ojos, mientras Spinoza le hacía un guiño de complicidad. Entonces Spinoza se levantó de la piedra en la que se había sentado y continuó su camino. El joven estudiante nunca lo volvió a ver, pero quedó sorprendido por lo que éste le había dicho: "La verdad consiste en la alegría que nace al ser dueños de nosotros mismos, al pensar por cuenta propia, al hacer nacer a Dios en tu propia vida y tu propio corazón".

¿Estás de acuerdo con Spinoza? ¿Piensas que los hombres pueden ser felices y conocer la verdad cuando piensan por cuenta propia, aunque no conozcan la filosofía de Sto. Tomás, de Descartes o de cualquier otro filósofo, aunque nunca hayan ido a la universidad? ¿Piensas que los hombres pueden hacer nacer a Dios en su propia vida si son esclavos de sus ansias de fama y poder y no se atreven a vivir la vida con alegría y pensar por cuenta propia?

¿Crees que es importante pensar por cuenta propia?

¿Por qué?





# Marx y la justicia

**M**arx se encontraba sentado una mañana de invierno frente a una fábrica de ropa. Sonaban los silbatos, eran las seis en punto, y los obreros, todos bien uniformados, hacían largas filas para entrar a trabajar. Más tarde, cuando ya no hacía tanto frío, Marx vió al dueño de la fábrica que llegaba en su coche último modelo y entraba a la fábrica por una puerta especial sólo para él. Hacía unas semanas, los obreros habían estado en huelga, exigiendo mejores salarios y vacaciones en navidad, y por ello la fábrica había estado cerrada. Pero la policía, por órdenes del alcalde del pueblo, que era amigo del dueño de la fábrica, se llevó a algunos obreros a la cárcel, abrió la fábrica a la fuerza, de modo que los obreros volvieron a trabajar.

Marx había estado fuera de la ciudad y sólo a través de los periódicos había estado al tanto de la huelga y de los problemas entre los obreros y la policía cuando llegó a abrir la fábrica. Ahora estaba sentado frente a ésta y pensaba que quizá la huelga

no había servido de mucho: los obreros entraban con cara larga a trabajar, algunos de sus compañeros estaban en la cárcel y seguían con el mismo sueldo y sin vacaciones en navidad. Entonces Marx decidió dar un paseo por la fábrica. Tal vez podría hablar con el dueño y pedirle su opinión respecto a la huelga.

Marx pidió permiso al guardia que estaba en la entrada. Evidentemente Marx no era un obrero, pues no traía uniforme. Antes de que el guardia dijera algo, Marx le dijo a rajatabla:

–Soy el filósofo Marx y vengo a hablar con el dueño de la fábrica.

El guardia, desconcertado por el altivo tono con el que Marx había hablado y, sobre todo por el título de “filósofo”, lo dejó entrar y le señaló en dónde se encontraban las oficinas del dueño.

Al dirigirse a las oficinas de éste, Marx desvió un poco la ruta, de manera que se dio un buen paseo por las grandes naves en donde estaban las máquinas tejedoras donde trabajaban los obreros. Marx quedó sorprendido: más que talleres donde los obreros produjeran ropa, las naves industriales parecían hormigueros, panales de abeja o una gran máquina gris donde los obreros eran tan sólo engranes. Un gran estruendo producían las máquinas al trabajar y los obreros estaban formados en largos corredores idén-

ticos, no tenían tiempo de levantar la mirada y no podían verse entre sí, pues cada máquina tejedora estaba separada por una mampara. Seguramente para los obreros era muy duro estar encerrados diez o doce horas diarias en esos pequeños compartimentos, con apenas una hora para comer.

Marx pensaba que los obreros habían tenido razón en haber ido a la huelga. Con bajos salarios y sin vacaciones, era muy difícil vivir bien, y más aún si los propios salarios no eran lo suficientemente buenos, no sólo para salir de paseo en navidad, sino para construir casas de buena calidad para que los obreros no pasaran frío en la noches, y para que pudieran mandar a sus hijos a la escuela y al doctor cuando estaban enfermos.

Marx regresó al camino que le había indicado el guardia y se dirigió a las oficinas en las que estaba el dueño de la fábrica. Justo cuando pudo ver las oficinas, su sorpresa fue grande: el jefe estaba en la puerta y lo esperaba con una sonrisa y los brazos abiertos.

–El filósofo Marx –dijo el dueño de la fábrica–, es un honor para esta empresa tenerlo entre nosotros. ¿En qué podemos servirle?

–Bueno, en realidad me gustaría conversar con usted. Estoy escribiendo un libro sobre las relaciones entre los dueños de las fábricas y los obreros, y estoy seguro

que usted me puede brindar algunas ideas que serán muy valiosas para mi trabajo.

–¡Faltaba más! –le dijo el dueño de la fábrica–, pase y tome asiento.

Marx entró a la oficina del dueño de la fábrica. Ésta estaba decorada con elegantes cuadros donde se representaban escenas de caza, tenía alfombras persas y muebles de madera tallada. Antes de sentarse en un sofá tapizado con cueros finísimos, el dueño de la fábrica le ofreció a Marx un puro y una pequeña copa con whisky.

–Muchas gracias –le dijo Marx.

–¿En qué puedo servirle? –le dijo el dueño de la fábrica–, me parece que ahora podemos entrar en materia.

–Verá usted –le respondió Marx–, estoy escribiendo un libro en el que el tema es: “Patrones y obreros: ¿quién debe ser el dueño de las fábricas?”. Usted es dueño de una fábrica. Estoy seguro que me podrá brindar algunas valiosas ideas para responder esta pregunta.

–¡Pero la respuesta es clara! –exclamó aquél–. El patrón, como es mi caso, debe ser el dueño de la fábrica. Él la creó con su esfuerzo y con su dinero. Él la conoce mejor que nadie. Él debe ser el dueño de la misma.

–Pero los obreros trabajan en ella todos los días, ponen un gran empeño en ello. Es más, sin los obreros no sería posible que la fábrica produjese algún artículo, como

zapatos, telas o herramientas. Los trabajadores pasan 10 o 12 horas diarias en la fábrica, quizá sería justo que ellos fueran los dueños de todas las máquinas y las herramientas.

–Lo que sucede es que los obreros no conocen toda la fábrica –le respondió el patrón con cierta condescendencia, para después darle una calada a su puro y exhalar una bocanada de humo. Entonces añadió–: los obreros saben manejar esta o aquella máquina, pero no conocen todo lo que hay que hacer para que ésta pueda producir. Por ejemplo, el guardia de la entrada sólo sabe cuidar la puerta, pero no sabe tejer el hilo, no sabe pintar las telas, no sabe a qué precio se deben vender, no sabe cómo almacenarlas. En fin, sólo sabe cuidar la puerta. Lo mismo sucede con el resto de los obreros. Sólo saben hacer alguna tarea. Pero como yo soy el único que sabe todo lo que hay que hacer para producir y vender las telas, yo debo ser el dueño de la fábrica.

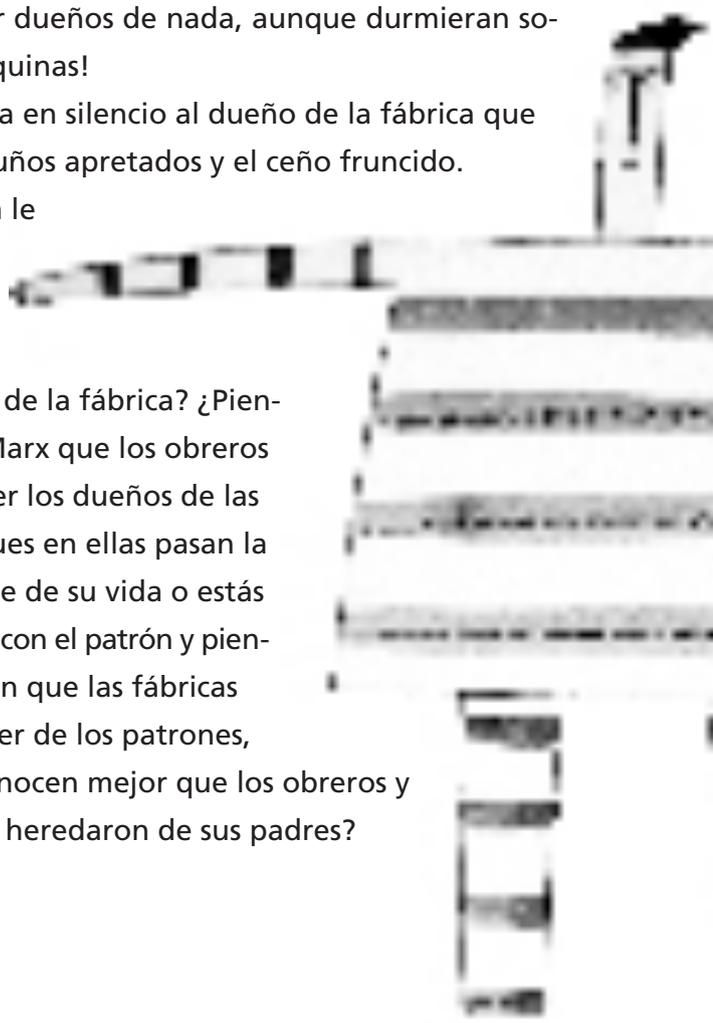
–¡Pero sin los obreros usted no podría producir y vender las telas! –le dijo Marx–. Además los obreros están en la fábrica prácticamente toda su vida. Algunos obreros saben tanto o más que usted sobre los diferentes pasos que hay que seguir para producir y vender telas. ¿No sería justo que los obreros también fueran dueños de las fábricas?

–¡Por supuesto que no! –le respondió el dueño de la fábrica cambiando el tono de su voz. Ya no tenía el tono cortés del inicio de la conversación. Una grave molestia se dejaba sentir en sus palabras. Entonces dijo secamente: –Esta fábrica era de mi padre, y la creó con su trabajo, su ingenio y su dinero. Yo trabajo en ella desde muy joven, la conozco como la palma de mi mano y es mía. ¡Los obreros no tienen por qué ser dueños de nada, aunque durmieran sobre las máquinas!

Marx veía en silencio al dueño de la fábrica que tenía los puños apretados y el ceño fruncido.

¿A quién le darías la razón?

¿A Marx o al dueño de la fábrica? ¿Pien-  
sas como Marx que los obreros deberían ser los dueños de las fábricas, pues en ellas pasan la mayor parte de su vida o estás de acuerdo con el patrón y piensas más bien que las fábricas deben de ser de los patrones, pues las conocen mejor que los obreros y además las heredaron de sus padres?



¿Piensas que los patrones podrían echar a andar las fábricas sin el trabajo de los obreros? ¿Si los patrones no pueden hacer trabajar las fábricas sin su ayuda, entonces los obreros deberían ser también dueños de éstas?

–Pero fíjese usted –le dijo Marx al dueño de la fábrica–, los obreros tienen una vida muy dura, mientras usted vive como un rey. Los obreros, tras pasar 10 o 12 horas diarias en la fábrica, apenas ganan para comer. No pueden mandar a sus hijos a la escuela y además cuando éstos se enferman, no los pueden llevar al doctor. Viven en casas muy pequeñas y

mal construidas en las que les da frío en las noches.

Usted, por el contrario, se

queda con todas las ganancias que resultan de la venta de lo que produce la fábrica.

Llega tarde a trabajar y sale temprano. Tiene una inmensa mansión con muebles finísimos. Puede viajar a otros países. Sus hijos van a una buena escuela donde aprenden varios idiomas y como comen bien, muy rara vez tienen que ir al doctor, que usted puede pagar sin ningún problema.

¿Le parece justo ser usted el dueño de la fábrica, mientras que los obreros, como hormigas, no pueden dejar de trabajar y apenas les alcanza para vivir?

–Es que los obreros siempre han sido pobres. No se dan cuenta de que viven mal. Y como siempre han sido pobres, pues lo seguirán siendo. No hacen nada para dejar de serlo. Los obreros no merecen ser más que obreros, no merecen ser los dueños de las fábricas.

–Pero usted podría ayudarlos a que tuvieran una vida mejor –le respondió Marx–. ¿No le parece injusto de su parte que en lugar de ayudar a los obreros a vivir mejor, por el contrario, contribuya a que sigan viviendo mal?

–Es que los obreros no pueden ser más que obreros y jamás dejarán de serlo. Lo que es justo es que yo sea el dueño de la fábrica. Sería una injusticia que los obreros fueran los dueños de la fábrica, cuando mi padre trabajó toda su vida para echar a andar la fábrica.

Marx se acordaba de San Agustín y pensaba que este hombre sólo se amaba a sí mismo y a sus riquezas. No quería que hubiera justicia entre los hombres, no quería construir el reino del amor de Dios en la Tierra. También se acordaba de Platón, de la filosofía del bien y del mal amor, y pensaba que este hombre amaba más a sus riquezas que a la virtud. Entonces Marx le dijo al dueño de la fábrica:

–Pero por supuesto que los obreros tratan de hacer algo para ser los dueños de la fábrica. Hace no mucho

tiempo organizaron una huelga. Y lo que reclamaban era que ellos deberían ser los dueños de ésta para tener mejores salarios y vacaciones en navidad.

–Esa huelga no la hicieron los obreros, sino algunos revoltosos– le respondió el dueño de la fábrica visiblemente enojado. Después le dijo con un tono áspero: –Sépalos usted, los que organizaron la huelga no están interesados en trabajar, sólo en organizar líos para darme dolores de cabeza.

–Pero claro que están interesados en trabajar –le respondió Marx–. Tan interesados que lo que quieren es trabajar en buenas condiciones y por eso se organizaron en un sindicato para realizar la huelga.

–¡Es que los sindicatos y las huelgas son cosa de vagos y revoltosos!– respondió el patrón francamente molesto–. ¿Cómo puede usted decir que las huelgas son buenas? ¿No se da cuenta de cuánto dinero perdió la empresa cuando empezó la huelga? Si en lugar de huelga se pusieran a trabajar, quizá yo consideraría algún aumento de sueldo...

–Pero es que los obreros tienen derecho a ese aumento de sueldo. Los obreros tienen derecho a ser los dueños de las fábricas para tener un salario justo al repartir las ventas de lo que produce su fábrica –le respondió Marx.

–Vaya –exclamó el patrón en tono irónico–, ahora

resulta que el famoso filósofo Marx está del lado de los obreros.

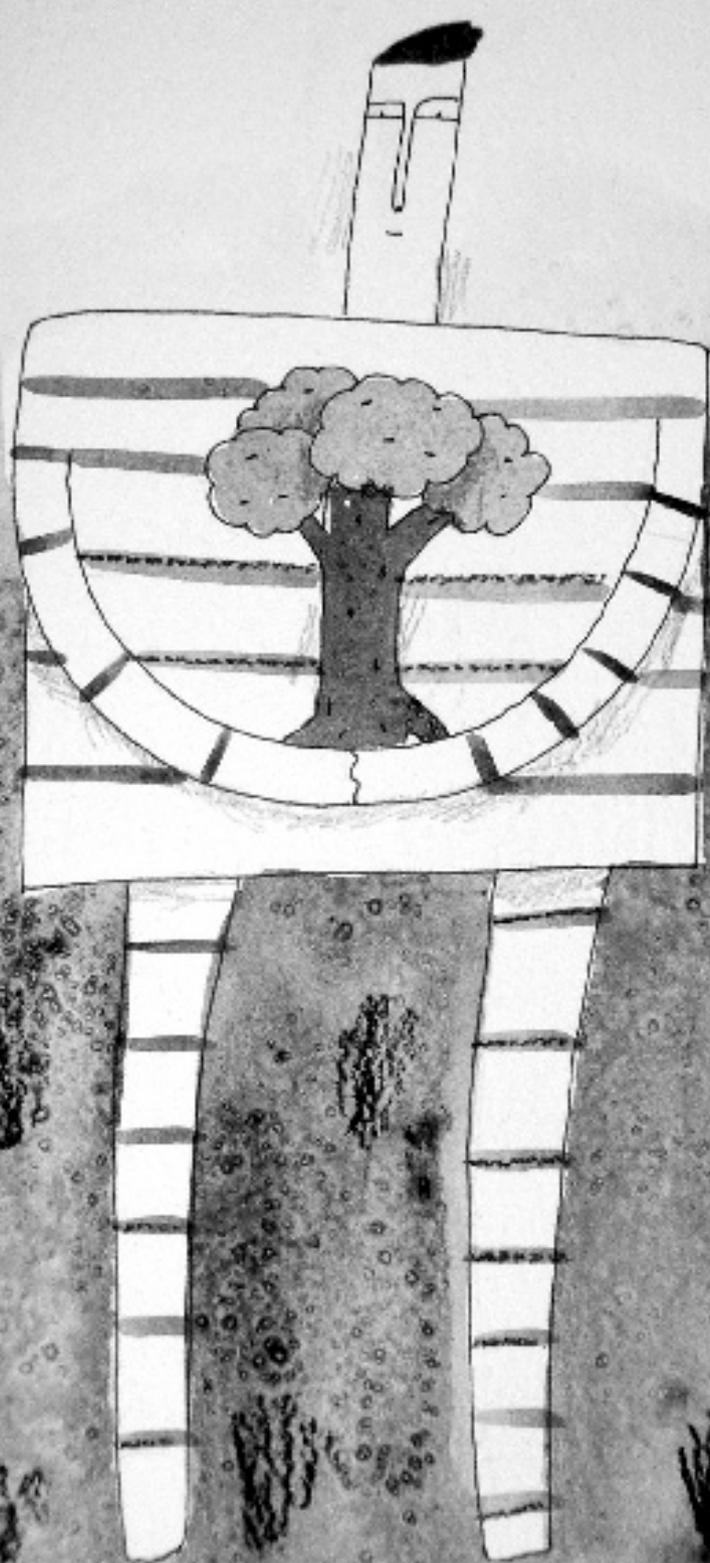
¿Tú a quién le darías la razón? ¿A Marx o al patrón? ¿Crees que los obreros tienen derecho de organizarse en sindicatos para hacer huelgas y reclamar ser los dueños de las fábricas? ¿Piensas que las huelgas y los sindicatos son obra de trabajadores vagos y revoltosos que no quieren trabajar y que no respetan a sus patrones? ¿Crees que si los dueños de las fábricas fueran los obreros, el reino del amor de Dios en la Tierra estaría más cerca de realizarse? ¿Crees que el patrón, al querer más a sus riquezas que a sí mismo, es esclavo de esas riquezas y vive en la caverna del mal amor?

Justo cuando Marx iba a responderle al dueño de la fábrica, se empezaron a escuchar las voces de los obreros que gritaban en voz alta que tenían derecho a organizar una huelga para reclamar mejores condiciones de trabajo. Las voces eran cada vez más numerosas y se acercaban a la oficina en la que estaban Marx y el dueño de la fábrica. En ese momento, el patrón llamó a uno de sus ayudantes y le dijo que fuera a buscar al jefe de la policía, que había algunos revoltosos que querían cerrar la fábrica. El ayudante salió inmediatamente.

Marx y el dueño de la fábrica se vieron a los ojos unos instantes. El segundo bajó la mirada y sin decir

una palabra, se fue a otra habitación. Seguramente prefería encerrarse con llave a esperar la llegada de la policía, que enfrentar él mismo la ira de los obreros que volvían a desatar una huelga. Él y Marx nunca se volvieron a ver.





# Hegel y Foucault.

## La Historia

Un joven estudioso de la filosofía de Hegel tomaba un café en la terraza de un pequeño restaurante parisino desde donde se vía la torre Eiffel. Tomaba su café con calma, hojeaba el periódico y disfrutaba del sol que, después de varios días lluviosos, animaba un bello cielo azul. Como el mismo Hegel en su juventud, el estudiante recién venía regresando de un largo viaje a lo largo del mar Mediterráneo y el norte de Europa, por el que había visitado las construcciones que realizaron los pueblos antiguos. Fue a Egipto, donde vio las enormes pirámides de los faraones y los templos del Dios Rá. Visitó Grecia, donde los antiguos griegos levantaron imponentes templos a Zeus, Dionisios y Afrodita. Fue a Roma donde visitó el Coliseo. Fue a Israel, donde observó el muro de las lamentaciones y las sinagogas que los judíos construyen en honor a Jehová. Visitó Marruecos y el sur de España, donde entró a las mezquitas en las cuales los musulmanes adoran a Alá. También hizo un recorrido por

Francia e Inglaterra donde visitó las enormes catedrales góticas en las cuales los cristianos adoran a Cristo. Sentado en la mesa del café parisino, hizo memoria de algunos de los filósofos que había leído durante su viaje: al visitar Marruecos y el sur de España, leyó a los filósofos árabes y judíos como Avicena y Maimónides que vivieron en esas tierras. Cuando fue a Grecia, leyó detenidamente a Platón y a Aristóteles. En Roma leyó a Séneca. En Francia e Inglaterra estudió algunos filósofos medievales como san Agustín y santo Tomás, y algunos modernos como Descartes, Hume y Kant. Entonces el estudioso de la filosofía de Hegel, en voz alta, se dijo a sí mismo: “Es que Hegel tenía razón, la historia de los pueblos es una gran cadena, una gran cadena en la que se realiza el progreso de la humanidad”. De pronto una voz desconocida le dijo:

–Es que Hegel no tenía razón. El progreso no existe.

El estudioso de la filosofía de Hegel estaba un poco contrariado. No sólo alguien lo había sorprendido pensando en voz alta, sino que incluso había negado lo que había dicho. Se volvió para ver de quién era la misteriosa voz.

–Permítame presentarme –le dijo un hombre con la cabeza rapada que estaba en una mesa justo detrás de la suya–, mi nombre es Foucault, Michel Foucault. ¿Es que usted piensa que Hegel tenía razón al decir

que la historia de los pueblos es una gran cadena, una cadena en la que se realiza el progreso de la humanidad?

–En efecto– le respondió el estudioso de la filosofía de Hegel–. Cada pueblo retoma la cultura de los pueblos anteriores, pero la mejora con su propia creatividad. Así, los griegos fueron mejores que los egipcios, los romanos que los griegos, los medievales que los romanos, y los modernos los superan a todos pues tienen la cultura más desarrollada. El progreso de la humanidad culmina en la cultura de los pueblos modernos, que son los que más alto han conseguido llevar el progreso de la civilización.

–¿Pero que le hace a usted pensar que la cultura de los modernos, como la de Descartes y Kant, es más elevada que la de los griegos antiguos, como la de Platón y Aristóteles?

–Es evidente... Los griegos antiguos no tenían coches ni aviones. No tenían televisión. En cierto sentido eran aún muy primitivos.

–Pues sí, no tenían coches, ni aviones, pero no tenían estos tremendos embotellamientos que tenemos ahora, donde la gente pierde muchísimo tiempo. No tenían aviones, ciertamente, pero en cambio podían andar sin prisa a caballo a través de los bosques, respirando aire puro y podían organizar fogatas donde contem-

plaban las estrellas y cantaban y narraban las historias de sus antepasados... En cuanto a la televisión, bueno, no creo que la televisión sea muy interesante, pues la gente sólo ve anuncios y programas muy malos, y muchas veces deja de conversar por estar pendiente a su pantalla. En cambio el teatro griego, eso sí era interesante, eso sí que hacía vibrar a la gente...

El estudioso de la filosofía de Hegel se quedó un tanto perplejo. Nunca había conocido a nadie que rebatiera a la filosofía de Hegel y se atreviera a decir que el progreso de la cultura y la humanidad en realidad no existe. Antes de que pudiera decir nada, Foucault tomó la palabra:

–Mire usted, desde cierto punto de vista, el hombre actual es menos libre que el hombre antiguo. Por ejemplo, en la antigüedad, cuando alguien quería construir una casa o incluso fundar un pueblo, sólo tenía que encontrar un lugar deshabitado. Eso sí, el lugar tenía que tener agua, leña y buenas tierras que cultivar. Ahora todos los lugares tienen dueño, siempre hay algún gobierno que le va a pedir su documentación, permisos y constancias, y le va a exigir pagar impuestos por construir su casa.

–Bueno, es que el progreso exige que todos los hombres estén sujetos a la ley– respondió el seguidor de la filosofía de Hegel.

–Pero es que el progreso es como una gran cárcel– respondió Foucault–. Entre más leyes existan, existirán entonces más infracciones, más policías y más cárceles. Los hombres no pueden actuar por sí mismos, sino que siempre tienen que acatar las leyes y seguir normas. Por ejemplo, a pesar de que las grandes ciudades están repletas de coches y hay muchísimo tráfico, no es posible andar a caballo o en bicicleta. Andar a caballo es un delito, cuando antes no lo era.

–¿Pero vamos a progresar si seguimos andando a caballo?– respondió el estudioso de Hegel–. Con los coches ganamos tiempo.

–Si no hubiera coches, no habría policías de tránsito– respondió Foucault–, y no habría multas e infracciones. Antaño, nadie necesitaba licencia para andar a caballo, ni debía pagar impuestos por tener uno. Definitivamente éramos más libres cuando andábamos a caballo, que ahora que usamos automóviles– dijo Foucault en tono provocador.

El alumno de Hegel y Foucault seguían discutiendo y no lograban ponerse de acuerdo. El primero le decía al segundo todas las ventajas que tenía el progreso, pero el segundo le hacía ver que este progreso, visto desde cerca, no necesariamente traía ventajas. ¿A quién le darías la razón? ¿Piensas como el alumno

de Hegel que la humanidad progresa y ese progreso hace a los hombres más libres? Por ejemplo, regresando al uso de los coches y las grandes ciudades. ¿Crees que los hombres son más libres ahora que viven en grandes ciudades con mucho tráfico, donde pierden mucho tiempo, que antes, cuando las ciudades tenían sólo caballos y carruajes, y no había tanto ruido ni contaminación? ¿Piensas que ahora los hombres son más libres, cuando existen más leyes y más policías que los pueden multar por cosas que antes no eran delitos, como construir una casa en el campo o tener un caballo y no pagar impuestos ni tener licencia para montarlo?

Foucault le dijo al estudioso de la filosofía de Hegel:

–No creo que exista el progreso en la humanidad. El hombre antiguo podía ser tan libre como el hombre actual. ¿Por qué ver televisión necesariamente hace al hombre más libre? Quizá los hombres antiguos, que no tenían televisión, se sentían más libres cuando cruzaban las llanuras a caballo y en las noches, alrededor del fuego, cantaban las historias de sus antepasados.

–¡Pero esos hombres morían con mucha facilidad por enfermedades para las que hoy tenemos remedio!– respondió el estudioso de la filosofía de Hegel–.

Además, esas canciones y esas historias eran supersticiones. El hombre, con el paso del tiempo, ha ido construyendo una civilización, una civilización que tiene como principio a la razón, y no la superstición y la fantasía. Piense usted, los hombres antiguos vivían en la fantasía y la superstición y además morían con facilidad, pues no conocían la ciencia y todos los beneficios que ésta ofrece como los medicamentos. Los hombres antiguos no conocían la razón, o si la conocían, era de manera incompleta. Sólo el hombre moderno conoce a la razón, y debido a ello hemos podido progresar.

–No es que los hombres de la antigüedad fueran supersticiosos y no conocieran la razón. Eso de la superstición es un invento del hombre actual para descalificar a los pueblos antiguos y pensar que él mismo es un hombre civilizado –respondió Foucault–. Los pueblos antiguos no eran supersticiosos. Simplemente tenían su manera de razonar, como nosotros tenemos la nuestra. Si tomamos en serio lo que usted dice, con toda seguridad, los hombres del futuro dirán que nosotros somos supersticiosos, que no conocemos la razón y que son ellos los hombres verdaderamente civilizados.

–Pero es que es evidente que los hombres antiguos apenas y conocían la razón. Estaban envueltos en la magia y la superstición.



–Cada cultura tenía su manera de razonar –respondió Foucault–. ¿Le parece muy razonable destruir los bosques y los ríos, contaminar el cielo y la tierra, para que todo mundo tenga automóvil y las ciudades estén saturadas de tráfico vehicular? ¿Le parece muy razonable construir bombas atómicas? Los antiguos dirían de nosotros no sólo que no conocemos a la razón, sino que estamos locos. Si destruimos la tierra de donde obtenemos nuestros alimentos, ¿cómo es que podremos darle de comer a nuestros hijos?

–No se preocupe, la ciencia encontrará la solución. El progreso en ocasiones tiene caminos que no comprendemos, son las astucias del progreso y la razón.

–A mí me parece que el progreso no es tan astuto. El progreso se equivoca y comete barbaridades.

Foucault y el estudioso de la filosofía de Hegel discutían apasionadamente mientras un espeso banco de niebla cubrió el sol.

¿Con quién estás de acuerdo? ¿Con el estudioso de la filosofía de Hegel, o con Foucault? ¿Piensas que el progreso existe y que el hombre moderno puede decir que los pueblos antiguos eran pueblos primitivos? ¿Piensas que la historia y el progreso son astutos y hacen al hombre mejorar, aunque en ocasiones produzcan actos de barbarie como las guerras y la destrucción de la naturaleza? ¿O más bien estás de

acuerdo con Foucault y opinas que el progreso no existe y que cada pueblo, como los griegos, los egipcios, los incas o los árabes, aunque muy diferentes entre sí, tienen cada uno su manera de ver el mundo y su manera de razonar, sus propias maneras de disfrutar la vida y también de cometer actos de barbarie y esclavitud, sin que sean unos más civilizados que otros? ¿El hombre moderno es un hombre civilizado y los pueblos no modernos, como los indúes, los mayas, o los bereberes, son pueblos primitivos? ¿Crees que se puede decir que la historia hace progresar a la humanidad?

Justo cuando el estudioso de la filosofía de Hegel iba a responderle a Foucault, pesadas gotas de lluvia empezaron a caer del cielo. Unos momentos después, se desató una lluvia fuerte y regular. El alumno de Hegel y Foucault tuvieron que dejar la terraza donde tomaban café y entrar al interior del restaurante. Las mesas estaban todas ocupadas, una nube de tabaco flotaba en el ambiente y había mucha gente de pie. En el interior del café había un pequeño escenario, al cual subió un trío de jazz. Cuando los músicos empezaron a tocar, la gente recobró el ánimo, como si estuviera en la terraza bajo los rayos del sol. Los ritmos del África negra y "primitiva", a través de las bellas voces de los instrumentos de metal, hicieron

las delicias de los ahí presentes: la exótica música afroamericana que conquistaba la moderna y “civilizada” Europa, fue como una medicina para la gente ahí reunida, pues aunque ya nadie pudo por el resto del día disfrutar los rayos del sol, todos encontraron en ella la luz, las cadencias y las melodías, que reconfortaron su cuerpo y alegraron su corazón.





*Juguemos a preguntar* se terminó de imprimir el  
mes de febrero de 2005 en los talleres de